

llorado Trueba ó yo, poesía que él supo expresar tan admirablemente y que yo no alcancé más que á sentir.

No conozco á Blasco más que por sus obras, de consiguiente no tengo título para pedirle nada, pero sí puedo expresar un deseo, que será de cuantos amen la tierra apartada, y se lo expresaré aunque él sea aragonés, en el idioma de su *guizón* diciéndole con él:

—¡Aidá, aidá, Eusebio! ¡Aidá, aidá bide orretan!

Adiós amigo Arzac; un abrazo de su afmo.

JUAN V. DE ARAQUISTAIN.

Tolosa, 21 Febrero 1897.

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS¹

De cuando en cuando, dentro de las ciencias históricas, (tomando esta palabra en su sentido más lato), las afirmaciones que pasan plaza de mejor asentadas, suelen ponerse en tela de juicio. Tal ha sucedido con la oriundez asiática de los Aryas, que durante muchos años obtuvo la consideración de cosa juzgada, y ahora parece como se tambalea

(1) Bibliografía. Broca: *La race celtique ancienne et moderne, Arvernes et Armoricaïns, Auvergnats et Bas-Bretons*; *Revue d'Anthropologie*, t. II. *Nouvelles recherches sur l'anthropologie de la France*, etc.; *Memoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, t. III. *Sur les cranes basques de Saint-Jean de Luz*; *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1868. *Sur la classification et la nomenclature craniologiques* *Revue de Anthropologie*, t. I.—Dr. Topinard; *L'Anthropologie*. Paris, 1884.—Mortillet, *Le préhistorique*, Paris 1883.—Lubbock: *L'homme préhistorique*, Paris, 1876.—Quatrefages: *L'espece humaine*, Paris, 1888.—Telesforo de Aranzadi: *El pueblo euskalduna*, San Sebastián, 1889.—Francisco María Tubino: *Los aborígenes ibéricos*; *Revista de Antropología*, t.II, 1876.—Dr. Oloriz: Dos conferencias en el Ateneo de Madrid sobre «*Algunos caracteres antropológicos del pueblo español*», 1894.—Dr. Landa: *Crania Euskara*; *Revista Euskara*, 1878.—E. Cartailhac: *Les ages préhistoriques de L'Espagne et du Portugal*, Paris, 1886.—Alexandre Bertrand: *La Gaule avant les Gaulois*, Paris; 1891—Henri et Louis Siret: *Les premiers âges du*

bajo los repetidos golpes que sobre ella descargaron ó descargan los Latham, Benfey, Geiger, Cuno, Schmidt, Leskien, Delbrück, Müller (Friedrich), Spiegel, Posche, Penka, Lindenschmit y Schrader, dibujándose con todas sus líneas y perfiles, frente á la teoría clásica, ortodoxa, de los grandes eruditos, de los Pott, Lassen, Grimm, Schleicher, Mommsen y Max Müller, otra teoría rival, que se lleva tras sí, á las nuevas generaciones de los sabios.

Esta teoría, además de proclamar que el centro geográfico de la historia humana ha de buscarse en Occidente, desentendiéndose del Oriente; que los más antiguos documentos de la humanidad emanan, no de Asia, sino de la Europa occidental; que los Aryas han nacido en la extensa llanura septentrional de Europa entre los montes Urales y el Atlántico: lleva su espíritu innovador y revolucionario al estudio de problemas más particulares, afirmando que la sangre arya, no corresponde á la extensión de la lengua arya, que no existe raza arya pura, que aún la existencia misma de una lengua arya única y primitiva es dudosa y que la formación de los idiomas arios se debe, en gran parte, á la incorporación de grupos étnicos extraños á los Aryas castizos, cuya lengua propia se deformaba y diferenciaba al salir de los labios de aquellos.

El escritor inglés Mr. Isaac Taylor, doctor en letras, escribió, no ha mucho, un libro titulado *El origen de los Aryas* y el hombre

metal dans le sud-este de l'Espagne, Amberes, 1887.— Isaac Taylor: *L'origine des Aryens*, Paris, 1895.—Rev. P. Van den Ghein: *Le Berceau des Aryas; l'origine europeenn des Aryas*, Paris, 1888. —Rev. P. Fidel Fita: *Discurso ante la R. A. de la Historia*, Madrid, 1879.—Adolphe Pictet: *Les origines indo-europeennes*, Paris 1878.— H. d'Arbois de Jubainville: *Les premiers habitants de l'Europe*, Paris, t. I, 1889, t II, 1894.— J Rhys; *Celtic Britain*, London. 1884.—Miguel Rodriguez Ferrer: *Los Bascongados*, Madrid, 1873.—Ladislao de Velasco: *Los Euskaros*, Barcelona, 1880.— Julien Vinson: *Les Basques et le pays basque*, Paris, 1882.—Wentworth Webster: *Les Basques*, en la Nouvelle Revue, 15 de Mayo de 1881.—A. Baudrimont: *Histoire des Basques ou Euscaldunais primitifs*, Paris, 1867.— J. Vinson: *Le Folk-Lore du pays basque*, Paris, 1883.—Henri O'Shea: *La maison basque*, Pau, 1887; *La tombe basque*. Pau, MDCCCLXXXIX.— Rev. P. Fidel Fita et Julien Vinson: *Le Codex de Saint Jaques de Compostelle*, Paris, 1882.— P. Joseph de Moret: *Investigaciones históricas de las antigüedades del Reino de Navarra*, Pamplona, 1756.— P. Gabriel de Henao: *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria*, Tolosa, 1894.—Aureliano Fernández Guerra: *Cantabria*, Madrid. 1878—Humboldt *Recherches sur les habitants primitifs de l'Espagne*, Paris, 1866—Abel Hove.

prehistórico, donde, sucintamente y con claridad inglesa, se remueven estas cuestiones, sobre todo en la parte referente á las relaciones que median entre la raza aryana y el hombre neolítico. Este librito es muy sugestivo y contiene numerosos puntos de vista personales, que lo sacan de la categoría de mera vulgarización, aunque elegantísima, de la hermosa obra del Dr. Schrader.¹

La cuestión de los Aryas está íntimamente ligada á todos los problemas que atañen á las demás razas habitadoras de Europa. Al estudiar el punto, interesantísimo y oscuro, de cuál es, entre los cinco ó seis tipos físicos europeos que hablan idiomas aryas, el que reproduce con mayor fidelidad el tipo de los Aryas primitivos, Isaac Taylor trató, más ó ménos detenidamente, de las diversas razas europeas, entre las que se cuentan, como pobladoras de la Península hispánica, los Celtas y los Baskos.

Singularmente acerca de estos, ha emitido ideas originalísimas. Dice que los Baskos franceses y los Baskos españoles son de distinta raza, ó usando términos más exactos, que la proporción de los elementos étnicos representados en su mestizaje, difiere en ambos lados del Pirineo. Que los Iberos, raza dolicocefala, ocupaba España y Francia; que al final del período del reno, una raza braquicefala, de sangre

lacque: *La Lingüistique*, Paris, 1877.—Louis Lucien Bonaparte: *Le verbe basque en tableaux*, Londres, 1869; *Langue basque et langues finnoises*, Londres, 1862.—Francois Ribary: *Essai sur la langue bosque*, trad. du hongrois par Julien Vinson, Parts, 1877— J. Van Eys: *Grammaire comparée des dialectes basques*, Paris, 1879—Arturo Campión: *Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara*, Tolosa, 1884— Resurrección M.^a de Azkue: *Euskal izkíndea Gramática euskara*, Bilbao, 1891—Hugo Schuchardt: *Baskische Studien. I Über die Entstehung der Bezugsformen des Baskischen Zeitwts*, Wien, 1893— H. de Charencey: *Recherches sur les noms d'animaux domestiques & chez les basques*, en les Actes de la Societé Philologique, t. 1.^{er}, n^o 1, mars, 1869; *des affinités de la langue basque avec les idiomes du Nouveau Monde*, Caen, 1867—Darrigol: *Dissertation critique et apologetique sur la langue basque*, Bayonne.—Pablo Pedro de Astarloa: *Apología de la lengua bascongada &*, Madrid, 1803—Achille Luchaire: *Les origines lingüistiques de l'Aquitaine*, Pau 1877; *Etu de sur les idiomes pyrennees*, Paris, 1879— P. A. Boudard: *Essai sur le numismatique iberienne*, Paria, 1859—Aemilius Hübner: *Monumenta linguae ibericae*, Berolini, MDCCCLXXXIII.—G. von der Gabelentz: *Die Verwandtschaft des Baskischen mit den Berbersprachen Nord Africa's nachgewesen*, Braunschweig, 1894.

(1) *Sprachvergleichung und Urgeschichte*: Jena, 1883.

finesa ó lapona, los verdaderos Celtas, ó Ligures por otro nombre, representados actualmente por los Auverñates, invadió la Europa occidental. Que los Iberos se replegaron hácia los Pirineos, donde se mezclaron, sobre todo en la vertiente francesa, con estos Celto-ligures, los cuales impusieron su lengua propia, el baskuenze ó euskara, á los primitivos ocupantes del suelo. Que en los Baskos franceses predomina la sangre ligur, y por ello son braquicéfalos; y en los españoles la iberica, y por ello son dolococéfalos, de suerte que á los Baskos cuadra con todo el rigor del vocablo, el apelativo de celtíberos.

Esta singularísima é inesperada teoría me convida á estudiar, de nuevo, el problema del origen de los Euskaros, que ya estudié hace algunos años á la luz de las teorías entonces reinantes. Emprendo la tarea, no por el petulante empeño de resolver el problema, sino por el más modesto y hacedero de plantearlo con más ajustada exactitud y agrupar los datos, nuevos y viejos, que son pertinentes, ahorrando trabajo de rebusca á otras personas.

Este nuevo examen me dirá si llegó el tiempo sazonado de desecharlo ó modificar añejas opiniones y en todo caso podré prevalerme de él para declarar con menor incompetencia, cuál es la solución que parece más *probable*.

Antes la ciencia se satisfacía con declarar el entronque de una raza dada con otra histórica; decir, p. ej., que los Euskaros son aryas, Semitas ó Fineses satisfacía sus pretensiones. Hoy, más vana ó mejor provista de medios inquisitivos, aspira á establecer la filiación prehistórica.

Un estudio acerca del origen de los Baskos, implica las siguientes cuestiones: 1.^a ¿son descendientes de alguna de las razas neolíticas cuyos cráneos, armas, utensilios domésticos y joyas personales guarnecen los escaparates de los museos?

2.^a ¿Figuraron bajo el suyo ú otro nombre en la historia de los pueblos de la antigüedad ó son parientes y allegados de éstos?

Estas cuestiones son propias para que luzcan extensos conocimientos de antropología, arqueología, paleontología lingüística, filología comparada y textos de historiadores y geógrafos antiguos. ¡Qué hermoso y extenso cuadro!

Lástima no poder sino manchar el lienzo con grosero trazo.

ARTURO CAMPIÓN

(Se continuará)



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



PRIMERA PARTE

Los datos de la antropología y etnología

CAPÍTULO I

SUMARIO: Las razas prehistóricas de Europa.=Razas dolicocefalas: tipo de Canstadt; tipo de Cro-Magnon=Razas braquicefalas: tipos de Furfooz: tipo de Grenelle; tipo de la Truchere.=Distribución geográfica de estas razas

Las razas son las variedades hereditarias de una misma especie. Sus caracteres son fijos y variables, entendiéndose, desde el punto de vista de la verdad monogenista, que esa fijeza no ha de asimilarse á la inmutabilidad. Entre los primeros se cuentan, refiriéndonos á las razas humanas, el índice orbitario y la forma del cráneo; entre los segundos la estatura, la forma de las mandíbulas, el color de los cabellos, ojos y piel. La colocación de la epidermis se modifica más rápidamente que la del pelo é iris.

La arqueología prehistórica ha estudiado con suma detención los restos de las razas prehistóricas de Europa y las ha clasificado. Según Mrs. de Quatrefages y Hamy, dichas razas son seis; dos dolicocefalas y cuatro braquicefalas:

1.^a Raza (dolico-platicéfala): Tipo de Canstadt. Es la más antigua de todas, representada por los cráneos de Canstadt, Eguisheim, Brûx, Neanderthal, Denise y la mandíbula de la Naulette.

Sus caracteres anatómicos son: la dolicocefalia, la depresión de la bóveda del cráneo ó platicefalia, la notable inclinación del frontal y el

desarrollo muy marcado de los senos frontales. La más notable de estas piezas es el casquete craneano de Neanderthal, parecido, según dicen, al de un gorila-hembra. Según Huxley es, sin disputa, el cráneo más pitecoide hasta el día descubierto. La media del diámetro anteroposterior es de 0^m,200. Su índice cefálico, de 72, lo incluye entre los dolicocefalos puros. Se ha calculado que su capacidad craneana es de 1.200 centímetros cúbicos (Topinard), ó de 1.220 (Mortillet). Con este cráneo, y los que más se le parecen del mismo grupo, movieron los evolucionistas gran estrépito, el cual se va apagando, gracias á una más serena contemplación de las cosas. Algunos proponen que á este tipo ó raza se le denomine raza de Neanderthal, *Homo neanderthalensis*. Se la supone representante del hombre cuaternario, y por carecer la mandíbula de la Naulette de la apófisis geniana, (caso sin duda, teratológico), ciertos sabios que de continuo hablan de *ciencia positiva*, se creyeron autorizados á negar la facultad del lenguaje á dicha raza.

2.^a Raza (dolicocefala). Tipo de Cro-Magnon. Inmediatamente posterior á la primera. Cráneos de Cro-Magnon, Laugerie-Basse, Bruniquel, Montrejean, Grenelle y Solutré.

Los cráneos y huesos de Cro-Magnon son, asimismo, muy famosos. Tres cráneos estaban en disposición de ser estudiados (dos masculinos y uno femenino). Pertenecen á la clase de los dolicocefalos; el índice cefálico del viejo es de 73,76; el de la mujer, de 71,72; el del adulto de 74,75, ó sea, índice medio 73,34; la capacidad craneana del viejo, es considerable: 1590 centímetros cúbicos. La dolicocefalia de esta raza es debida, no á la escasa anchura del cráneo, sino al desarrollo del diámetro anteroposterior. Así como los hombres de Neanderthal eran de estatura mediana, estos trogloditas median tallas altas; el fémur del viejo da por resultado 1 m. 80. La musculatura parece haber sido no menos vigorosa que en la raza de Canstadt, según lo meditan el volumen de los huesos, la extensión y rudeza de las superficies de inserción muscular, el desarrollo extraordinario de la rama de la mandíbula, &c. Ambas razas fueron, realmente, atléticas, pero la segunda pudo elevarse desde el extremo salvajismo, hasta la cultura de la industria y arte que nos revelan los yacimientos de la Madeleine.

El insigne Broca veía en los trogloditas de Cro-Magnon, ejemplares del hombre cuaternario, anterior al reno; Mortillet afirma que sus sepulturas son, relativamente, modernas, de la época robenhausiana, primera de los tiempos actuales. Tampoco admite la remotísima an-

tigüedad asignada á los esqueletos de Grenelle, pero se la concede al esqueleto de Laugerie Basse (cuyo cráneo declaró imposible de estudiarse, por estar deshecho). En cuanto á las sepulturas de Solutré, resueltamente afirma que fueron abiertas en nuestra era y son posteriores á los merovingios.

Esta segunda raza es, por tanto, francamente neolítica, y su principal representante prehistórico, es el hombre de Cro-Magnon.

3.^a Raza (braquicéfala). Tipo mesaticéfalo de Furfooz.

4.^a Raza (braquicéfala). Tipo sub-braquicéfalo de Furfooz, Moulin Quignon.

Según se ve, los yacimientos de Furfooz (Agujero del Frontal, de Rosete, &) han suministrado dos tipos de razas braquicéfalas. El índice de los cráneos del Agujero de Rosete, es de 86,1; el de los cráneos del Agujero del Frontal, varia entre 79,8, y 81,4; el índice medio es de 80,35.¹ Ambas razas eran de pequeña estatura. El mayor de los esqueletos mide 1,^m60; el más chico, 1,^m47. La estatura media de una de las razas, es de 1,^m55; la de la otra, de 1,^m50. Los cráneos del Agujero-Rosete se parecen á los Lapones; los del Agujero del Frontal á los Fineses.

Mortillet rebaja la considerable antigüedad atribuida al yacimiento del Agujero del Frontal, cuya data traslada desde la época magdaleniense á la robenhausiana.

La mandíbula de Moulin-Quignon alcanzó una reputación estrepitosa. Descubierta á consecuencia de cierta recompensa pecuniaria ofrecida por Mr. Boucher de Perthes al jornalero que encontrase huesos humanos en los aluviones cuaternarios, dió lugar á una información internacional (franco-inglesa), para depurar la autenticidad del fósil humano. Los sabios franceses la admitieron; los ingleses la rechazaron. Todo hace pensar que éstos tenían razón.

(1) Estas cifras las cita Mr. Taylor, tomándolas, según dice, del *Precis* de Mr. Hamy. Mr. de Quatrefages en su obra «L' espece humaine,» sin puntualizar los yacimientos, da los siguientes términos medios de los índices cefálicos: raza primera de Furfooz, 79,31: raza segunda, 81,89.

Sospecho que en el índice 86,1 del Agujero de Rosete que cita Taylor, hay un error de pluma ó impresión, como no se trate de un caso particular; el índice más alto que figura en las listas de Broca, es de 85,07 para los Lapones y de 85,95 para los Sirios de Gebel-Cheikh (pero con cráneo deformado).

No tengo á la vista el *Precis* de Mr. Hamy, y me es imposible apurar la cita.

5.^a Raza (braquicéfala). Tipo de Grenelle. Tumbas en Inglaterra, Alemania, Dinamarca y Suecia.

Mr. Isaac Taylor dice, siguiendo á Mr. de Quatrefages, que los restos humanos de Grenelle, fueron hallados en un recodo del antiguo álveo del Sena, sepultados en aluviones y cascajares. Los cráneos pertenecen á tres razas diferentes, que aparecen superpuestas. Las capas más bajas y por consiguiente más antiguas del casquijo, contenían cráneos del tipo de Canstadt ó escandinavo, dolococéfalos y platicéfalos. En los aluviones que recubren el casquijo, de 9 á 12 piés de profundidad, se hallaron cráneos dolococéfalos del tipo de Cro-Magnon ó ibérico, y encima de estos otros braquicéfalos, cuya estatura é índice céfalico concuerdan con los de los modernos auverñates. Ya indicamos que Mortillet opina que estos yacimientos son mucho más modernos que lo que suponen ciertos aurores. Numerosos caracteres de estos restos humanos—dice—los incluyen en las razas que ocupaban Francia en la época robenhausiana.

6.^a Raza (braquicéfala). Tipo de la Truchere.

Pondera Mr. de Quatrefages la importancia de la cabeza ósea y dice que suministra, por sí sola, los principales elementos que valen para distinguir entre sí las razas humanas. Desde los tiempos más remotos á que alcanzan los hallazgos de la antropología prehistórica, la especie humana aparece dividida en razas. El índice céfalico de la raza de Neanderthal, la más antigua de todas las europeas, es de 72, según lo advertí; el cráneo de la Truchere, perteneciente á los últimos tiempos cuaternarios mide 84,32. Desde el punto de vista de la forma general del cráneo, todas las razas cuaternarias (reales ó supuestas) se refieren á dos tipos fundamentales: el uno francamente dolococéfalo, y el otro que, progresivamente, llega desde la mesaticefalia á una braquicefalia muy pronunciada, distribuidas en las seis razas mencionadas, dos dolococéfalas (Canstadt y Cro-Magnon), y cuatro más ó menos braquicéfalas (dos de Furfooz, otra de Grenelle y la cuarta de la Truchere), cuyos nombres se sacaron de las localidades de las estaciones y yacimientos.

La raza de Canstadt, siempre según el parecer de Mr. Quatrefages y Hamy, es raza de los primeros tiempos cuaternarios, que disputó el suelo al mammut, al rinoceronte tiorino, al oso y á la hiena de las cavernas. Sus individuos eran cazadores nómadas, cuyas armas de piedra pertenecen al tipo de Saint-Acheul. A juzgar por la distribución

geográfica de sus restos, parece haber ocupado las cuencas del Rhin y el Sena; tal vez se extendió hasta Stangenas en el Bohuslan, ciertamente hasta Olmo en la Italia central, hasta Brux en Bohemia, hasta los Pirineos en Francia y probablemente hasta Gibraltar. Los epítetos de *bestial* y *simiano* que se aplican al cráneo de Neanderthal por los evolucionistas, pudieran hacer pensar que implica inferioridad intelectual; ciertos casos de atavismo que reproducen los más señalados rasgos neanderthaloides, refutan esa suposición: tales son los cráneos de San Mansuy, obispo de Toul en el siglo IV, de Roberto Bruce, el héroe escocés, del notable médico alienista, doctor Emmayer, &.

Entre el cráneo de Neanderthal y el del viejo Cro-Magnon (prototipo de la segunda raza) no hay otro vínculo común que el índice cefálico, que es de 73,76 y baja á 70,05 en otro cráneo de Solutré. Dicho cráneo de Cro-Magnon es notable por sus bellas proporciones; frente ancha, senos frontales normales, curva fronto-occipital muy regular, bóveda frontal armoniosa, capacidad craniana grande, superior, en mucho, á la media de los parisienses modernos.

La cara, por el contrario, es *inharmónica*, porque hay desacuerdo entre sus proporciones y las de la cabeza. El índice facial no sube de 63. El índice orbitario 61, es el más bajo hallado por Mr. Broca. El índice nasal, de 45,09, incluye al viejo entre los lepthorhinos. La anchura exagerada se contrae á la sección alta de la faz. El prognatismo es muy acentuado. Según Broca, la anchura de la rama ascendente de la mandíbula inferior, que es de 49 milímetros, excede á todas las conocidas. Estos rasgos anatómicos no excluyen una verdadera belleza de la cara, que diría muy bien á la estatura prócer y vigorosa musculatura de tal raza, debeladora de los grandes mamíferos cuaternarios, cuya historia compendiada ha podido trazarse sin salir, casi, del valle de la Vezere, celeberrimo por sus ocho estaciones ó yacimientos humanos, que atestiguan el genio progresivo de la raza, la cual, además de perfeccionar las armas y emplear las vestiduras y aderezos personales llegó, en la representación de animales por medio de la escultura y el grabado, á una increíble perfección artística.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



(CONTINUACIÓN)

Los reproches de canibalismo parecen desprovistos de fundamento. A veces en una misma estación se han encontrado conchas de especies oceánicas y mediterráneas; hallazgo que arguye, ó una vida nómada, por otros indicios reducida á estrechos límites, ó la existencia del comercio de permuta. Es muy discutible que supiese este linaje de hombres domesticar el reno y el caballo, del que hizo fabuloso consumo, pues sólo en Solutré se ha hallado un gigantesco osario, con restos de pasados cuarenta mil caballos, de cuatro á ocho años en su mayoría.

La raza de Cro-Magnon presenta, desde el punto de vista de su civilización, grandes analogías con la raza Algonquina al descubrirse la América. En la gruta de Sorde (Bajos-Pirineos) se hallaron dos tipos arqueológicos, la piedra tosca y la pulimentada, pero una sola raza, que es la de Cro-Magnon. En la caverna del Hombre-Muerto (meseta de la Lozere), los animales son los de la época moderna, pero el tipo humano es el de Cro-Magnon, aunque alterado, probablemente, por cruzamientos étnicos. La talla ha disminuido sensiblemente; la media es de 1 m. 62. La *inharmonía* de la cara se ha atenuado muchísimo. Persisten la dolicocefalia, la estrechez del orificio nasal, los característicos rasgos osteológicos de los fémures, tibias y peronés;¹ pero aparece un

(1) Acerca de dichos caracteres de la raza de Cro-Magnon, véase *L'espece humaine*, cap. XXVII de Mr. de Quatrefages y la *conferencia* de Mr. Broca sobre los Trogloditas de la Vezere. No me ha parecido pertinente consignar detalles demasiado especiales.

rasgo nuevo: la perforación de la fosa olecraniana del húmero en un 33 por 100 de los sujetos.

El tipo de Cro-Magnon ha sido hallado en diversos puntos de Francia, en Alemania, en Bélgica. Mr. Hamy lo reconoció en los cráneos baskos de Zarauz, de la colección Broca y Velasco; en las tumbas megalíticas de Africa, exploradas por el general Faidherbe, en las kábilas de los Beni-Masser y del Djurjura, y singularmente en la colección del Barranco-Hondo de Tenerife.

El centro de población de esta raza, durante la época cuaternaria, parece haber estado en el sud-oeste de Francia, su capital en la pequeña cuenca de la Vezere, extendiéndose sus colonias por el valle del Mosa &, y por la misma Italia. Mas su origen muy bien pudiera ser Africano, y su inmigración contemporaneo de la de la hiena, el león y el hipopótamo.

Las cuatro razas que constituyen el segundo grupo, encadenan sus cuatro tipos con mucha regularidad. La número 1 de Furfooz, por su índice cefálico de 79,31, se ha de incluir entre las mesaticéfalas la número 2, por su índice de 81,39, entre las sub-braquicéfalas. La de Grenelle con su índice de 83,53 y la de la Truchere con el suyo de 84,32 son francamente braquicéfalas.¹

Las dos razas de Furfooz, y aun la de Grenelle, se parecen, pero presentan rasgos propios. En la raza mesaticéfala, la curva antero-posterior del cráneo dibuja, por encima de los arcos superciliares, pequeños, pero bien marcados, una frente escapada (*fuyant*), y prosigue sin presentar otra inflexión, sino una ligera depresión en las suturas. La faz es ancha, el índice casi igual al de la raza de Cro-Magnon, la cabeza harmónica, la nariz ligeramente cóncava, pero bastante saliente, las órbitas cuadradas, las fosas caninas poco señaladas, la mandíbula superior casi ortognate; el conjunto de la osatura hace suponer una cara enjuta y fina.

En la raza sub-braquicéfala la frente se levanta y corre bastante derecha hasta el nivel de las eminencias laterales; pero luego decae repentinamente hasta el primer tercio de los parietales, donde torna á ser casi del todo regular hasta el agujero occipital. Las órbitas y la nariz se

(1) Hé aquí la clasificación y escala de Broca: *Dolicocéfalos*, índice cefálico de 75,00 y por bajo de esta cifra.— *Sub-dolicocéfalos*, 75,01 á 77,77.— *Mesaticéfalos* 77,78 á 80.— *Sub-braquicéfalos*, 80,01 á 83,33.— *Braquicéfalos*, 83,34 y por encima de esa cifra.

alargan, las fosas caninas se ahondan profundamente; el prognatismo de la mandíbula superior es muy marcado.

En la raza de Grenelle, la forma y disposición de la glabella y de los arcos superciliares imprimen una dirección ligeramente oblicua á la base de la frente. Pero luego se levanta la curva y se desarrolla con regularidad. La cabeza es harmónica; las fosas caninas, altas, pero poco profundas; las órbitas se acercan á la forma cuadrada; los huesos de la nariz son cóncavos y bastante salientes; el prognatismo de la mandíbula y dientes, menor que en la raza sub-braquicéfala.

La estatura de estas razas, es pequeña. Los hombres de Grenelle aun alcanzaban una talla media de 1 m. 62, pero los de Furfooz bajaban á 1. m 53, que es la estatura media de los Lapones. Sin embargo, los huesos de los miembros y del tronco son voluminosos, y las salientes y depresiones de su superficie, denotan un desarrollo muscular muy pronunciado. Los caracteres del esqueleto son los mismos que se notan en las razas modernas; p. ej. la plactynemia del tibia ha desaparecido, revistiendo este hueso su forma triangular y prismática ordinaria; en cambio, se confirma el carácter que apareció en la caverna del Hombre-Muerto y que es signo del mestizaje de estas razas; la perforación de la fosa olecraniana.

El centro de población de las razas de Furfooz, parece haber sido el valle belga de la Lesse. Se valían del sílex y del las astas del reno; habitaban las cavernas. Pero los trogloditas de Bélgica no estaban tan adelantados como los de Francia en varios ramos; no conocían el arco y las flechas, según las señales; carecían de disposiciones artísticas. A pesar de todo, en un punto les aventajaban: sabían fabricar alfarería muy tosca. Al igual de los trogloditas de la Vezere, practicaban el *tatuage* del cuerpo.

Las especies de conchas fósiles halladas en sus grutas y cavernas, denotan que sus excursiones por la parte norte y oeste no rebasaban una extensión de cuarenta kilómetros; hácia el Sur, en cambio, podían recorrer cuatrocientos ó quinientos kilómetros. Esta singularidad la explica plausiblemente Mr. Dupont por la hipótesis de una vecindad septentrional de tribus enemigas y poderosas. No han dejado ningun arma de combate; al revés de los hombres de Cro-Magnon, los de Furfooz parecen haber sido eminentemente pacíficos; tanto, por lo menos, como los Esquimales de la bahía de Baffin.

Durante los tiempos neolíticos, los mesaticéfalos se extendieron

hasta Gibraltar; de los sub-braquicéfalos se encuentran representantes desde Verdun á Boulogne-sur-Mer y al Campo-Luengo de San Cesáreo, y su sangre se mezcló con la de los antiguos habitantes de Cabeço-de Arruda en Portugal.

Pero la raza braquicéfala de Grenelle es la que dejó señales más profundas y la que más persiste en las gentes actuales. Encontrósela en muchos dólmenes de Francia, en los Round-Barrows de Inglaterra, en Dinamarca, en Suecia. Constituye un tipo *laponoide*, cuyos representantes actuales casi puros, habitan los Alpes del Delfinado.

De modo que las razas de Furfooz y Grenelle, durante los tiempos glaciarios, chocaron con las razas dolicocefalas que les habian precedido. Hubo mezclas aquí y guerras allí, que salvaron la autonomía de los grupos. Al llegar á Europa los hombres de la piedra pulimentada, tropezaron con todas las razas cuaternarias dichas, según lo demuestra, por sí sola, la magnífica colección de cráneos y esqueletos extraídos de las grutas de la Marne, que suministraron todos los tipos, excepto el de Canstadt. Pero el fondo de la población neolítica pertenece á un tipo recién aparecido. Por supuesto, todas estas razas, viejas y nuevas, se cruzaron, y el mestizaje se revela, ora por la fusión, ora por la yuxtaposición de los caracteres.

Hasta aquí Mrs. de Quatrefages y Hamy.

De la flamante raza de la Truchere, representada por una única cabeza, inharmónica, pero en sentido inverso que las de Cro-Magnon, de índice cefálico de 84,32, frente estrecha, cara larga y angosta, pómulos macizos, nariz abultada y larga, mandíbula superior suavemente prognática, de esa raza no hablaremos, siquiera mientras no se descubra algún otro huesecillo de la misma casta.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

CAPÍTULO II

SUMARIO: Las cuatro razas neolíticas y las razas históricas.—Cuadro étnico de la Gran Bretaña.—La raza escandinava: tipo físico y extensión geográfica.—Raza ibérica: tipo físico y extensión geográfica.—Decadencia del mundo ibero. Lengua ibérica.—Grupo étnico ibero: sus caracteres antropológicos.—Los Baskos: pueblo basko y raza baska; caracteres antropológicos de los baskongados.—Elementos componentes del pueblo euskaro.—Los Aquitanos; la lengua aquitánica.—Los Iberos en la Gran Bretaña: las inscripciones ógmicas.—Los Celtiberos.—Retrato de los Iberos; testimonio de los autores clásicos.—Diversidad de razas y pueblos en la Iberia; sus diferentes trajes.—Conquista de España; la asimilación romana.—Religiones y cultos ibéricos.

El precioso librito de Isaac Taylor, nos traza otro cuadro de los razas prehistóricas de Europa, que, sin embargo, conserva la huella de león de los ilustres autores de la *Crania Étnica*. No habla de razas cuaternarias, sino simplemente neolíticas, y las nombra con su apelativo histórico, moderno, aunque refiriéndolas, explícita ó implícitamente, á los tipos fósiles.

Las razas primitivas son cuatro; dos dolicocéfalas y dos braquicéfalas. A cada uno de ambos patrones de cráneos, corresponden dos variedades, una morena y pequeña, otra alta y rubia. Los yacimientos de Grenelle autorizan á pensar que las razas dolicocéfalas precedieron á las braquicéfalas.

He aquí, en resumen, la clasificación de ellas.

1.^a Raza escandinava: dolico-platicéfala, alta y proñata. Sus cráneos se encuentran en las alineaciones de tumbas. Representada por Suecos, Frisones y Alemanes rubios del Norte. Es raza septentrional.

2.^a Raza ibérica. Pequeña, dolicocefala y ortoñata. Se hallan sus restos en los túmulos alargados y cavernas sepulcrales de España y Francia. Representada por los Baskos españoles, Corsos, Beréberes, Galeses, Irlandeses. De afinidad africana.

3.^a Raza céltica (mejor dicho, kymrica ó galo-belga). Alta, braquicefala, macroñata. Aparece en los túmulos redondos. Representada por los Daneses, Eslavos y algunos Irlandeses. De afinidad úgrica. Es raza septentrional.

4.^a Raza ligúr (propiamente céltica). Pequeña, braquicefala y ortoñata. Se descubren sus restos en las cavernas de Bélgica y dólmenes de la Francia central. Representada por los Auverñatos, Saboyanos, Suizos. Es raza alpina, de afinidad lapona.¹

Puntualicemos, ahora, algunos acotamientos de este inmenso territorio. Los datos, por muchos que fueran, aún serían pocos para tirar las líneas de la inducción en materia tan intrincada y oscura.

A modo de proemio, y como jalones de orientación, conviene trazar el cuadro étnico de la Gran Bretaña, donde el Estrecho, levantando obstáculos físicos á la inmigración de las razas, es causa de que el problema sea menos complejo.

Primitivamente, la Gran Bretaña parece haber estado habitada por un pueblo de los tiempos paleolíticos, que acaso emigró del continente, á una con los grandes paquidermos, antes de que el proceloso mar de la Mancha revolviere sus olas entre Douvres y Calais.

Esta raza se distinguía por su débil estructura, talla pequeña, tez morena y cráneo dolicocefalo. Enterraba sus muertos en cavernas sepulcrales, y después, en largos túmulos divididos interiormente por pasadizos y cámaras. Algunos de estos túmulos, imitación de las antiguas grutas, miden 120 metros de largo por 95 de ancho. Los restos de animales, que abundan en las cavernas, son escasos en los túmulos.

Los arqueólogos afirman unánimemente que durante el período de los túmulos largos, la Gran Bretaña estaba habitada por una sola raza, la cual asimilan los etnólogos á la tribu de los Silures. Tácito denuncia el origen germánico de los Caledonianos, por su alta estatura y cabellos *rutilantes*: pero de los Silures afirma, que su tez morena y en-

(1) Cuando hable por mi cuenta. llamaré céltica á la raza ligúr, y kymrica á la céltica de ciertos autores.

sortijada cabellera, autoriza la opinión de que son Iberos venidos de España.¹

Los etnólogos han notado el parecido de los Baskos españoles con los Galeses pequeños y morenos del Denbigshire. El mismo tipo físico se repite en las Hébridas, condados de Kerry, Donegal y Galway, isla de Aran, etc. En un antiguo cementerio de dicha isla, el Dr. Beddoe² halló cuatro cráneos cuyo índice cefálico medio era de 74,25. A este tipo, unos autores le llaman ibérico, otros silúr, otros euskaro, basko, beréber, mediterráneo; los franceses «tipo de Cro-Magnon».

Al final de la edad neolítica, la parte oriental y meridional de la isla fué invadida. Los recién venidos pertenecían á una raza alta, musculosa, braquicéfala; de cabellos rojos ó amarillos, probablemente, y tez *florida* (muy blanca, transparente y rosada). Servíanse, para enterrar á los muertos, de túmulos redondeados ó circulares.

Esta raza era, según el Dr. Thurnam, la raza céltica (incorrectamente llamada así, como veremos después); su tipo es el «turano» de dicho autor (también habremos de examinar lo que se entiende por turanismo), ó «mongoloide» de Prüner Bey ó «címbrico» de Rolleston, ó «Kymrico» de Broca, etc.

Las series de cráneos extraídas de los túmulos largos y de los redondeados, difieren entre sí extraordinariamente; la representación gráfica de dos ejemplares que tengo á la vista, llama la atención de los más legos. La osamenta de la raza braquicéfala, nos sugiere la imagen de hombres forzudísimos y corpulentos, cuya faz, angular y proñata, de boca saliente, barba y mandíbulas voluminosas y cuadradas, pómulos anchos, dientes de animal carnívoros, órbitas casi redondas y arcos superciliares muy desarrollados, no podía por menos de revestir aspecto feroz; en cambio, á la raza dolicocefala, con su estatura más baja,² huesos más delgados, rostro ovalado y ortoñático, frente estrecha, barba puntiaguda, nariz menos ancha pero más larga, labio superior delgado y dientes más menudos y mejor plantados, nos la podemos representar bajo un tipo esbelto, elegante, de expresión suave y pacífica.

El profesor Rhys opina que hubo dos invasiones célticas (hablando

(1) *Vida de Cn. Julius Agrícola*, XI.

(2) Estatura media de los braquicéfalos, 1 m. 70; media de los dolicocefalos, 1m62.

impropiamente); la primera trajo á los Goidels que se extendieron por Irlanda y Escocia, mezclándose con los aborígenes ibéricos, é imponiéndoles su propio idioma; la segunda consistió en la irrupción de las tribus de los Brittos (Bretones), las cuales se apoderaron de las regiones fértiles de la isla, arrinconando á los Goidels en la parte Norte y Oeste. Esta teoría se levanta sobre algunos hechos lingüísticos y craniológicos.

Sea de ello lo que quiera, parece atendible la opinión del Dr. Thurnam de que la raza dolicocefala era pre-aryana, de la misma cepa que los Baskos españoles; y que la raza braquicefala hablaba una lengua arya, probablemente el celta (pseudo). A estas dos razas siguió otra tercera, dolicocefala como los Iberos, y alta como los llamados Celtas, á la cual denominan muchos etnólogos Escandinava ó Teutona, que conquistó las Islas Británicas y es designada allí bajo el nombre de Anglo-Sajona. De suerte que, dada esta superposición de razas invasoras, tres tipos craneanos caracterizan las edades de la piedra, del bronce y del hierro en la Gran Bretaña. El tipo ibérico, la época neolítica; el tipo pseudo-céltico, la del bronce; el tipo escandinavo ó teutón, la del hierro.

Volvamos, ahora, cogidos de la mano de estos Anglo-Sajones, á estudiar las cuatro razas neolíticas europeas, ya que ellos forman dentro del cuadro de la primera.

RAZA ESCANDINAVA.

Dicha raza se refiere al tipo fósil de Canstadt. La frente de los Teutones era sesgada, oblicua; la bóveda craneana rebajada, proeminente la nariz, enormes las órbitas, los arcos superciliares muy desarrollados, pesada la mandíbula, con tendencia al proñatismo, alta la estatura, á menudo superior á 1 m. 80, musculoso y atlético el cuerpo; poco gratos, de ver, en suma.

Este tipo platicéfalo se extendía en la edad neolítica, desde las bocas del Rhin hasta el Neva, y por el Sur hasta Galitzia. Ha desaparecido de todas partes, singularmente de Alemania, por su mezcla con la llamada turania ó céltica, y aun en algunos distritos frisonos donde persiste, ha sido modificado favorablemente por la civilización. Ya noté algunos casos curiosos de atavismo, que no implicaron inferioridad moral ó intelectual ninguna.

La forma más característica del cráneo teutónico, es la que Ecker

describió bajo el nombre de tipo «de las tumbas alineadas», con un índice medio de 71,3, que se halla esparcido por toda el área de las conquistas de Godos, Francos, Burgondes y Sajones, en Inglaterra, Francia, España, Italia y Europa oriental.

Persiste en Suecia, como lo ha demostrado el mismo Ecker. Los insulares del Zuider Zee, descendientes puros de la antigua raza frisona, según Virchow, son más platicéfalos, todavía, que los hotentotes, y en ninguna parte del mundo los cráneos neanderthaloides abundan tanto como allí.

Los textos de los autores clásicos reunidos por Diefenbach, Posche, Belloguet, Zeuss y Penka, demuestran que los antiguos Germanos tenían la alta estatura, los cabellos rubios y los ojos azules de los modernos Escandinavos.

Observo que los escritores de la antigüedad clásica nos han transmitido rasgos descriptivos de los Germanos, propósito para sugerirnos la idea de pueblos bárbaros, y aun feroces, pero ninguno que nos obligue á mirarlos como hordas repulsivas de míseros salvajes, en quienes la misma forma humana se mostrase bestializada, como lo hacen suponer las descripciones del hombre de Canstadt y Neanderthal.

Que hubo modificación en los caracteres físicos, bien sea por efectos del mestizaje, bien por variación espontánea, lo demuestra el hecho de que la capacidad craneana subió desde cifras inferiores á 1200 centímetros cúbicos en las tumbas prehistóricas de la Pomerania, á 1412 en las tumbas anglo-sajonas.

RAZA IBÉRICA.

Broca y Quatrefages afirman que los esqueletos de Cro-Magnon representan á los antepasados más remotos de la raza ibérica. Pero si esta descendencia es cierta, se ha de reconocer, previamente, que algunos caracteres físicos de la raza se modificaron grandemente, pues hay un verdadero contraste entre los Trogloditas altos y atléticos que los autores nos pintan, y los Iberos menudos y delicados que á renglón seguido nos describen. Otra diferencia: los primeros eran proñatos; los segundos ortoñatos.

Prüner-Bey, desde el primer momento sostuvo el parentesco de estos hombres de la Vezere con los Esthonianos; pero Broca le salió al encuentro y pudo, fácilmente, demostrar que las diferencias anatóni-

cas de los cráneos esthonianos conocidos, excedían á las semejanzas señaladas entre ellos y los de Cro-Magnon.

Con todo ello, los caracteres osteológicos generales de la raza de Cro-Magnon son idénticos á los que se notan en los grupos étnicos adscritos á la raza ibera.

Mr. E. Hamy fué de los primeros que pisaron ese camino, apartándose de la opinión primitivamente sustentada por él, de que la raza de Cro-Magnon formaba parte de algún grupo hiperbóreo. Sacó la medida media de todas las piezas cuaternarias incluidas en el tipo osteológico de Cro-Magnon, con objeto de eliminar las exageraciones del tipo y comparó al patrón medio las series de cráneos occidentales existentes en París y otros sitios. Estudiando la colección de cráneos antiguos de la gruta del Barranco Hondo (Tenerife), completó la cadena étnica. Guanches, Bereberes, Iberos y Aquitanos de las antiguas épocas constituyeron una familia, y Mr. Hamy sostuvo, apoyándose en hechos, la remota alianza de los pueblos mediterráneos occidentales.¹

El yacimiento neolítico más importante de la raza ibérica es el de la caverna del Hombre-Muerto, en el departamento de la Lozere, donde salieron á luz restos de unas cincuenta personas, entre ellos, quince esqueletos bastante bien conservados, que constituyen la serie más numerosa de esqueletos neolíticos pertenecientes al mismo tipo y período.

Los cráneos fueron estudiados por Broca, el cual proclamó la identidad de esa raza y la de los túmulos alargados de la Gran Bretaña. Es notable su ortoñatismo. El más largo de los esqueletos de la caverna del Hombre-Muerto dió 1 m. 63, resultando la estatura media de 1 m. 58. La cara era ovalada, las facciones poco acentuadas, las formas esbeltas.

Los Iberos eran una raza de las orillas del Atlántico y del Mediterráneo. No hay vestigios de que tocaran en la Germania ó Europa del nordeste. El punto extremo de su expansión por esa parte lo marca una caverna sepulcral de Chaveaux, sobre el Mosa, la cual contenía cráneos del tipo de los túmulos alargados, con índice cefálico de 71, 8. Antes de la llegada de la raza braquicéfala ligur, cubrían la mayor parte de Francia; hállanse restos suyos en los valles del Sena, Oise y Marne. Parece razonable equiparlos con los Aquitanos del tiempo de Julio César. Habitaban la península hispánica, la Italia meridional, Sicilia,

(1) *La race de Cro-Magnon et ses affinités ethniques,*

Córcega, Cerdeña. Se rastrea su presencia entre los autóctonos pre-helénicos. El Dr. Schliemann, en sus excavaciones de Hissarlik (Troya), halló en la Ciudad quemada tres cráneos ortoñatos y dolicocefalos, con índice medio de 71.23. Ya hemos hablado de su presencia en Inglaterra, y nos resta mencionarla en el Africa septentrional, donde constituye el fondo del pueblo beréber.

Todo hace suponer que los iberos eran de tez morena, ojos y cabellos negros ú oscuros, rostro fino, cuello largo y delgado, engarces ó inserciones delicadas, que es rasgo aristocrático. Sobre su pequeña estatura, ortoñatismo y dolicocefalia, no hay para qué insistir.

Isaac Taylor repetidas veces afirma que los Iberos, no sólo eran un pueblo de débil estructura, sino de escasa resistencia. Amenudo las personas del Norte miden por la corpulencia y fuerza muscular, los grados de energía y aguante. Error que desmiente la experiencia. Las tropas de Wellington no podían soportar, sin pérdida de su cohesión, disciplina y valer militares, las penosas marchas y racionamiento escaso que en nada alteraban el ser ordinario de las tropas españolas. Si realmente los Iberos constituyen el fondo étnico de la población hispánica y son los progenitores de los Baskos, la constancia y virilidad de ellos está puesta fuera de toda contestación seria.

No es menos cierto, sin embargo, que «del mundo ibérico únicamente conocemos la decadencia». ¿Porqué se presenta á nuestros ojos como un vencido eterno? Su historia es la de las conquistas efectuadas por otros pueblos en detrimento suyo. Acaso llegó á la suavidad relativa de costumbres y á los hábitos pacíficos prematuramente, en época donde toda barbarie era poca para luchar por la vida. Acaso balbucía los primeros idilios de la vida pastoral, cuando cayeron sobre él tribus ferocísimas que lo destruyeron casi totalmente. Y desde entonces, la inferioridad numérica fué causa de las posteriores derrotas. Acaso contribuyó á sus desdichas la falta de sentido político, la tendencia al aislamiento, al individualismo, notable en sus más genuinos representantes modernos. Porque no es discreto suponer que siempre le tocara luchar con razas más civilizadas, ni he de acoger, tampoco, la sentencia impía de muchos: que el vencido debe serlo. Antes por el contrario, amenudo los vencedores fueron de menos cultura que los vencidos. Oigamos á Pablo Broca hablar de los Trogloditas de la Vezeze. «Esta sociedad desapareció, sin dejar ningún rastro de tradición entre los hombres. Lejos de borrarse poco á poco, tras un período de

decadencia, pereció súbitamente y con ella se apagó de repente, la antorcha de las artes. Entonces principió un período tenebroso.....La extinción de la sociedad de los Trogloditas fué tan completa y repentina, que despierta la sospecha de un cataclismo; pero la geología protesta, y el fenómeno se explica por la influencia sólo del hombre. Nuestros pacíficos cazadores de renos, con sus costumbres suavizadas y sus armas ligeras, poco á propósito para el combate, no podían resistir la invasión de los bárbaros, y su civilización naciente se arruinó al primer golpe, cuando groseros conquistadores, mejor armados para la guerra, y provistos, acaso, de la hacha pulimentada, invadieron los valles. Entónces, como después, la fuerza fué el derecho.»¹

Hoy, generalmente no se admite esta dramática desaparición. Cartailhac la califica de novela.²

Algunos huesos humanos abiertos con el objeto de extraerles la médula, que se hallaron en las cavernas de la isla de Palmaria (golfo de la Spezzia), Cesareda (valle del Tajo) y Keiss (condado de Caithness), han parecido datos que suficientemente acreditan la antropofagia de los Iberos. Pero los que así discurren, deducen consecuencias generales de hechos aislados que no concuerdan con los demás conocidos. El hombre, por su sistema dentario y sus órganos digestivos, no es animal originariamente carnívoro, sino frugívoro. Únicamente el hambre y las supersticiones religiosas, fueron capaces de degradarlo hasta el canibalismo.

Las estaciones de la raza ibérica en la edad neolítica revelan que se alimentaba de la caza y pesca; que carecía de animales domésticos y de semillas. Sabía encender fuego, vestíase de pieles cosidas y adornábase con brazaletes y collares de conchitas enhebradas. Utilizó los óxidos metálicos para el tatuaje y pintura del cuerpo y cara. Algunos rudimentos de religión poseía; los objetos usuales enterrados con los muertos denotan creencia en la vida futura.

Acerca de cuál fuese la lengua hablada por los Iberos, se disputa mucho. La escuela de Humboldt sostiene que dicha lengua está representada por el actual baskuenze, á quien pide luces para descifrar los nombres é inscripciones ibéricos. Tuvo su época de extraordinaria boga. Después, ha sido reciamente combatida, y la reacción, como suele, ex-

(1) Paul Broca. «Les Troglodytes de la Vezere» Conferencia dada en Burdeos.

(2) *La France préhistorique*, pág. 124.

reinó y exageró sus ataques. Los adversarios de Humboldt, afirman que la lengua ibérica pertenecía al grupo de las lenguas hamíticas. En las inscripciones númerdas antiguas aparecen formas arcaicas de la lengua beréber, que hoy hablan los Tuaregs y Tamaskek y las kábylas. El númerda es, sin disputa, lengua hamítica; éstas lenguas, según dicen dichos adversarios, no presentan relación de afinidad con el baskuenze y sí con el nubio y antiguo-egipcio. Mas apesar del número de contradictores, de lo certero de algunas de sus críticas, del carácter conjetural que no acaban de perder las interpretaciones de las leyendas ibéricas y aun del mismo resultado de ellas, la teoría de Humboldt, en sus líneas generales, no ha sido científicamente destruida, y es la única que, de un modo serio, disputa el terreno á las demás que se van sucediendo, sin heredarla.

Los esqueletos de Cro-Magnon, según Broca y Quatrefages, cepa antiquísima de la raza ibérica, son el puente tendido entre los Bereberes y los Negros. Los Bereberes pertenecen al *Homo Arabicus* ó *Mediterraneus* (Bory de Saint-Vincent), que ciertos antropólogos suponen producido por el cruce del «hombre europeo» con tribus negras dolicocefalas del norte de Africa, muy inteligentes. ¿Quién era ese hombre Europeo? Hé aquí la gran incógnita.

El grupo ibérico ha sido constituido por la coparticipación de determinados caracteres físicos. Forman parte de él, además de los hombres de Cro-Magnon, los de la meseta de la Lozere, los de los túmulos largos de la Gran Bretaña, los Guanches de Tenerife, los antiguos Egipcios, los Corsos y Bereberes, ciertos Galeses, Irlandeses y Escoceses, los Baskos y los antiguos Aquitanos. Consignaré los caracteres que he podido reunir y que son muy incompletos, naturalmente, porque las monografías, de donde habría que tomarlos, harto más útiles que las generalizaciones en que se complacen los autores, son, todavía, muy escasas. Aparte trataré de los Baskos y Aquitanos.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



(CONTINUACIÓN)

Los cráneos de la caverna del Hombre-Muerto de la (Lozere) son extremadamente ortoñatos. Los Guanches y los Corsos vencen, por este rasgo, á todas las razas existentes: después les siguen los Baskos españoles. El proñatismo maxilar (alveolo-sub-nasal) que es el más importante, mide 79°, 77 en los craneos del Hombre-Muerto, 81°, 34 en los Guanches y 81°, 28 en los Corsos.

Índice nasal: en los Guanches, 44,25; en los Beréberes, 44,28; en los cráneos del Hombre-Muerto es aun más bajo que el de los Baskos españoles, cuya pequeñez excede al de todas las razas europeas existentes. El más bajo de todos los conocidos, es del viejo de Cro-Magnon, que mide 61,36; el de los Guanches, es de 77,01; el de los cráneos de Grenelle (época de la piedra tallada), 81,2; el de los cráneos del Hombre-Muerto, 81,9.

Capacidad craniana: 1.557 centímetros cúbicos en los Guanches; 1.552 en los Corsos; 1.606 en los cráneos del Hombre-Muerto (época de la piedra pulimentada.)

Índice cefálico: en las momias Guanches, es de 75,53; en los Corsos 75,35; en los antiguos Egipcios, 75,58; en los Beréberes, 74,63; en los cráneos del Hombre-Muerto, 73,22; en los de la caverna de Denbigshire, 76,5; en los de la caverna de Genista (Gibraltar), 75,5; en los de los túmulos largos, 71,25; en los de los dólmenes de la Lozere (época de la piedra pulimentada), 75,86; en los Irlandeses, 75,0.

Talla: de los esqueletos de Denbigshire, 1 m. 60; de los de los túmulos largos, 1 m. 62; de los Guanches, 1 m. 447.

Los Guanches de Tenerife pasan por ser una rama aislada de los Be-

réberes. En tiempo de Plinio el joven las islas Canarias carecían de habitantes. Cuando las ocuparon los españoles al principio del siglo XV, los Guanches no habían salido de la edad de la piedra, y habitaban cavernas que tanto les servían de habitación como de sepultura.

Según el Dr. Verneau, autor de una obra premiada por la Academia de Ciencias de París el año 1891, los Guanches eran altos: 1 m. 70 era su estatura mínima y algunos alcanzaban dos metros. Las mujeres, en cambio, eran relativamente pequeñas. La diferencia entre ambos sexos es de 0 m. 20, próximamente. La piel, al decir del poeta Viana, era bastante clara. El Dr. Verneau afirma que el *verdadero* Guanche tiene los cabellos rubios o castaño claros y los ojos azules. Por las trazas, el Dr. Verneau ha estimado castizo al elemento alienígena, como otros han hecho con los Beréberes. El rasgo característico de los Guanches es la forma alargada del cráneo, su figura pentagonal, el hundimiento de la región superior al occipucio que forma contraste con la proeminencia del occipucio mismo. El Guanche era esencialmente troglodita; se dedicaba, principalmente, al pastoreo; era aficionado á la música, respetaba la autoridad de sus jefes, y practicaba la virtud de la hospitalidad.¹

Del tipo beréber ha trazado el Dr. Topinard el siguiente retrato: su estatura es superior á la media; su cuerpo es de buenas proporciones, menos enjuto y suelto, y mas musculoso que el del árabe. Su piel, blanca en la infancia, se obscurece prontamente al contacto del aire. Sus cabellos, negros y derechos, son bastante abundantes; el color de sus ojos, castaño prieto. Es dolicocefalo y moderadamente leptorrino (81^o,8). Su cara es menos larga y menos regularmente ovalada que la del árabe. Su frente, derecha, presenta en la base una depresión transversal; los arcos superciliares están bastante desarrollados; la nariz, escotada en la raíz, amenudo es acaballada, pero no aguileña, y oblicua hácia adelante á veces, se levanta en la base de modo que se descubra, de frente, la parte inferior de las ventanas nasales. Las orejas están separadas de la cabeza.

El Berébere ó Kábyla está desparramado por el África septentrional desde el golfo de Trípoli al Océano, desde el mar al Sahara. Muchos lo identifican con los antiguos Libyos que los Egipcios, 3.000 años antes de C. conocían bajo el nombre de *Tamahus* y eran temibles vecinos.

(1) *Cinq années de séjour aux îles Canaries.*

Sus caracteres morales son: un sentimiento vivo de la igualdad, de la caridad, de la dignidad personal y de la libertad individual; la tendencia á la actividad, el amor al trabajo, la economía, el apego al hogar, la monogamia. Es musulmán accidentalmente.

En el pueblo beréber, además del elemento moreno, autóctono, y de la infiltración árabe y negra; hay un elemento rubio, procedente del Norte, que algunos opinan llegó 2000 años antes de C. por Gibraltar y Tánger después de atravesar España. Se supuso que estos inmigrantes construyeron los dólmenes africanos. Por cierto que el señor Tubino, cambiando los términos, hacía de este elemento allegadizo el fondo constitutivo del pueblo beréber.

Ya dije arriba que había sido notado el parecido de los Baskos españoles y de algunos grupos de población en las Islas Británicas. Fundaban el parecido sobre el color de la piel y cabellos, principalmente. El color de la piel es un excelente rasgo secundario de clasificación, pero conviene no olvidar el axioma de Lineo: *nimum ne crede colori*. Suele ser de apreciación demasiado subjetiva, y además, ni aun los mismos antropologistas de profesión, suelen librarse del error de llamar morenos á blancos bronceados por el aire y el sol. Y aun si se mira de cerca las opiniones teóricas de ellos, se verá que no se forman una idea exacta del asunto, pues todo lo reducen á los efectos de la intemperie sobre la piel, llamando morenos á los que se obscurecen y blancos á los que se tornan de color rojo-ladrillo ó se cubren de pecas. La primera propensión predomina entre las razas del Mediodía, y la segunda entre las del Norte. Pero los verdaderos morenos son aquellos que tienen la piel oscura en las partes del cuerpo que no están expuestas á la acción directa de la luz, y de esta manera quedan eliminados de la serie muchos supuestos morenos. Los Baskos, por ejemplo, en opinión de Topinard, constituyen uno de los tipos morenos más notables de Europa; pero es indudable que no asentaría proposición tan absoluta, si buscase la colocación de la piel donde debe.

La existencia de un elemento moreno en las Islas Británicas parece fuera de toda duda. Hablando de los irlandeses, pueblo hermano de los montañeses de Escocia, decía el ilustre Thierry, que varios de sus rasgos físicos y morales, son los que caracterizan á los pueblos del Mediodía, y mencionaba la cabellera negra y las pasiones vivas de la mayoría de ellos. Mac Firbis señala la raza que denomina de Fir-Boly, de ojos y cabellos oscuros, pequeña y de miembros delgados, que cons-

tituía la clase dominada del pueblo irlandés. Esta raza, según Skene, es la de los Silures, ó sea la de los Iberos que precedió á los (pseudo) Celtas.

En Escocia es muy franco el contraste entre los clanes altos y rubios (como los Mac-Gregór y los Cameron) y los Fraser morenos de las islas occidentales. Según Mr. Price, los montañeses de Escocia pocas veces son altos; pero están bien formados. El color de sus cabellos, generalmente es castaño. Lo mismo sucede entre los irlandeses, aunque también se encuentran cabellos negros; los aldeanos, por lo común, son altos, vivo y movable su genio, grises ó azules sus ojos, larga su cara, pequeña la nariz, con tendencia á remangarse. Supone Price que ha habido un cambio en la coloración del cabello, pasando del rojo al amarillo y de este al castaño, lo cual atribuye á la alimentación. Trae en apoyo algunos datos históricos; recuerda que Tácito mencionó los cabellos rutilantes de los Caledonianos; que las triadas bretonas hablan de los *rojos Gaels* de Irlanda; que en la poesía recitada por un bardo ante Malcolm III el año 1057, se atribuye color *amarillo* al cabello de los montañeses. Pero también mencionó Tácito el tipo moreno de los Silures. Estos, y cuantos testimonios históricos se aduzcan, prueban un hecho harto conocido y patente; la presencia de un elemento rubio, rojo más bien, en Irlanda y Escocia; lo que hay es que este elemento va siendo reabsorbido por la población autóctona que era morena y produce el predominio de los cabellos castaños. Lo mismo sucedió en Normandía, donde los invasores escandinavos, en ciento sesenta años, no sólo perdieron su lengua y adoptaron la francesa, llevándola, después, como propia á Inglaterra, sino que se fundió su tipo físico hasta el grado que nos revela el hecho de que en tiempo de Guillermo el Conquistador, la coloración rojiza del pelo era un rasgo tan poco frecuente, que servía de apodo, y se decía por ejemplo, Guillermo el Rojo.

Mr. Price rechaza la opinión de que la clase dominante del pueblo irlandés sea gótica, por su origen, y explica las diferencias entre ella y la dominada, apelando á su socorrido lugar común de la alimentación. Mas la historia nos cuenta las desdichas del noble pueblo irlandés, y sabemos que muchas veces la propiedad del suelo, y la influencia política, por consiguiente, pasaron á manos de gentes extranjeras. Nada tiene, pues, de singular, que parte de la clase dominante sea, no de origen gótico, sino anglo-sajón.

La proporción de rubios y morenos, según la estadística publicada por el Dr. Topinard, es la siguiente: en los montañeses de Escocia, el 45,4 por 100 de rojos y rubios, el 23,9 de castaños ó intermediarios y el 30,9 de morenos; en los irlandeses, el 45,3 de rubios y rojos, el 21,2 de castaños, el 31,9 de morenos. Mas la generalización que pudiera sacarse me parece prematura, pues los datos reunidos son escasos, como que se refieren á 1125 escoceses y 90 irlandeses nada más. Sin embargo, los resultados presentan notable conformidad con los que da una estadística norte-americana, formada durante la guerra de sucesión sobre número de casos que se califica de «prodigioso.» Según dicha estadística, son rubios el 50,2 por 100 de los escoceses, castaños el 25,7 y morenos el 23,0; y en los irlandeses, hay 50,5 de los primeros, 20,1 de los segundos y 23,3 de los terceros. Cosa rara, en los ingleses, comparativamente, bajan los rubios (48,9), suben los castaños (26,9) y guardan el mismo nivel los morenos (23,4). Esto demuestra, cuánto conviene desconfiar en estas materias de las nociones subjetivas; la impresión general de las gentes es que los Ingleses son rubios.

Rama importante de la raza ibérica, según común sentir de los antropologistas, son los Baskos. El primer problema que nos plantean, ellos que son la eterna esfinge de la ciencia, pueden expresarlo los siguientes términos: Así como hay un pueblo basko, existe una raza baska? Y la ciencia actual contesta negativamente, sosteniendo, no sólo que la raza euskara no es pura, que por el contrario, es producto de un mestizaje, sino que el pueblo basko carece de unidad étnica y los baskos de Francia son diferentes de los de España. Es cosa de repetir el grito de Michelet: ¡me roban mi yo!

Voy á consignar, ahora, los caracteres físicos y descriptivos de los Baskos que me parecen más importantes, tanto por su propia significación, como por las relaciones y comparaciones á que pueden dar lugar; unos se refieren á los españoles, otros á los franceses y otros no expresan la circunstancia de nacionalidad, ora porque realmente son comunes, ora porque se buscaron en una sóla de las vertientes del Pirineo.

Sobre antropología bascongada tenemos un trabajo digno de la mayor estimación: el del Dr. Aranzadi, que es, hasta ahora, el más completo y minucioso de cuantos se han propuesto el estudio antropológico del pueblo basko. Importa que cada una de las provincias

euskaras sea objeto de investigaciones análogas á las efectuadas en Guipúzcoa; las de Navarra, sobre todo, serían interesantísimas, porque este antiguo Reino constituye, dentro de reducido territorio, un inmejorable campo de exploraciones por su rica variedad de altitudes sobre el nivel del mar, productos del suelo, climas, tipos físicos, que á la simple vista lo subdividen en regiones tan individualizadas como la central, riberana y montañesa, no habiendo cosas entre sí más diferentes, por ejemplo, que el campo de Tudela y la vega de Elizondo, como no sean los hombres que los pueblan. Y aun sin salirnos de la región montañesa, difieren notablemente, apesar de su proximidad, el habitante de Val de Erro, Esteribar y Atéz, pequeño, moreno y enjuto, y el fornido, musculoso y alto roncalés. Unicamente la antropología es capaz de confirmar ó rectificar las nociones del criterio impresionista y reunir y disociar lo que verdaderamente haya de estar junto ó separado. El día que tengamos otras seis monografías como la del Dr. Aranzadi, saldremos del periodo de los titubeos, de las teorías aventuradas, de las generalizaciones precoces en que hoy nos encontramos.

Los individuos medidos por el Dr. Aranzadi, fueron 250 soldados del regimiento de Covadonga, procedentes de 62 pueblos distintos diseminados por toda la extensión de Guipúzcoa, de 14 de la zona limítrofe bizkaina, con más 2 individuos de Pamplona. De ellos, 225 tenían los dos apellidos baskongados; 21 uno baskongado y otro castellano; 1, uno baskongado y otro expósito; 3, los dos apellidos, al parecer, castellanos. No nos dice el Dr. Aranzadi si esta circunstancia del apellido alienígena se transparentaba en los caracteres físicos. Las medidas llegaron á la cifra de 35 para cada uno de los 250 individuos, y en muchos de ellos, á 57. La senda de las mediciones en vivo, la recorrió antes que ningún otro, dentro de España, mi malogrado amigo é inolvidable compañero el Dr. Landa, cuyo artículo sobre *Crania Euskara* que publicó la *Revista Euskara* (año 1878) contiene datos craneoscópicos importantes, relativos á montañeses navarros.

La monografía del Dr. Aranzadi, además de las medidas, consigna datos descriptivos; la acompañan cuadros gráficos, contornos, mapas y bustos que facilitan la inteligencia del texto, muy nutrido de hechos. El Dr. Broca fué, propiamente, el creador de la antropología baskongada, iniciada por Retzius; sus conclusiones, aun hoy día, pesan mucho; él afirmó la heterogeneidad baska franco-española. Los Drs. Argellies y Collignon han allegado, también, algunos datos.

Expondré, como dije, los más importantes de unos y otros.

Perforación del húmero=El Dr. Topinard dice que ésta perforación, como carácter habitual, procede de época anterior á la neolítica; que persistió en esta época; que lo conservaron después las razas más substraídas al mestizaje; y finalmente, que ha ido disminuyendo desde el principio de nuestra era.

El 10,6 por 100 de los esqueletos de la caverna del Hombre-Muerto presentaban este rasgo. Los húmeros de Baskos franceses estudiados por Broca fueron 69. Tenían la cavidad olecraniana perforada el 13,4 por 100.

Talla=Número de ejemplares, 250: talla media, 1 m. 640. Según el Dr. Aranzadi la mitad de los 250 tallados, quedaron por encima de 1 m. 635 (que es inferior á la «talla media» de Topinard), y la otra mitad por bajo.

La monografía consigna, además, datos de cinco reemplazos consecutivos, á partir desde el año 1881. La talla más frecuente osciló entre las cifras de 1,600 m. y 1,650 m. puesto que de un total de 1.047 mozos, hubo 265 comprendidos en este grupo; el grupo más compacto que le sigue, es de 220, cuya talla oscila entre 1 m. 550 y 1 m. 600 («talla pequeña» de Topinard, de 1 m. 599 para abajo). En dichos reemplazos, hubo las siguientes tallas altas: 48 que oscilaron entre 1 m. 750 á 1 m. 800, y 8 que excedieron á 1 m. 800.

Las estadísticas generales encasillan á los Fineses y Sicilianos en el grupo de las tallas inferiores á la media.

Capacidad craneana=Número de ejemplares, 60 cráneos de Baskos españoles; 1574 centímetros cúbicos los varones y 1356 las mujeres.

La discordancia entre los dos sexos es muy grande en las razas actuales; no sucedía lo propio en las prehistóricas, á juzgar por los cráneos de la caverna del Hombre-Muerto, que la dejan reducida á 99,5 por término medio. Esto depende, seguramente, de que el género de vida estaba menos *diferenciado*; el trabajo cerebral del hombre ha ido aumentando y el de la mujer ha tendido al estacionamiento, durante el desarrollo de la civilización.

Índice cefálico=Número de ejemplares, 60 cráneos baskos de Zaraus: 77,62 (sub-dolicocéfalos)—47 Baskos de San Juan de Luz, medidos en vivo por el Dr. Argellies, 81, 1 (sub-braquicéfalos)—63 mozos de la montaña de Nabarra, medidos por el Dr. Landa, 76,32 (sub-dolicocéfalos). Este grupo se descompone de la siguiente manera: dolico-

céfalos, 22 individuos; sub-dolicocéfalos, 21; mesaticéfalos, 12; sub-braquicéfalos, 6; braquicéfalos 2.—250 soldados de Guipúzkoa y Bizcaya, medidos por el Dr. Aranzadi, índice medio 79,1 (mesaticéfalos), máximo 86,2 (en dos individuos), mínimo 68,8.—57 cráneos baskos franceses; 80,25 (sub-braquicéfalos).

El Dr. Landa manifiesta que al estampar sus cifras rebajó, según aconseja Broca, las dos unidades en que se aprecia la diferencia que media entre la cabeza del vivo y el cráneo. No veo que el Dr. Aranzadi haga la misma advertencia, aunque supongo practicaría la resta; de lo contrario, habría que rebajar su media aritmética, á 77,1. De todas maneras, de las mediciones de los Drs. Landa y Aranzadi, resulta que los nabarros son más dolicocéfalos que los guipuzkoanos. Las mediciones del Dr. Landa confirman las de Broca, y no presentan el punto flaco que se buscó á las de este sabio por estar extraídos sus cráneos de una localidad costanera y suponerse probado el cruce de los habitantes de Zarauz con inmigrantes irlandeses, según unos, y fenicios, según otros. Los siete cráneos de Villaro (Bizcaya) que Mr. Jagor regalo al célebre Virchow, resultaron, asimismo, dolicocéfalos; pero dolicocéfalos verdaderos, es decir, de índice inferior á 75.

El pueblo basko (español), afirma Broca, es dolicocéfalo moderado; pero su dolicocefalía, a diferencia de la que distingue á los pueblos del norte de África, no es frontal; débese al desarrollo extremado de los lóbulos posteriores del cerebro y al pequeño desarrollo de su región anterior. Se aproximan los Baskos á los dolicocéfalos de África, pero se diferencian de éstos por su exagerado ortoñatismo y relativa atrofia de las protuberancias cerebelosas y occipital. Mr. Elisée Reclus calificó de preciosos los cráneos de Zarauz, proclamándolos únicos en su género; «parécense al del negro—dice—por el desarrollo occipital, pero exceden por término medio en capacidad al del Arya y son de una belleza admirable por la forma anterior de la cara». Mrs. de Quatrefages y Hamy, entroncaron á los Baskos con los hombres de Cro-Magnon.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



(CONTINUACIÓN)

Pero á este punto concreto contradice el ilustrado profesor Don Manuel Antón en los siguientes términos: «Nuestras observaciones directas nos permiten afirmar que, si bien es cierto que los bascos y los hombres de Cro-Magnon son más ó menos dolicocefalos, la dolicocefalia de los primeros no parece exactamente análoga á la de los segundos; que en aquellos se nota bastante armonía entre su calvaria y su cara, también alargada, mientras que es característica la falta de armonía entre las dos regiones cefálicas de éstos; y, finalmente, que la órbita de los bascos es en muchos ejemplares más redondeada y alta que cuadrangular y baja, como es típico en los de Cro-Magnon: caracteres éstos que si no contradicen el inmediato parentesco de estas dos razas, le remiten á ulteriores investigaciones.»¹

De los datos del Dr. Aranzadi resulta que existe una concentración de la braquicefalia en el Sur y Oeste de Guipúzkoa (la región más alta de la provincia) que concuerda, en parte, con la de la talla baja. El resto del territorio aparece más dolicocefalo y más alto de estatura, sobre todo comparado con el Oeste en el último carácter y con el Sur en el primero. A los ojos del Dr. Olóriz, la región baska no presenta nada saliente desde el punto de vista de la craniología, y su característica es una braquicefalia muy atenuada.

Opinión que es reflejo directo de la del Dr. Aranzadi cuando afirma que por el diámetro ántero posterior de la cabeza, el Baskongado se acerca á las razas dolicocefalas, y por el trasverso máximo, á las bra-

(1) Prólogo á «El pueblo euskalduna» del Dr. Aranzadi, pág. XIV.

quicéfalas: de donde resulta que el índice cefálico de latitud es intermedio, ó sea, que la braquicefalia y dolicocefalia baskas no son francas.

De varias mediciones de la cara y el cráneo el doctor Aranzadi deduce que el genuino Baskongado tiene la cabeza ancha por atrás; la parte de la cara superior á la boca, corta con relación á la anchura biziomática, y la parte mandibular estrecha.

Diámetro frontal mínimo¹=Número de ejemplares, 60 cráneos de baskos españoles: 96,1;58 franceses: 96,2.—Medición del Dr. Aranzadi: 108 (medio), 118,5 (máximo), 96 (mínimo).

Índice frontal.=Según el Dr. Aranzadi: 70,3 (medio); 77,9 (máximo); 63,2 (mínimo).

Índice nasal.=Número de ejemplares, 53 Baskos franceses: 46,80; 53 Baskos españoles, 44,71.—Medición del Dr. Aranzadi: 56,9 (medio); 78,5 (máximo); 43,4 (mínimo).

De los datos del Dr. Topinard, los Baskos de ambas vertientes del Pirineo resultan francamente *leptorrinos*. La medición del Dr. Aranzadi, más particularizada, suministra cifras de los tres tipos: y combinando el índice nasal con el cefálico, tenemos que de 119 dolicocefalos eran 64 *platirrinos* y de 131 braquicéfalos, 72 *leptorrinos*. Según las observaciones del Dr. Collignon, que el Dr. Aranzadi repite, en cada raza pura aumentan los leptorrinos y braquicéfalos con la talla, y los leptorrinos con la braquicefalia.

Naturalmente, el modo de medir el índice nasal y sus resultados, difieren del vivo al cráneo.

Índice orbitario.=Número de ejemplares, 50 Baskos españoles; 83,9.

Ángulo basilar.=Número de ejemplares, 60 Baskos españoles: 15,29.

Ángulo facial de Jacquart.=Número de ejemplares, 29 Baskos franceses, 42 Baskos españoles, 19 Baskas francesas, 17 Baskas españolas: ángulo tomado en la glabella, respectivamente: 78,24; 77,36; 76,35 y 75,89.—Ángulo tomado en el punto super-orbitario (ángulo ófrío-espinal de Broca), respectivamente: 75,41; 75,18; 74,94 y 76,84.—Ángulo facial medido por el Dr. Aranzadi: 76,3 (medio), 85 (máximo), 69 (mínimo).

(1) No habiendo indicación especial, los datos antropométricos están sacados de la obra del Dr. Topinard y generalmente proceden de los trabajos del Dr. Broca. Las mediciones del Dr. Aranzadi se han de entender hechas siempre sobre el vivo.

Color del pelo, ojos y piel. = Que existe un tipo euskaro, es decir, cierta fisonomía, cierto aire de familia común que nos permite, aménudo, distinguir á un Basko de otro que no lo es, nadie lo negará. Pero determinarlo es más difícil, porque el tipo se constituye con rasgos descriptivos apreciados, generalmente, con criterio impresionista. Así, por ejemplo, la cara de los Baskos, según Mr. de Quatrefages, es ovalada, pálido su color, recta la nariz y regular la estatura; pero Mr. Cenac Moncaut, afirma que la cara es redonda con barba cuadrada, y Mr. Girault de Saint Fargeau califica al color de encendido y bermejo, y á la nariz de abultada, mientras que Mr. Moreau de Jonnes nota que es afilada, y el coronel Napier, aguileña; y si ante los ojos del militar inglés la estatura de los Baskos es alta, ante los de Broca es baja y maciza.

Estas descripciones de los autores, han de admitirse bajo cláusula de revisión, pues pocas veces son exactas, y sus errores dependen, tanto de la *relatividad*, base inconsciente del criterio del observador, como de la falta de observaciones numerosas para sacar cifras medias aritméticas, que atenuen la influencia de los casos particulares. La ciencia se funda sobre hechos objetivos y generales.

El Dr. Aranzadi dice que los cabellos de los individuos por él examinados eran generalmente abundantes y lisos, exceptuando dos que los tenían algo rizados: castaños en su mayoría, con gradaciones hasta el negro y rubio más calificados. El Dr. Argellies, entre 47 individuos de San Juan de Luz y sus inmediaciones no halló un sólo caso rubio; dos eran rojos, algunos castaño oscuros y los demás negros. El Dr. Collignon sostiene que los Baskos son morenos, y el ilustrado baskófilo inglés Mr. Wentworth Webster, que ha mucho tiempo reside en el país basko francés y es observador desapasionada, le replica: «Si en todas partes la gran mayoría de los Baskos actuales es morena, no es menos cierto, que donde existan condiciones de localidad favorables para conservar la pureza del tipo, aumentará el número de rubios. He notado este hecho en todas partes. Nótase la diferencia entre las clases superiores y los aldeanos y labradores del país. Es raro ver un Basko rubio que pertenezca á las clases altas de la sociedad, á causa de que dichas clases se mezclan más por medio de matrimonios, con los franceses, gaskones y españoles, mientras que es frecuente hallar cabezas del todo rubias entre los aldeanos, los cuales conservan mejor la pureza de la raza.»¹

(1) De quelques travaux sur le Basque, págs. 19 y 20.—Bayonne, Lamaignere 1894.

Por cierto que en las monedas ibéricas, sin exceptuar las del Norte y Centro de España, las cabezas que aparecen en el anverso, suelen mostrar barba y pelo crespo ensortijado; las narices suelen ser proeminentes, y grandes y rasgados los ojos; el caballero del reverso amenuado esta sin casco, y su vestido ó saya es corto.

Respecto al color de los ojos, el Dr. Argellies contó, entre 47 individuos, 22 con ojos claros, de los cuales 14 azules y los 25 restantes castaños. Los datos del Dr. Aranzadi se descomponen en los siguientes grupos: grises con mezcla de algún otro color, siendo el gris amoratado: 7 (2,8 por 100); mezcla de azul y pardo, este último en el círculo interno: 2 (0,8 por 100); verdes, la mayor parte con algo de pardo, ó azul, ó gris: 44 (17,6 por 100); azules, siendo siempre el color con tendencia á morado y en muchos de ellos mezclado con verde: 48 (19,2 por 100); verdes con pardo: 45 (18 por 100); pardos, algunos con ligera mezcla de verde ó pequeños radios: 104 (41,6 por 100). Datos que compendia diciendo, «los ojos son, en su mayoría, claros».

Supongo que el adjetivo «pardo» en la nomenclatura del Dr. Aranzadi significa el color *brun* de los franceses, que aplicado á los ojos solemos decir «castaño». Sería muy raro que ninguno de los 250 soldados lo tuviere, siendo, al parecer, el más extendido entre los Baskos españoles, por lo menos. Pardo, dice el *Diccionario* de la lengua, se aplica al color que resulta de la mezcla del blanco y negro; es decir, al color de ceniza. ¿A cuál denomina gris el Dr. Aranzadi?

El Dr. Aranzadi combinó los caracteres de los ojos y del índice nasal; la combinación nos muestra un grado de probabilidad de 16 por 100 para la suposición de que los ojos pardos están unidos á narices anchas (llamando así á las que tienen un índice superior al medio); de 7,3 por 100 para las estrechas con los ojos azules; de 4,8 por 100 para las mismas con ojos verdes y de 32 por 100 para la unión de las narices estrechas con los ojos verde-pardos. Es decir, que el elemento de ojos pardos es platirrino y los otros algo leptorrinos (comparados con la media aritmética total).

La tendencia dominante entre los autores extranjeros es la de designar á los Baskos como de piel morena. La impresión experimentada depende de una relación entre lo que se ve de continuo y se observa incidentalmente. Al lado de un Dinamarqués, un Basko parece moreno; junto á un Andalúz, blanco. El Dr. Aranzadi, hablando de los soldados de Covadonga, dice: «el color de la piel es blanco sonrosado,

principalmente en las mejillas, presentándose una gradación hasta el marcadamente moreno de algunos.» El color de la piel se refiere á la parte de las sienes que ordinariamente va cubierta por el cabello.

Un romero francés del siglo XII, Aymeric Picaud, en su Itinerario á Santiago de Compostela, nota alguna diferencia por el color del rostro, entre los Baskos, cuya ciudad es Bayona y los Nabarros, que comienzan pasado el puerto de Roncesvalles. «Los Nabarros y los Baskos —dice—son de una misma semejanza y cualidad en la comida, vestido y lengua; pero los Baskos tienen los rostros más blancos que no los Nabarros». (*Navarri et Bascli, unius similitudinis et qualitatis, in cibus scilicet et vestibus et lingua utuntur; sed Bascli facie candidiores Navarris aprobantur*). La diferencia, para que un viajero de paso, la notase, debía de ser muy marcada entonces, más que actualmente, aunque no ha desaparecido, como es fácil comprobarlo, comparando los habitantes de Baigorri y Alduides á sus vecinos de Esteribar y Erro. Asimismo, y juzgando con criterio impresionista, la población del centro y ribera de Navarra, es más morena que la de la montaña.

La diversidad de rasgos y la dificultad de determinar el tipo euskaro, que tantas contradicciones implica al comparar el testimonio de los autores, por sí solas denotan que el actual pueblo Euskaldun es producto de un mestizaje de razas. Aun la heterogeneidad más grave y profunda, que es la referente á los Baskos de Francia y España, algún comienzo de prueba puede aducir con los índices cefálicos tomados, bajo la reserva de ampliar este estudio, por ser cortísimo el número de ejemplares medidos y aconsejar la menos cauta prudencia el abstenerse de formular conclusiones hasta que aumente debidamente el total de ellos. Pero es lo cierto, salvo ulteriores rectificaciones, que el índice cefálico, el diámetro frontal mínimo, el índice nasal y el ángulo facial no concuerdan en los habitantes de ambas vertientes del Pirineo. Con todo, y sean las que fueren las futuras rectificaciones, ó ratificaciones, creo se puede afirmar sin temeridad alguna, que no ha de resultar *diversidad* de componentes étnicos en uno y otro grupo basko, sino distinta *proporción* numérica de ellos: de suerte que ambos grupos diferirán entre sí por razón *cuantitativa* y no *cualitativa*.

Más concluyentes son los datos que significan disociación de los elementos propios de cada tipo antropológico particular, (por ejemplo, tipo rubio, moreno; tipo finés, beréber, etc.) Por el actual pueblo basko andan diseminados rasgos que no concuerdan con otros que les

acompañan, y contemplamos un espectáculo análogo al que nos darían los reclutas que penetrasen en los almacenes militares y tomasen de ellos las prendas de su gusto sin rigor de uniforme.

Después de estudiar los cráneos que le remitieron de San Juan de Luz y enterarse de las medidas antropométricas del Dr. Argellies y de sus observaciones acerca del color de los ojos, efectuadas sobre individuos de aldeas próximas á dicha población, Broca dedujo las conclusiones siguientes: Que esos individuos presentan los caracteres de tres razas; una de ojos azules (comprendidos los verdes), otra de castaños-oscuros, y la tercera de castaños muy claros. Que los Baskos franceses se distinguen de los guipuzkoanos por su más pronunciada braquicefalia, la cual ha ido aumentando desde el siglo XVI acá. Que la relativamente menor braquicefalia de los Baskos franceses anteriores al siglo XVI, se ha de atribuir á la invasión de la cuenca del Adour por los Baskones á fines del siglo VI, cuando los godos tomaron á Pamplona, ó corrieron sus tierras. Que las dos razas difieren mucho menos por otros caracteres, dependiendo su semejanza de su igual antigüedad, la cual semejanza es común á los pueblos pre-célticos de estas regiones y puede calificarse de idiosincrasia continental. También se explica la semejanza por el cruzamiento de una raza original única con dos pueblos autóctonos diferentes en las dos faldas del Pirineo.

En términos parecidos se expresa el Dr. Topinard, refiriéndose á las observaciones del Dr. Argellies. Resulta,—dice,—que la raza baska actual está formada por dos elementos, moreno el uno, rubio el otro; que es, sin género de duda, morena por el cabello, á lo menos en los lugares estudiados, y que el tipo rubio se perpetúa por los ojos y no por el pelo: que es lo contrario de lo que se observa en los Irlandeses.

El Dr. Aranzadi prohija el origen *tripartito* del pueblo Euskaldun. Reuniendo los diversos datos, practicó prolijos trabajos de combinación entre ellos, para averiguar el tanto por ciento de la probabilidad de su coexistencia ó concurrencia.

«Se ha visto,—dice,—al hablar de los ojos, que hay una diversidad muy marcada, la cual no parece lógico atribuir á mestizajes modernos por la gran proporción en que entran los componentes, los caracteres nada extraños que presentan los individuos que corresponden á los diversos matices del iris, la distribución geográfica apenas señalada y el entrelazamiento de estas variedades con las que se observan en el examen atento de otros caracteres. Teniendo en cuenta la gran propor-

ción en que entran los ojos pardos (41,6%) y los ojos de color compuesto de verde y pardo (18%), se vería uno inclinado á suponer que el fondo primitivo de la población tenía este carácter, y que un nuevo pueblo de ojos azules vino á mezclarse con el anterior, dando origen á los ojos verdes; pero hay que advertir que éstos no aparecen como tales por la yuxtaposición de los colores pardo y azul, sino que son uniformemente verdes y se mezclan con los pardos como si el verde fuera un color primitivo, así como también vemos ojos que tienen mezclados el verde con el azul, el azul con el pardo y aun verde, azul y pardo juntos.»

Prosiguiendo su concienzudo análisis, añade: «de modo que es bastante probable la suposición de que hay tres elementos, dos de cabeza estrecha y ojos azules ó pardos respectivamente; y uno de cabeza ancha y ojos verdes.» Y más adelante dice: «En resumen, se puede decir que es bastante probable la existencia de un elemento de ojos verdes ó pardo-verdes, cabeza ancha, nariz estrecha, bajos de talla, pelo castaño con tendencia á rubio, mandíbula estrecha, cara más bien corta que larga en la parte superior á la boca, ángulo facial medio, ó superior al medio....; un elemento de ojos pardos, cabeza algo estrecha, nariz ancha y remangada, talla próxima á la media, pelo oscuro, mandíbula ancha, cara medianamente larga en su parte superior, ángulo facial medio ó inferior al medio....; y por último, otro de ojos azules, cabeza estrecha, nariz estrecha y recta, altos, pelo rubio, mandíbula algo estrecha, cara bien larga, ángulo facial pequeño.....»

No soy yo el llamdo á juzgar del valor absoluto de los datos antropológicos, íntimamente relacionado con el coeficiente de variabilidad de las razas, mediante el influjo de las causas naturales. Pero de todas maneras, cualquiera que sea el número y calidad de los elementos formativos, y aunque las razas de ambas vertientes del Pirineo fuesen diferentes, es preciso contraponer á los análisis de la ciencia, esa síntesis viva y real que se llama el *pueblo euskaldun*. La naturaleza suministra la materia; la historia, la forma. De la convivencia de esas dos ó tres tribus conglomeradas brotó una conciencia común que redujo á la unidad los elementos heterogéneos y apareció una nueva Persona, el Pueblo Euskaro, con nombre propio y no aprendido, misterioso y milenar, tomado de la lengua misma, que de esta suerte es la conciencia común sonando en el Espacio, viviendo en el Tiempo.....

Los Aquitanos, que corresponden á una de las tres regiones señala-

das por César en las Galias, han sido identificados con la raza Ibérica de los túmulos largos de la Gran Bretaña. Strabón, hablando de ellos, dice: «Los Aquitanos difieren esencialmente de los demás pueblos de las Galias, y se acercan mucho más en parecido á los españoles, no sólo por el idioma, sino también por la hechura de sus cuerpos (L. IV, *initio*). *"De quibus Aquitani cœterorum plane differentes, non lingua modo, sed et corporibus, Hispanis, quam Gallis, sunt similiore"*. En la región basko francesa, la cual formaba parte de la Novempopulonia, como es sabido, se han hallado campamentos sumamente antiguos, acerca de cuya paternidad se ha disputado mucho; los hay en Barcus, Hasparren, Bardos, etc. En la casa *Ezpelia*, situada en el término municipal del primero de los pueblos nombrados, apareció por Marzo de 1879 una vasija que contenía de 1.700 á 1.800 monedas de plata cetiberas. Este hallazgo autorizó al malogrado arqueólogo Mr. Taillebois á asegurar que esos campamentos eran ibéricos. De 1.375 monedas que consiguió ver dicho escritor, 5 llevaban la leyenda de Hontzan; 105 de Balsio ó Belsinum; 922, de Turiaso; 12, de Aregrat; 298 de Segobriga, y 33 de Arsaes.¹

La lengua aquitánica, según Strabón, era más afin á la de sus vecinos los Iberos que el galo-celta, y balsonaba, como lo dijo de pasada San Jerónimo, de oriundez griega: lo cual, á todas luces, era pretensión sin fundamento. Comunmente se dice que el lenguaje de los Aquitanos, antecesores presuntos de los Baskos franceses, era una forma primitiva del actual baskuenze. El Aquitánico, opina el insigne Littré, era, sin duda, un idioma ibérico, radicalmente distinto del galo. Respecto á este idioma, hay un texto sumamente curioso, de Sulpicio Severo, escritor del siglo V de nuestra era, que Mr. Taylor ha querido aprovechar á favor de su tesis favorita, forzando, á no dudarlo, su genuino sentido y desglosándolo de la prueba que los celtófilos acostumbra practicar en pró de que el lenguaje, por ellos denominado céltico, se perpetuó en las Galias varios siglos después de la conquista romana.

Recordemos el asunto del diálogo en la parte que nos interesa. Postumus, un Aquitano, habla con Gallus, joven de la Galia central, al cual le insta para que refiera ó relate algo. Pero aunque el interpelado afirma que gustosamente hablaría, añade que le retrae el temor de ofen-

(1) Me limito pura y simplemente á repetir la atribución y lectura de Mr. Taillebois.

der con su lenguaje, sobradamente rústico, los delicados oídos de los Aquitanos. «*Ego plane—inquit Gallus;—sed dum cogito me hominem gallum inter Aquitanos verva facturum, vercor ne offendant vestras nimum urbanas aures sermo rusticior.*» Y su interlocutor deseoso de escuchar la historia de San Martín, le insta, de nuevo, á hablar, invitándole á valerse del lenguaje *céltico* ó del *galo*, si lo prefriere «*Tu vero—inquit Postumus, vel celtice, vel si mavis gallice loquere, dummodo jam Martinum loquaris*» (*Dialogi*, I. 26.) Según el insigne historiador Fustel de Coulanges que ha comentado este texto con el tacto de costumbre, Postumus ignoraba el *céltico* y es probable que tampoco lo supiere Gallus; la lengua de los interlocutores era la latina, y por ser el latín del centro menos puro y elegante que el de la Aquitania, Gallus, con recurso oratorio, buscaba el modo de excusar la rustiqueza de su discurso: que éste, y no otro es el sentido de la expresión usada, lo demuestra otra frase posterior de Gallus cuando dice que los Galos groseros como él, llaman *trípetice* á cierta clase de asientos que los Aquitanos denominan *trípodes*: «*Quas nos rustici Galli trípetias, vos trípodas nuncuaptis,*» siendo evidente que ambos vocablos son latinos.¹

Parece que la explicación de Fustel de Coulanges suelta la dificultad, y que en los calificativos de *galo* y *céltico* ha de verse cierta manera provincial de hablar el latín, como si de un español, por ejemplo, se dijese habló en aragonés ó andalúz. Otros autores no comparten esta opinión; Boudard, el laborioso numismático, piensa que el *celtice* del autor latino designa al *kymrico* y el *gallice* al *gaélico*; interpretación del todo arbitraria. Mr. Taylor supone que *celtice* representa a la lengua aquitania ó *euskara*, así como *gallice* á la *gala*.

Del texto de Sulpicio Severo se deduce que los Aquitanos hablaban con suma pulcritud el latín. Se me figura que no sería exacto quien extendiese á todos los habitantes de la provincia ese dominio del idioma de Roma; corresponderá ese primor á los de la región más culta y rica, próximos á la Narbonense, pero habría de exceptuarse á los montañeses.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



(1) *La Gaule romaine*, págs. 127 y 128.

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



(CONTINUACIÓN)

Los antiguos geógrafos é historiadores (Strabón, Plinio, Ammiano Marcelino) afirman que el pueblo aquitano era distinto del celta. Es muy terminante el texto fundamental de César: «*Gallia est omnino divisa in partes tres, quarum unam incolunt Belgae aliam Aquitani, tertiam, qui ipsorum lingua Celta, nostra Galli, appellantur. Hi omnes lingua, institutus, legibus inter se differunt.*» (De B. G. lib. 1, 1). Es muy interesante la declaración de que los Romanos llamaban Galos á los pueblos que á sí propios se denominaban Celtas. Pero por diferentes que entre sí fuesen los idiomas belga, galocéltico y aquitánico, no parece, con arreglo á las ideas modernas, que quepa expresar la diferencia bajo una misma frase; pues el tercero diferiría de los otros dos como lengua, y el primero y segundo, mutuamente, como dialectos.

Los Aquitanos demostraron su naturaleza ibera con la más larga y tenaz resistencia que opusieron á los Romanos; su definitiva conquista se retrasó hasta varios años después de la derrota de Vercingetorix (Apiano, V, 92; Dión Cassio, XLVIII, 49 y LIV, 32) y tampoco se vislumbra que tomasen parte en el alzamiento dirigido por el caudillo arverno: cuando les tocó la vez de pelear por su independencia, pidieron auxilio á los españoles. No hay señal de que el druidismo se extendiese por la Aquitania, cuya individualidad marcada todos los antiguos testimonios delatan.

Algunos autores, entre ellos Mr. Paul Meyer, otorgando poco crédito á esos datos ó explicándolos diferentemente, y adhiriéndose, desentendiéndose de los de indole lingüística, repudian la oriundez aquitánica

de los Baskos franceses, cuyo establecimiento en Francia retrasan hasta las invasiones baskónicas de los siglos V y VI de nuestra era, datando la suplantación del latín por el euskara desde la gran irrupción del año 587. El Dr. Collignon reclama para la población de Dax y Oloron la verdadera y legítima descendencia aquitánica. Estima que es marcadísimo el contraste entre el tipo basko francés y sus vecinos los Bearneses y Gascones; admite el dualismo de los Baskos ultra y cis-pirenaicos y explica su diferencia, no por el influjo de los Celtas sobre los Baskos franceses, sino por la de los Castellano-aragoneses sobre los Baskos españoles. Los Daqueses y Oloroneses, á juicio de Collignon, son los representantes de la raza de Sorde, antes mencionada.

Repetidas veces he señalado la presencia de un elemento ibero en la Gran Bretaña, que, como dije, históricamente está representado por la tribu de los Silures ó Silores, nombre que parece transformarse en *Essylwyr* al pasar por la boca de los bardos y cronistas galeses; nombre que el insigne P. Fita, pasmo de la erudición, de la agudeza crítica y de la sagacidad adivinatoria, explica apelando al euskaro *zilo-ar* ó *zulo-ar* «habitante de la cueva».

Tácito, que con algún detenimiento habló de ellos, resueltamente los apellida *Hiberi veteres* y menciona los *Silurum colorati vultus et torti plerumque crinis*. *Coloratus* se dice en latín á la piel enrojecida ó atezada por el sol, y con este motivo recuerda el P. Fita el *larrugorri* ó *narrugorri* baskongado, que no significa como piensa, el hombre, varón ó mujer específicamente considerado, sino la piel desnuda. Es verdad que esta circunstancia de enrojecerse el cutis no concuerda con el color moreno de los Iberos, antes bien presupondría una tez blanca en los Silures; pero como también suena atezarse igual á ennegrecerse, y atezado es una de las significaciones de *coloratus*, no hay que apurar demasiado el vocablo y cabe admitir que el rostro atezado y la ensortijada cabellera silures, responden adecuadamente al tipo ibérico, sobre todo al decirnos Tácito que los silures son antiguos iberos. El temple de su carácter es hispano. Desde el año 42 al 78 de nuestra era resistieron al poder de Roma, encastillados en el territorio que hoy constituye el principado de Gales y los condados de Cornualles y Devon.

Los que opinan que la lengua euskara es ibérica, naturalmente se han visto inclinados á rebuscar vestigios y huellas de aquel idioma en la Gran Bretaña; sus investigaciones son de mucho interés. El precla-

ro profesor Rhys, en su *Memoria sobre las inscripciones ógmicas de los Pictos septentrionales* opina, sin ambages, que el baskuence se habló desde tiempo inmemorial en las dos grandes islas del mar Británico y cree hallar venerables reliquias de él en las mencionadas inscripciones de Inglaterra, Escocia é Irlanda.

El sistema gráfico de los *ogmas*, con sus puntos y rayitas distribuidos en tres series de cinco letras, trazadas encima y debajo de un eje que forman los dedos pulgar é índice yuxtapuestos de la mano izquierda extendida, ó la arista de un plano diedro cuando se imprimen en piedra, constituye una *scriptura digitorum*, reducible al género que, á principios del siglo VIII, formulaba el venerable Beda. De *presidigitación oral* la calificó con frase feliz el P. Fita, atendiendo á la facilidad de mover la mano izquierda y aplicar en relación al eje las yemas y dedos de la derecha, de suerte que, siendo visual primero y después gráfica, tocó un punto de rapidez que casi la equiparaba á la palabra. Este concepto del alfabeto ógmico, me parece que limpia de la nota de ser puramente fantástica aquella etimología que el brillantísimo escritor suletino Chaho, propagó en su bella leyenda de Aitor: «La mano es el auxiliar de la lengua, y su significación expresiva era inseparable del idioma primitivo..... ¿Qué otro pueblo aventajó al mío en la inspiración de la palabra y la correspondencia del gesto con la palabra? Este arte elocuente de la mímica, esos movimientos concertados del brazo, de las manos y los dedos, acompañaban, y á veces, suplían el lenguaje articulado: fueron llamados *Eskuara*, es decir, la ciencia del gesto, el arte de hablar con las manos. El mismo vocablo sirvió para calificar el idioma primitivo de mi pueblo, llamado Euskaro, *Eskualduna*. La verdad es que en el labortano *heskuara* y nabarro y gipuzkoano *eskuara*, es muy difícil no ver *esku* «mano» y era «modo, forma, tiempo»; y que entre todas las etimologías propuestas, aún continúa esta de Larramendi siendo la más aceptable.

La parte meridional de Irlanda ha sido la que ha rendido más abundante cosecha de inscripciones ógmicas. El ángulo S. O. de la isla lo ocuparon las tribus de los Siol-Eibher (hijos de Iberia) que Brash identifica con los silures. Del S. de Irlanda ó del S. O. de Inglaterra debió pasar á los Pictos este alfabeto, que no se propagó entre los escoceses de pura casta kymrica, sin duda por repugnancia de raza. El eco de la tradición ibérica, todavía lo recogió el venerable Beda, cuando dijo que esas tribus vinieron de la costa cantábrica y no fueron

acogidas hospitalariamente por los habitantes del Norte de Hibernia.¹

Pero la gran estación de la raza ibera, y sin disputa, su centro de irradiación por la Europa occidental, fué España. Y aunque, vinieron otros pueblos á disputarle el suelo y se mezclaron con ella, continuó siendo el elemento más granado de la población hispana y la base indestructible de todos los mestizajes, extendiendo y comunicando uno á modo de aire de familia y fisonomía común, á todas las variedades. Y la prueba de ello es, que los Galo-celtas venidos á España en las dos grandes invasiones del siglo V y principios del IV antes de J. C., adquirieron aquí caracteres de firmeza, tenacidad y resistencia de que en otras partes carecieron, sumándolos al arrebatado y ferocísimo valor propio de la estirpe kymrica.

Diodoro de Sicilia, se expresa en los siguientes términos: «Después de hablar de los Celtas con alguna extensión, tiempo es de pasar á sus vecinos los Celtiberos. Estos dos pueblos, Ibero y Celta pelearon largamente sobre la posesión del territorio que ocupaban; pero al fin hicieron la paz, conviniendo en poseer promiscuamente el país y pactando alianzas; aún recuerdan que de esta fusión resultó el nombre de Celtiberos, pueblo heróico, nacido de dos poderosas naciones.»

El poeta Marcial, aragonés, dice que sus compatriotas se miraban como descendientes de una mezcla de Iberos y Celtas:

*«Nos Celtis genitos et ex Iberis
Nostræ nomina duriora terre
Grato non pudeat referre versu.»*

Y Lucano menciona al Celta que huyendo de la Galia, su antigua patria, mezcló su nombre con el del Ibero:

*«.....profugique á gente vetusta
Gallorum Celtæ miscentes nomen Iberi.»*

Boudard, sin embargo, se aferra á la idea de negar el mestizaje y reduce el aserto de Diodoro á una mera demarcación de fronteras, contradiciendo á la evidencia. Las monedas ibéricas de Salmantica, de Uxama, de los Arevacos, etc.—dice—escritas en idioma ibero, demuestran que no tuvo efecto la fusión y que cada pueblo conservó su lengua propia y vivió distribuido en tribus diferentes, hostilizándose amenudo, hasta que los Romanos les pasaron el rasero. Las guerras

(1) Fita. El bascuence en lits inscripciones ógmicas. Boletín de la R. A. de la Historia. Tomo XXII, Junio de 1893, págs. 579 y sigs.

intestinas nada prueban, y en cuanto á las lenguas, punto muy obscuro, tampoco acreditan, por sí solas, la homogeneidad del grupo.

Los datos históricos son favorables á los Iberos. Su temperamento es el bilioso; intensivo, más que difusivo, como acertadamente observa Mr. Famillee.¹ Sus pasiones son profundas y reconcentradas; quiero decir, capaces de astucia, cálculo y disimulo; se mueven dentro, no fuera. Juntando en uno la tenacidad y la memoria, ni se cansan, ni olvidan. Tenaces, vengativos, constantes, leales, valientes, fáciles de engañar una vez, después recelosos y suspicaces, inclinados á envidiar á los propios y á desdeñar á los extraños. Ergotistas hasta en los más vehementes arrebatos de la pasión, con cierto ideal de mesura y peso y medida en ella, como los vengativos de *El Médico de su honra* y de *A secreto agravio secreta venganza*. Menos sociables que las demás razas mediterráneas, los iberos gustan del aislamiento y viven segmentados en pequeñas tribus montañosas. ¿Quién resistió más larga y denodadamente á los romanos que los españoles? Pocas veces formaban grandes ligas de alianza entre sí. Sus empresas militares se limitaban, por lo común, á *razzias* de beduinos. Carecían de genio aventurero, del prurito de conocer nuevas tierras. Strabon dice que preferían la castidad y el honor á la vida; Athenev que despreciaban la muerte, pero por causas graves, sin vanagloria. Su traje negro, de lana burda, comunmente, denotaba la austeridad de su carácter. Comían y bebían con pobreza y sin deleite. Algunas tribus, empero, conocieron la riqueza y molicie, sin duda por su contacto con los fenicios.²

Tácito, de consuno con otros escritores, nos muestra á los Iberos como hombres de corta estatura, tez morena, pelo rizado, vistiendo sombrías pieles; calificólos, asimismo, de poco militares. César describió su modo de pelear en términos que convienen á nuestros guerrilleros modernos, su sistema de combatir dispersos y á la deshilada, pero afeando el genio levantisco y anárquico de los españoles, que, según decía, no practicaban ni la guerra ni la paz, pues en esta nunca permanecían quietos, ni en aquella guardaban la disciplina.

Tito Livio dijo con maduro juicio: «ninguna otra tierra aventaja á

(1) Degenerescence? Rev. des Deux Mondes, 15 Oct., 1895.

(2) Atheneo (II, 21) los acusa de mezquinos, porque aun en la abundancia se contenían.

España en la facilidad para encender guerra. España, la primera provincia en que entraron los romanos, fué la postrera sometida.» Desde muchos puntos de vista fueron los Iberos viva antítesis de los Galos.

Era extraordinaria la fiereza de los pueblos iberos. Pródigos de la vida, no temen apresurar el momento de la muerte y apenas trasmontan la edad florida del vigor, inhábiles para soportar el peso de los años, se niegan á conocer la vejez y con su propia diestra se dan la muerte: (*Prodiga gens animæ et properare facillima mortem—Namque ubi transcendit florentes viribus annos.—Impatiens cævi spernit novisse senectam.—El fati modus in dextra est.*—Silio Itálico, lib. I.) El Ibero es ágil, salvaje, resistente: (*Instat Iber levis....*)—Id. lib. IV.)—«*Nec licet ad duros Martem convertere Iberos.*»—Lucano, La Farsalia, lib. III). Belicoso é infatigable es el Astur (*«belliger Astur»*—Silio Itálico, libro XII.—«*impigier Astur.*»—Lucano, lib. IV;) ligero el Vetton (Vettonesque *leves....*)—Lucano, id.) Pompeyo, según César, estimaba que la mayor fuerza de su ejército eran las cohortes españolas: (*«Ciliciensis Legio conjuncta cum cohortibus Hispanis, quas traductas ab A franio docuimus, in dextro cornu collocata erat; has firmissimas se habere Pompejus existimabat.»*—De Bello Civ., lib. III).

Boudard ha creído ver en los tipos de las monedas iberas, un reflejo de la diversidad de carácter de los pueblos hispanos: «El Sud de la Hispania—dice—poseía algunos otros tipos que le eran propios, ta como la espiga, el racimo de uva, la Esfinge, el Triquetra con la cabeza de Medusa, etc., tomados de las monedas Greco-Itálicas, y en las ciudades de origen fenicio, el caballo libre, el elefante, uno ó dos peces (atún ó delfin.)

«El examen de los tipos opuestos en el Norte y parte del Sur, podría, por sí sólo, revelarnos el genio y carácter de los diversos pueblos de Hispania. De un lado las valientes tribus que con tanta energía combatieron durante doscientos años por la independencía del solar nativo, adoptan el caballero porta-lanza, espada, makilla ó palma; de otro se hallan los tipos extranjeros, ó que son únicamente símbolos de la fertilidad del suelo y de la industria de los habitantes.»¹

Efectivamente, bajo el apelativo común de Iberos se comprenden pueblos distintos, cuyas costumbres y trajes atestiguan la diversidad de su origen y permiten señalar ó rastrear la estirpe de ellos.

(1) *Essai sur la numismatique iberienne*, pág. 143.

Tenemos los Celtiberos que, ávidos de morir en los combates, miran como un crimen el quemar los cuerpos de los muertos, pensando que las almas tornan al cielo y los dioses, si el ávido buitres desgarran sus cadáveres. (*Venere et Celtæ sociati nomen Iberis.—His pugna cecidisse decus, corpusque cremari.—Tale nefas; cælo crudunt Superisque referri.—Impastus carpat si membra jacentia vultur.*—Sil. Itál. lib. III.)

Y los Astures que montan caballitos, poco apropósito para la guerra pero que no imprimen sacudidas al jinete con su paso veloz y arrastran suavemente un carro rápido. (*His parvus sonipes, nec Marti notus: at idem.—Aut inconcusso glomerat vestigio dorso,—Aut molli pacata celer rapit esseda collo.*— Id. id.)

Y la rica Galicia, cuya juventud es diestra para descubrir lo venidero en las fibras de las víctimas, en el vuelo de los pájaros y en la llama del cielo. Henchir el aire con bárbaras cantigas, en sus propios y diferentes idiomas nativos; y con alterno pie azotar el suelo polvoroso, mientras el choque de los resonantes escudos heridos á compás les arranca atronador aplauso, he aquí el entretenimiento, el sacro deleite de los varones. Rechazan cualquiera otra faena y la dejan á las mujeres. Hasta repugna al marido arrojar el grano á los abiertos surcos, y ni aun se considera obligado á romper la dura tierra con el penetrante y corvo arado. Para la mujer no hay punto de reposo, ni molestia, ni incesante fatiga que no le incumba. Todo cuanto no sea la lid y el ejercicio de Marte, todo es penosa obligación de la mujer del gallego. (*Fibrarum, et pennæ, divinarumque sagacem—Flammæ misit dives Gallæcia puber—Barbara nunc patriis ululantem carmina linguis,—Nuc, pedis alterno percussa verbere terra,—Ad numerum personas ga uden tem pla udere cætras.—Hæc requies ludusque viris, ea sacra voluptas—Cetera jemineus peragit la bor: addere sulco—Semina, et impreso tellurem vertere aratro—Signe viris: quidquid duro sine Marte gerendum,—Gallaici conjux obit inrequieta mariti.*— Id., id.)

Y los Baskones, de antiguo censurados de «inquietos,» (*Nom abillo flumine Ibero*)—*Quod in quietos Vascones prælabitur.*—R. F. Avieno, *Ora maritima vers.* 250-251), que van al combate con la cabeza desnuda; («.....*et galeæ contempto tegmine Vasco.*— Id., lib. V.—*Aut Vasco, insuetus galeæ.....*— Id., lib. III); famosos por su agilidad (*Vasco levis.....*— Id., lib. X), y más que todo,

con renombre á la vez inmortal y siniestro, por su defensa de Calahorra, donde el canibalismo atroz fué manantial de gloria heroica; (*«Quoque diutius armata juvenus viscere sua visceribus suis alere»*— Valerio máximo, lib. 7, cap. 6. *«Vascones, ut fama est, alimentis talibus usi prodexere animas»*— Juvenal, Sat. 15.)

Pero entre todos los pueblos hispanos, el más célebre de todos fué el Cántabro, gracias al heroísmo que desplegó en la guerra que le hizo Augusto; por esto, sin duda, son relativamente tan numerosos los informes que nos transmitieron los clásicos. Strabon (lib.3) nos refiere que entre los Cántabros el marido llevaba la dote al matrimonio; las hijas eran las herederas y cuidaban de dar estado á sus hermanos: estilo que, no tanto es imperio, como amor y economía. Pues si los hombres sólo se aplican á la guerra y las mujeres á la agricultura y trabajos domésticos, no era impropio que el marido aportase la dote y fuesen las hembras en la herencia preferidas. Vivían pobremente, comiendo pan de bellota dulce durante las tres cuartas partes del año, bebiendo agua pura, pero consumiendo pronto en alegres banquetes el vino que la casualidad les deparaba. A la mesa, los ancianos y caudillos de la República ocupaban los primeros puestos. Durante el festín cantaban y bailaban los jóvenes. Camadas de yerbas y hojas secas servían de lecho en los ásperos valles. Eran bravas y fieras sus costumbres, no sólo por las guerras, sino también por su morada asperísima, fría y apartada de todos, habiendo por tierra y mar largos caminos hasta ellos. Careciendo de comercio, habian perdido la sociedad y la humanidad, como con enérgica frase nota el egregio geógrafo de Amaséa: (*«Morum autem immanitas et feritas, non tantum á bellis, iis adest, sed et ob remotan abaliis habitationem, nam terra marique ad eos longa sunt itinera: quo factum est ut comesciis carentes, societatem et humanitatem anuserint.»*— Strabon, lib. III). Su tráfico era de cambio, sin moneda nacional. La muerte era el castigo de los crímenes enormes; á los culpables los mataban despeñándolos desde altas rocas, y á los parricidas los lapidaban fuera del pueblo.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



de la cámara instantánea más perfecta, para revelarlo después y reproducirlo y contarlo, no con el inerte y servil claroscuro que caracteriza al natural, sino con las perfecciones, animación y poesía que á las reproducciones de la Naturaleza saben dar el pensador y el hombre de genio para que resulten verdaderas obras de arte.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Por su fortaleza las mujeres más que á los hombres se igualaban á las fieras; ellas mismas, en tiempo de la guerra cantábrica, mataron á sus hijos para librarlos del cautiverio. Si los Cántabros morían en poder de los enemigos, veíales el suplicio entonar cantos triunfales: *non nulli ex Cantabris ab hostibus capti in cruce lætitiæ Pœan canebant*, dijo Horacio. Y éste excelso poeta afirmó de la nación cántabra que era la sola agitada, la obstinadísima, la que no aprueba la doctrina ni admite las leyes de los romanos; la que abomina su imperio, se opone á su fortuna y resiste á sus legiones.

Había similitud de costumbres entre todos estos montañeses septentrionales: *Talis ergo vita est montanorum eorum, qui Septentrionale Hispaniæ latus terminant, Gallaicorum, Asturum, Cantabrorum, usque ad Vascones et Pyrœum, omnes enim eodem vivunt modo*: (Strabon, lib. III.)

Al enumerar los pueblos occidentales que formaban el ejército de Hannibal, Silio Itálico, nombra primeramente al Cántabro, que ni el frío, ni el calor, ni el hambre abaten, victorioso en las más árduas empresas, enamorado del peligro; pueblo que se adelanta á la inacción y la decrepitud, arrojándose desde encumbrada roca, antes que la lenta vejez cubra de canas su cabellera; pueblo que no quiere vivir sin combates y llama á la paz, oprobio: *Cantaber ante omnes, hiemisque*

æstusque famisque—Invictus, palmanque ex omni ferre labore. —Mirus amor populo, quum pigra incanuit cetas,—Imbelles jam dudum annos pævertere saxo—Nec vitam sine Marte pati: quippe omnis in armis—Luis causa situ, et camnatum vivere paci.—Lib. III.) De tan heróico renombre, que el cónsul Cayo Flamino, para reanimar á sus soldados, les afirmaba que jamás el Cántabro le vería las espaldas: (*«.....dabit exemplum non vile futuris—Flaminius, ne terga Libys, ne Cantaber unquam—Consulis adspiciat.....—Lib. V)*: ¡como si el no huir delante de ellos fuese portentosísima hazaña!

La diversidad de razas la exterioriza la diferencia de trajes. Las mujeres cántabras, según Strabón, vestían telas floreadas y vistosas; los hombres, obscuras. Las mujeres iberas, y aun las celtíberas, llevaban velos negros, y los Celtíberos, según Diodoro de Sicilia, túnicas velludas, negras también, pero en Cannas, si hemos de darles crédito á Polibio y Tito Livio, los guerreros de esta tribu se cubrían con vestiduras de lino blanco y encima otras rayadas de púrpura. De lino blanco era el traje de los Turdetanos, y según Atheneo, el de los Celtas hispanos, largo y multicolor. Si las mujeres de la Bastetania, al decir de Strabón, preferían los colores negruzcos, las gallegas y lusitanas, gustaban del color de rosa. El mismo geógrafo nos afirma que los Berones seguían la moda gala.

La repugnancia ó afición á ciertos colores, suele mirarse como signo de raza y se perpetúa extraordinariamente. El pintoresco cuadrículado de los *plaids* escoceses, es trasunto de los gustos kymricos. El Nabarro de la edad-media, aunque viste la túnica del escocés, conserva el color negro del Ibero (*«Navarri pannis nigris et curtis usque ad genua tantummodo, Scothorum more, induuntur.....»—Codex Compostelanus, pag. 16)*. El Dr. Aranzadi notó la antipatía que las mujeres baskongadas experimentan hácia el amarillo anaranjado y verde amarillento. Por el contrario, las mujeres de la Ribera de Navarra son aficionadas á los colores chillones, las montañesas del norte, oeste y centro de esta provincia, á los mates. No así las del este, singularmente las roncalesas, que usan galones de plata ú oro, collares de metal, vidrio y coral, telas azul celeste y rojo en refajos, sayas y capuchas; pero el traje de ellos es severo, sin más que el toque morado ó encarnado de la faja, análogo al manchón bermejo del chaleco de los aezcoanos. Mi querido amigo el Sr. Pella y Forgas, en su hermosa *Historia*

del Ampurdan, (cap. VIII), mostró la afición á los colores llamativos que en el vestir demuestran los habitantes de ciertas regiones ampurdanesas, atribuyéndola á la sangre gala; así como el colorido grave de los vestidos en la Cerdeña, el Vallés y Tarragona, es el poso ó reliquia del gusto ibero.

La repugnante costumbre de lavarse con orina que Diodoro Siculo atribuye á los españoles, pero que Strabon localizó en los pueblos septentrionales y singularmente en los Cántabros,¹ era también común á los Galos. La predominación del tipo y de las costumbres kymricas en muchas regiones de España, es notoria. El retrato que Silio Itálico traza del Cántabro Larus que peleó con Escipión el joven, es el de un Galo, propiamente:

*«Cantaber ingenio membrorum et mole timeri
Vez nudus telis poterat Larus: hic fera gentis
More securigera miscebat proelia dextra.»*

A pesar de su fiereza, los pueblo's hispanos siguieron la suerte común de las razas menos cultas, las cuales reciben el cuño de las que lo son más. Los pueblos del este y mediodía, riberanos del Mediterráneo, se asimilaron pronto á los extranjeros y perdieron, desde entonces, en la región andaluza singularmente, todo espíritu de virilidad é independencia, por lo que los romanos, sin aparato de fuerza militar, los tenían sujetos. La conquista romana abrió profundo surco. Los mismos Celtiberos, tan belicosos y rebeldes al yugo, fueron llamados Rogados ó Estolados, nombre que se daba á los pueblos que recibían conjuntamente el traje, urbanidad y civilización romanos.

La superioridad dominadora que asegura la disciplina es tan grande, que, según nos dice Tácito (*Ann.* lib. IV, V), tres legiones bastaban para guardar las Españas, recién conquistadas. Los españoles llegaron á formar parte del ejército Romano; hubo dos cohortes de Astures y Gallegos mezclados; de Astures solos, seis, y de Cántabros, Bárdulos y Baskones á cada dos;² éstas estuvieron de guarnición en Inglaterra y

(1) Los poetas recogieron esta noticia: *«Tupræter omnes une de capillatis—Cuniculosæ Celtiberiæ fili—Egnati, opaca, quem bonum facit barba—Et dens hibera defricatus urina».* Catulo, Carmen, XXXVII.—*«Nunc, Celtiber es; Celtiberia in terra, Quodquisque múnxit, hoc solet sibi mane,—Dentem, atque russam defricare gingivam;—Ut quo iste vester expolitior dens est—Hoc te amplius Cibisse prædicet loti.* (Id., Carmen, XXXIX).

(2) La cohorte, regularmente constaba de 500 soldados; algunas eran *miliares*; diez cohortes formaban una legión.

Escocia, desde la época de Trajano. Augusto al distribuir por provincias las tropas auxiliares, licenció el cuerpo de Calagurritanos que había conservado hasta la derrota de Antonio (Suetonio, vida de Oct. Ces. Aug. XLIX.)

Los soldados romanos de guarnición en España, se unieron á mujeres indígenas, produciendo una variedad ibero-latina cuya importancia es imposible apreciar; pero que de todos modos parece haberse diluído completamente en la masa general. Hacia el año 171 antes de C. (pues de este año es el senado-consulta que se dictó) fué á Roma, según refiere Tito Livio, una diputación de cierto nuevo linaje de hombres (*novum genus hominum*), representando á más de cuatro mil, naturales de varios puntos de la Península, nacidos del comercio de legionarios con mujeres españolas ó peregrinas, y que por tanto, eran ilegítimos. Pedían se les concediese una ciudad ú *oppidum*, donde avicinándose pudiesen ganar el derecho civil de los romanos, ó quirritario. La ciudad fué Carteia.¹

España formó parte de la *romanidad*, hasta un grado tal de asimilación, que dió á Roma escritores, filósofos, oradores, capitanes y cesares insignes. Se mantuvieron fuera de esa órbita, las tribus baskónicas ó euskaras, cuya lengua pre-aryana hoy mismo nos lo atestigua. Esto no quiere decir que todo su país estuviese substraído á la dominación de los romanos. Antes por el contrario, consta que dominaron permanentemente la región llana y fértil y aquellos lugares de la montañosa que les interesaba ó convenía.² Aun las tribus que retuvieron, de hecho, su libertad natural, vivieron, según trazas, en buenos térmi-

(1) Véanse los importantes Estudios ibéricos, páginas LXIX y siguientes del meritisimo D. Joaquín Costa.—Madrid 1891-1895.

(2) La tesis patriótica de los Landazuri, Ortiz de Zárate y Moraza, ecos de Henao, no puede, con verdad, sostenerse; los romanos dominaron gran parte de Alaba; así lo acreditan los restos de la calzada, desde Puentelarrá á Andoín, las ruinas de Iruña, las lápidas de Salvatierra, Araya, Alegría, Armentia, Ollabarri, etc., el campamento de Carasta, los mosaicos y baños de Cabrians, etc.

Lo mismo sucede enNabarra, con los monumentos, lápidas y mosaicos de Pompeo, Arre, Arroniz, Ibero, Gazteiz, Marañon, Oteiza, Los-Arcos, etc. y los restos de la vía Militar de Asturica á Burdigala que pasaba por Pamplona.

Diariamente se aumenta el catálogo de las antigüedades romanas en tierra euskara, sin que esto sea capaz de amenguar ó invalidar los derechos del país que no dependen de la arqueología, sino de la voluntad de poseerlos y de reconquistarlos, cuando se pierden.

nos de amistad con los conquistadores. Golpes de mano en las fronteras, para saciar la «pasión nacional ibérica» de la cuatrería, no faltarían á menudo: pero levantamientos y luchas por la independencia, como en tiempo de los godos, no los registra la historia durante el imperio. Contemplaron, impasibles, la ruina de los Cántabros.

Los españoles carecían de unidad de creencias. De sobra conocido es el texto de Strabon que nos informa cómo los Celtíberos adoraban un Dios sin nombre, al cual festejaban en las noches de plenilunio, bailando en familia á las puertas de sus casas: «*Celtiberos autem et qui ad septentrionem eorum sunt vicini, innominatim quendam Deum noctu in plenilunio, ante portas, choreas ducendo, totamque noctem festani agendo venerari.*» Entre estos vecinos septentrionales se cuentan los, Baskones y las otras tribus que representan á los modernos Baskongados. Los escritores euskaros han propendido á identificar el nombre de *Jaungoikoa*, único que en el vocabulario religioso moderno, no está tomado del griego ni latín, al Dios innominado celtíbero, defendiendo la tesis de que los primitivos Euskaros eran monoteístas. Puede muy bien ser cierto esto, pero la prueba sacada del nombre será débil, mientras no se averigüe ó descubra su edad; el pequeño vocabulario del siglo XII que figura en el *Codex Compostelanus*, traduce Dios por *Urzia* y no por *Jaungoikoa*. Es notable, con todo, que también *Urzia* sea palabra indígena y castiza, como lo es la actualmente usada. Los Iberos y Aquitanos adoraban diversas divinidades, cuyos nombres examinaremos en la sección lingüística; por tanto, hay que conceder que no todas las estirpes de la raza conocieron el monoteísmo, ó que este fué el último término de una evolución religiosa cuyos peldaños todos solamente algunas de aquellas pisaron.

Hablando de los Galaicos, dice Strabón que no se les conocía religión ninguna. Mas este aserto no puede tomarse al pié de la letra, pues aunque fuesen vagas, tuvieron ideas ó creencias religiosas naturalistas, y hasta puede afirmarse que adoraron al dios *Endovélico* de sus vecinos los Lusitanos, á *Neton* y otras divinidades; el Sr. Murguía, en su hermoso libro acerca de *Galicia*, sostiene que fué conocido el druidismo; la prueba, sin embargo, consistente en razones de analogía é interpretación de ciertos hechos, carece de fuerza. Los Celtíberos adoraban al dios de la guerra *Nerto*, que dió nombre á una de sus ciudades. Una inscripción votiva romana de Sigüenza menciona el nombre de la diosa céltica *Epona*, etc.

Entrar en los pormenores de la mitología hispana fuera tanto como meter la hoz en miés ajena y agrandar un campo en estudio sobradamente vasto de suyo. Después de declarar que se sabe muy poco sobre la mitología ibérica, para mi propósito la más interesante, se puede añadir, en tésis general, que las razas invasoras trajeron consigo, como es natural, sus creencias religiosas, y que éstas no parece que experimentaron grandes modificaciones al transplantarse.

Algunos suponen que los pueblos hispanos practicaron la zoolatría y apoyan su dicho con el hallazgo de toros y cerdos lapídeos, cuyo prototipo son los de Guisando y Ávila. El doctísimo Fernández Guerra, supuso que eran mojones que partían términos de las tribus ibéricas; pero el insigne Hübner afirma que, en su mayor parte, son monumentos sepulcrales y acaso votivos algunos de ellos. Denotan, además, la importancia que alcanzó la ganadería en aquellos tiempos.

A esta clase de monumentos pertenece, sin duda, el famoso *Idolo de Mikeldi*, junto á Durango, materia de muchas y reñidas controversias, calificado donosamente por Trueba, de *mamarracho*. Representa un informe cuadrúpedo, que entre las patas y bajo el vientre sujeta un disco. El inolvidable poeta bizkaino rechazó la especie de que fuera monumento religioso y surgió la sospecha de que fuese, sencillamente, una de tantas esculturas, á menudo extravagantísimas, que adornaban los edificios de la Edad-Media, como las que habría en Durango y desaparecieron durante los terribles incendios de 1554 y 1672. El P. Fita, con mejor acuerdo, lo califica de cerdo terminal, que acaso fue venerado como Dios término, recordando el *Deus Urdoxus* aquitano.

CAPÍTULO III

SUMARIO: Las cuatro razas neolíticas; (*continuación*). La raza Kymrica; el equívoco celta. La Galia de César; los dos elementos étnicos de la Galia; la sociedad y sus revoluciones. Conquista de la Galia. El tipo Kymrico. Parecido y diferencia entre Kymris y Germanos. La lengua gala y la céltica Extensión geográfica de los Kymris. La inhumación y cremación, como signos de raza y época. El carácter galo según los escritores griegos y romanos.—La raza propiamente céltica; nombres que recibe. La raza de Furfooz y la céltica ó ligur. Invasión del territorio ibérico. El tipo auverñate. Los Celtas. El grupo finico. Los Lígures; pintura que de ellos hicieron los clásicos; su nombre auténtico. Los Galo-Celtas en España. Caracteres antropológicos de los Celtas. Su insignificancia histórica.

RAZA KYMRICA

Esta raza recibe común é impropriamente el calificativo de céltica; es, por tanto, ocasión oportuna de deshacer, á modo de proemio, el equívoco celta.

La confusión nace de la cuádruple acepción de la palabra. Varios historiadores antiguos llamaron Celtas á los pueblos de la Europa occidental y central, sin exceptuar á los Germanos:¹ Bretones, Galeses, Caledonianos, Galos, Belgas, Cimmericos, Gaels, Kymris, Gálatas, Cimbros, etc. Los lingüistas denominaron célticas á las lenguas aryas habladas por los pueblos que se reputan celtas. Estas lenguas se dividen en dos grupos: el gaélico irlandés, (ersa y manés) y el kymrico (galés córnico, bretón y galo). Los arqueólogos, por su parte, llamaron celtas á los constructores de dólmenes y demás monumentos que hoy han cambiado su nombre de célticos y drúidicos por el de megalíticos, porque semejantes construcciones no son propias, como se creyó, de la raza pseudo-céltica, sino que fueron un estilo de construir común á muchas gentes. Y aun los nombres de *men-hir*, *cromlech*, *dolmen* con

(1) Entre los escritores griegos que llamaron Keltói á los Germanos, merecen citarse Dion Casio y Luciano.

que los bautizaron, sacándolos candorosamente del bretón moderno, han resultado verdaderos disparates lingüísticos, según demostración d' Arbois de Jubainville; pero á falta de otros tan vulgarizados, duran y durarán. La cuarta acepción es la geográfica.

Hoy se ve más luz, y se va resolviendo la nebulosa y separando los elementos de la falsa síntesis, fundada sobre la habitual identificación de las lenguas y las razas.

Dice Broca, que diez y ocho ó veinte siglos antes de la Era cristiana, los pueblos primitivos europeos sufrieron la acometida de un pueblo que hablaba lengua arya y pertenecía á una raza corpulenta y rubia, procedente, acaso, del Báltico. Los invasores siguieron el curso del Rhin y se apoderaron de ésta región que después se llamó Galia, excepto el triángulo que forman los Pirineos, el Garona y el Golfo de Gascuña, ó sea, la Aquitania. Cruzáronse con la raza indígena, pequeña y morena, y se alteró el tipo físico de ellos, constituyéndose un grupo antropológico intermedio, que el año 1500 antes de Jesucristo, formaba cuerpo de nación. El país que había de llamarse Galia, se llamó entonces Celta.

César, observador perspicaz, cuyos datos sirven de jalón á la ciencia moderna que los confirma, dice, como ya hemos visto, que la Galia se dividía en tres regiones, habitada la una por los Belgas, la otra por los Aquitanos y la tercera por pueblos que á sí propios, en su idioma, se daban el nombre de Celtas. La tendencia firme de la ciencia moderna, es la de reservar el nombre de Celtas á los que con esta palabra denominó César, es decir, á los habitantes de la Francia Central, donde inútil es advertirlo, había Galos también. Por desgracia, muchos de los mismos autores que siguen este criterio, continúan otorgando el apelativo de Celtas á pueblos que no les corresponde, perpetuando un equívoco muy contrario á la claridad científica, apetecible especialmente en materias, de suyo, obscuras. Hay, pues, que separar los Celtas de César, los Celtas de la historia, los verdaderos Celtas que son los de la etnología, braquicéfalos y pequeños, de los impropriamente llamados así por los lingüistas y los arqueólogos, braquicéfalos también, pero altos.¹

(1) De alguna manera hemos de denominar á estas dos razas y acepto, por lo menos provisionalmente, los calificativos indicados, vista la autoridad de los autores que los patrocinan, aunque están muy lejos de satisfacerme.

Tengo para mí que *Gallus*, *Galli* y *Celta* de loa romanos, *Keltes*, *Kelttoi* de

El pueblo que señoreó la tierra hoy francesa, al cual llamaremos kymrico ó galo, antes de fundirse en los primitivos ocupantes del suelo, Iberos y Celtas, constituyó una clase dominante. César nos cuenta que en la Galia, además del cuerpo sacerdotal de los druidas, de reciente importación, había aristocracia y plebe. Aquella combatía á caballo desde mediados del siglo primero anterior á nuestra era; antes usó carros de guerra. La plebe, es decir, la clase de hombres que no formaban parte ni de la corporación druidica, ni de la nobleza, carecía de importancia, según César; á ningún consejo se le admitía y era casi reputada como esclava. «*Nam plebs pænc servorum habetur loco, que nihil audet per se, nullo adhibetur consilio.*»

Fustel de Coulanges bosqueja la sociedad celto-gala con las siguientes pinceladas: «Muchos aldeanos, y clase urbana poco numerosa; muchos hombres unidos al suelo y muy escasos propietarios; muchos servidores y pocos amos; una plebe sin importancia; un clero muy venerado, una aristocracia guerrera sumamente poderosa»¹.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



los griegos, son el mismo nombre pronunciado de distinta manera, como se ve separando los elementos puramente gramaticales y comparando el significativo: *kel, gal* = *ke, gl*.

Como los braquicéfalos altos impusieron su lengua aryana á los braquicéfalos pequeños, resulta que cuando llamamos particularmente *Celtas* á estos, les damos un nombre que no era suyo, y en resumidas cuentas les decimos *Galos*.

Es de suponer, por lo que dice César, que la forma de *Celtas* (*keltoi*) estaría más próxima á la indígena que no la de *Galos*. Algunos lingüistas la derivan del sanscrito *kel* «ir», lat. *celer* «rápido», que figura en el griego *keles* «jinete». Según Mac-Leod procede del gaélico *ceiltich* «habitante de los bosques», de *coille* «bosque». En irlandés *gail* significa «valor», y á este vocablo refieren otros autores los nombres de *Galia*, *Galos*.

(1) *La Gaule romaine*, pág. 34.

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



(CONTINUACIÓN)

Los hombres pobres y débiles buscaban el amparo de los poderosos y ricos, rindiéndoles obediencia á cambio de protección; quedaban, de hecho, supeditados en todo y por todo al jefe. Llamábanse *ambactos* en galo. Su carácter era el de guerreros unidos á un caudillo. Este sistema de clientela también lo conoció la Aquitania. César menciona al aquitano Adiatius que contaba con más de 600 servidores fieles á su persona. Aunque supongamos que la clientela no fuese institución pura ó exclusivamente gala, no cabe dudar que se nutriría, especialmente, de elementos celtas, por ser estos los subyugados.

Las páginas inmortales de César nos revelan que el elemento levantino de las Galias lo constituían la alta aristocracia militar y la plebe, autoras de muchas revoluciones para derrocar al partido amigo de los romanos, ó sea al elemento urbano, los magistrados de las ciudades, probablemente de raza céltica. Y estos hechos, al parecer contradictorios, responden perfectamente al temperamento de ambas razas. Porque si la plebe, no obstante ser celta, se daba á la turbulencia, consiste en que recibía con docilidad el impulso externo de los kymris; y si la clase media, celta como la popular, ponía mala cara á la política de aventuras, es porque su temperamento, en igual grado, era pasivo.

La aristocracia propendía á establecer la monarquía, y los romanos á impedirlo, por evitar la creación de poderes fuertes que les estorbasen el paso. «*A potentioribus atque iis qui ad conducendos homines facultates habebant, vulgo regna occupabantur, qui nimis facile eam rem imperio nostro consequi poterant*», dice César. Por fin, en el séptimo año de su proconsulado, levantóse la mayor parte de la Galia.

Durante este alzamiento dirigido por Vercingetorix, la aristocracia gala puso sobre las armas quince mil jinetes. Entonces el número de hombres capaces de tomar las armas correspondía, poco más ó menos, á la cuarta parte de la población. De aquí deduce Mr. d'Arbois que los Galos sumaban unas sesenta mil almas; cómputo que otros autores estiman muy bajo, y yo con ellos. Respecto á la plebe, el cómputo de Mr. Belloch da tres millones; el de Mr. Levasseur, seis. Lo que de ninguna manera puede ponerse en duda, es, que los romanos necesitaron de poca gente para conquistar la Galia. Tácito hizo notar que de todas las guerras emprendidas por Roma, la más corta fué la guerra gálica. «*Si cuncta bella recenseas, nullum brevius spatio quam adversus Gallos confectum.*» (Annales, XI, 24). La Galia fué conquistada en cinco campañas: recuérdese la tenaz resistencia de Iberia!

Nunca tuvo César bajo sus órdenes más de diez legiones al mismo tiempo. Suponiéndolas completas, sumarían 12.000 hombres. Pero el efectivo útil no excedería, ciertamente, de 8 á 9.000 combatientes. Conviene advertir, empero, que buena parte de los legionarios de César, eran galos. Mr. Julien calcula que los colonos romanos establecidos en las Galias, apenas llegarían á 30.000: la romanización del país, no obstante, fué poco menos que completa.

Los escritores clásicos, al hablar de las Galias, no separan el elemento kymrico del céltico. Parecerá, por tanto, que es arbitrario atribuir ciertos rasgos descriptos que nos han conservado al primero de ellos, distinguiendo donde aquellos no distinguieron. Pero salvo los errores de detalle, posibles siempre, y más en estas descripciones de pueblos, entre quienes sería absurdo tirar una línea divisoria infranqueable, ha de reflexionarse acerca del hecho de haber habido Kymris en otras partes distintas de las Galias y sernos el tipo galo, físico y moral, bastante conocido, por lo que todo se reduce, en suma, á adjudicarle los rasgos que con el tipo mejor conciertan. Realmente, es muy digno de llamar la atención, la circunstancia de que al hablarnos los antiguos escritores del pueblo celto-galo de Francia, siempre nos retraten el tipo kymrico y ni una sola vez el céltico auténtico (pequeño, recio y moreno), que debía ser el más común; esto revela claramente la nulidad política suya; su papel era tan insignificante, que ni siquiera se notaba su presencia.

¿Cuál es el tipo kymrico? César menciona los *mirifica corpora*

de los Galos, comparando la talla corta de los romanos á la *mag-nitudo corporum* de ellos, y nota la blancura de su tez y color rubio de sus cabellos, la claridad de los ojos, la expresión feroz del rostro y la fuerza de los miembros. Ammiano Marcelino expresa su estatura pró-cer, color blanco del cutis y resplandeciente de las guedejas (*«celsio-ris staturæ et candidi pœne Galli sunt omnes et rutili»*). Según Lactancio, á los Galos que se establecieron en el Asia menor, se les llamó Gálatas, por su blancura: (*Galli antiquitus á candore corporis Galatæ nuncupantur, et Sybilla sic eos appellat»*). Strabón pondera la estatura elevada y los cabellos amarillos de los *Coritavi*, tribu del Lincolnshire. Díon Cassio dice de la raza céltica (pseudo) que es muy alta, de aspecto fiero, voz áspera, cabellos leonados. Lucano da á los bretones el epíteto de rubios (*«.....celsos ut Galia currus—No-bilis, et flavis sequeretur. mixta Britannis.— Lib. III.* Silio Itálico, siempre que nos retrata á los Galos (que suele llamar Celtas), menciona su estatura aventajada (*Proceræ stabant, Celtarum signa, cohortes—Prima acies.....—Lib. XV.*) Tácito deduce de la corpulencia de los Caledonianos y de su cabellera roja, el origen germánico de ellos (*Namque rutilæ Caledoniam habitantium comæ, magni artus, germanicam originem asseverant.— Vida de Cn. Jul. Agri-cola XI*); parentesco imaginario que otros escritores, entre ellos César, atribuyeron, asimismo, á los Galo-belgas, fundándolo en similitudes físicas.

Salomón Reinach ha escrito un curioso libro acerca de la representación lástica de los Galos.¹ En el arte griego su tipo fué fijado por los artistas de Pérgamo, a quienes se encomendó el encargo de perpetuar el recuerdo de las victorias de Attalo I (241-197) y de Eumenio II (197-159) sobre los Gálatas del Asia Menor. El tipo de las obras de esta escuela, es siempre el mismo; estatura elevada, músculos muy desarrollados, cabellos abundantes é incultos, perfil enérgico y casi brutal. Este tipo se popularizó y fué reproducido, sin cesar, hasta los últimos tiempos del imperio romano, (arco de Orange, sarcófago de la viña Ammendola, etc.) Este tipo Gálata sirvió posteriormente para representar indistintamente á todos los Bárbaros, singularmente á los Germanos.

(1) *Les Gaulois dans l'art antique et le sarcophage de la vigne Ammendola*, Paris. 1889

Realmente, Teutones y Kymris se parecían, á los ojos del criterio impresionista; pero diferían radicalmente por el cráneo, que en los Galos era mesaticéfalo con índice de 78,9. Ambas razas eran altas, membrudas y rubias. Pero la tez blanca y sonrosada de los Teutones difiere de la de los Kymris, más florida, amenudo pecosa. Los ojos de los primeros son azules, los de los segundos grises, verdes, gris azulados; los cabellos de aquellos, color de oro; los de éstos, rojo ardiente muchas veces. No obstante, Virgilio en la *Eneida*, al escribir la toma del Capitolio por los Galos, habla de su *aurea caesaries*. Los romanos observaron el parecido de éstos con los Germanos, bajo la restricción de ser más chicos y menos salvajes. Procuraban los Galos aumentar la intensidad del color de su cabellera lavándosela con lechadas de cal. Por eso Tito Livio la califica de *rutilatæ* y no emplea la frase *rutilæ comæ* que aplicó Tácito á los Germanos.

La aristocracia gala, ó fué absorbida por la población celta ó extirpada por los vencedores. Hay un texto de Suetonio (Vida de Cayo Caligula, XLVII) que contiene una indicación preciosa. Después de aquella extravagante expedición á Germania, donde ocupó á los soldados en recoger conchas, Caligula quiso celebrar el acostumbrado triunfo, y para que formasen parte del cortejo, á calidad de prisioneros que no había hecho, se trajo consigo los Galos más altos que pudo haber á la mano, algunos de ellos de ilustre familia, y les obligó, no sólo a teñirse de rojo los cabellos, sino á aprender el idioma germánico y tomar nombres bárbaros, *coegitque non tan tum rutilare el submittere comam, sed et sermonem germanicum addiscere et nomina barbarica ferre*). El tipo físico galo estaba, por tanto, alterado considerablemente en el siglo primero de nuestra era.

Los Galos hablaban una lengua arya que comunicaron á los Celtas. Hay autores que suponen se había efectuado el cambio de idioma cuando los Celtas llegaron á Francia, y apelan, para explicarlo, á una hipotética convivencia anterior de ambas razas. Otros achacan la arianización alhecho de la conquista ó dominación gala. Y como quiera que el idioma pegadizo, por usarlo los Celtas de Francia, recibió el nombre de céltico, los pueblos que igualmente hablaban dialectos célticos ó lenguas hermanas, como los Escoceses, Irlandeses y Galeses, quedaron adscriptos á la familia céltica, sin participar ni de una gota siquiera de su sangre. La conquista romana extinguió ese idioma é implantó el latín en Francia. Algunas regiones apartadas ó salvajes todavía lo rete-

nían el año 235 de nuestra era; cuenta Lampridio que estando en las Galias Alejandro Severo, le salió al paso una druidesa, y refiriéndose á la expedición que llevaba entre manos, le dijo en lengua gala:—«Vete, sin esperanza de vencer; no te fies de tus soldados.» (*Mulier Dryas exeunti exclamabit gallico sermone:—« Vadas, nec victoriam spes nec milite tuo credas»*). Unicamente la antigua Bretaña conserva la lengua armoricana ó *Breizad*, reliquia de la presencia de los Kymris, comunicada á los bajo-bretones, de estirpe céltica, por los fugitivos de la gran Bretaña, cuando los Sajones conquistaron el Wesex.

Los Kymris ocupaban la Galia-Belga de donde pasaron á la Gran Bretaña. Esta raza llevó allí la lengua arya y los instrumentos de bronce. Sus monumentos funerarios eran los túmulos circulares ó redondeados. Un cráneo de Cowlén, cuyo índice es de 84, nos suministra el prototipo antropológico de ella. Se dice que su más antiguo domicilio estuvo situado al este del Rhin medio, en la cuenca del Mein y sobre ambas orillas del Danubio. De esa región partieron los ejércitos conquistadores de la Europa del noroeste y centro. En el siglo cuarto antes de J. C. batieron á los Ilirios en la cuenca del Danubio y ocuparon dicha región. Mas no lograron suplantar la lengua de los vencidos.

Tácito al tratar de los Silures, nos dice que los más próximos á las Galias se parecen á los Galos, sea por la influencia permanente de un mismo origen, sea porque adelantándose la isla hácia el continente, la naturaleza sóla haya impreso á los Bretones esos caracteres; pero que todo induce á creer que los Galos fueron á ocupar una tierra tan próxima, donde se encuentra el mismo culto, fundado sobre las mismas supersticiones, y el lenguaje es muy parecido. (*Proximi Gallis, et similes sunt, se durante originis vi, seu, procurrentibus in diversa terris, positio cæli corporibus habitum dedit; in universum tamen æstimanti, Gallos vicinum solum occupasse credibile est. Eorum sacra deprehendas superstitionum persuasione; sermo haud multum diaersus.*— Vida de Cn. J. Agrícola. XI). Había, por tanto, en las tierras que hoy son del principado de Gales, sobre todo en las costañas, un verdadero pueblo ibero-galo. La opinión que Tácito estimaba más creíble, es la cierta; la semejanza galo-silur se debió á la inmigración.

Entre los modernos Escoceses está representada físicamente la raza kymrica, según tuvimos ocasión de demostrarlo con datos antropoló-

gicos; les clanes de Mac. Gregor y Camerón, por ejemplo, dan testimonio de ello. Lo mismo acontece en Irlanda donde la raza denominada Tuatha de Danam era alta, de cabellos dorados ó rojos, piel blanca, ojos azules ó grises.

Las investigaciones de Grimm revelan que los pueblos arios incineraban los muertos y depositaban las cenizas y los huesos en una urna que, comunmente, enterraban. Esta costumbre, aunque predominase, no excluía la inhumación. Lubbock, después de estudiar varias estadísticas relativas á enterramientos, sostiene que en la Europa occidental, hablando en términos generales, el sepelio del cadáver, sentado corresponde á la edad de piedra, la cremación á la del bronce y la posición supina del cuerpo á la del hierro. La costumbre de la combustión ha sido atribuida á los Galos; Mr. d'Arbois, sin ambages, lo contradice. Los Galos—afirma—no quemaban sus muertos. Quemar á un hombre para ellos era un suplicio infamante; la hoguera es el castigo del ladrón; de la moza que huye con su amante, del ambicioso, del cobarde, culpable de traición. El hijo no quema á su padre difunto; creería deshonorarlo

En la Galia, no obstante, hubo la costumbre de incinerar á los muertos; y como la población que la practicaba precedió inmediatamente á los Galos, acaso se atribuyó á éstos la costumbre que no tenían; dada la común sinonimia de Celtas y Kymris, declaróse, asimismo, propia de los segundos. Si fuese exacta la opinión de Grimm, las palabras de Mr. d'Arbois servirían de nuevo argumento para negar la oriundez arya de los Kymris, favoreciendo á los alemanes que tanto disputan con los franceses acerca de cuál de ambos pueblos rivales es el más genuino representante de la raza declarada—tal vez sin causa bastante—noble é insigne sobre todas.

Mr. Bertrand atribuye gran importancia al cambio de rito funeral porque este es uno de los signos menos falaces de que podemos valernos para determinar los grupos sociales. La ciencia de las tumbas, como dice Jorio, es, por excelencia, la de los arqueólogos. Es grave error suponer que las tribus primitivas quemaban ó inhumaban á sus muertos indistintamente. Los grupos que permanecen puros respetan el rito funerario de sus antepasados.¹

A pesar de los muchos y buenos estudios llevados á cabo, este punto

(1) *La Gaule avant les Gaulois*, págs. 196-198.

de los enterramientos como rasgo característico de las razas y de las épocas, deja mucho que desear, todavía. Afirma Mr. Cartailhac que ántes se estimaba ser hecho probado, que el rito de la inhumación corresponde á la edad de piedra, y el de la incineración á la de bronce; pero esto no puede sostenerse hoy. El rito de la cremación reinó en plena edad neolítica y la inhumación sólo dominaba en la apariencia. Las criptas de gruesas losas de la edad de piedra, calles cubiertas, cámaras sepulcrales, etc., etc., son osarios; antes de construirlos, los habitantes de la Galia no enterraban á sus muertos. Es lícito afirmar que á los hombres de dicha edad no les repugnaba quemar los cadáveres y que recogían piadosamente las cenizas, sin haber adoptado, por eso, la urna de barro cocido que tanto se generalizara más tarde. En el norte escandinavo, por el contrario, la inhumación caracteriza á la edad neolítica y la incineración á la de bronce.¹

Los Galos, y por tanto los Celtas con quien formaron cuerpo de nación, disfrutaban de una de las reputaciones más estrepitosas. Tumuluarmente penetran en la historia clásica, arrojando sobre el platillo de la justicia la espada de Breno. Grandes son sus defectos, atenuados por cualidades humanas que les conquistan la admiración, á veces, y amenudo la simpatía. Vercingetorix pudo huir de Alesia rendida; pero declaró en el consejo de guerra que, no habiendo logrado romper el yugo extranjero, estaba dispuesto á atraer sobre su cabeza sólo, en cuanto cupiese, la venganza romana. Y sus compañeros entregaron el caudillo elegido por toda la nación al enemigo de la patria, el cual lo hizo degollar cinco años más tarde. Repitamos las palabras de Mommsen: «El caballero, no el héroe, fué quien se negó á escapar de Alesia, cuando la nación le estimaba más que á cientos de miles de ciudadanos ordinarios. El caballero, no el héroe, fué quien se entregó voluntariamente, cuando ésta oferta no servía sino de deshonra á la nación que, tan cobarde como absurda, dejó manchar con el nombre de rebelión contra sus amos, la lucha á muerte que sostuvo por la libertad. ¡Cuán diferente Hanníbal en situación análoga! Es imposible no juzgar sin profunda simpatía histórica y humana, al noble rey de los Arbernos; pero todo está dicho sobre la nación celta, cuando se dice que su más grande hombre no fué sino un caballero.»

Los retratos y juicios históricos les favorecen poco. Su carácter es

(1) *La France préhistorique*, págs. 270-276-278-279-313.

más brillante, pero menos sólido que el del Ibero. Ya Polibio los tachó de leves é inconstantes, y afirmó de ellos que más se mueven por ira é ímpetu que por razón, y hasta les afeó con la nota de gente ligera y desleal; (*.....de levitate atque inconstantia Gallorum, famam et præsertim eorum Gallorum, qui primo propriis laribus expuli á suis fuerant, quod infidi fuissen..... Galli ira potius atque ímpetu noventur, quam ratione.... ut Galli protractis longius rebus, ut est gens levis, atque infida*.—Polibio, lib 2 y 3). Su temperamento novelero no estuvo oculto a la mirada escrutadora de César. «Es tal la costumbre gala, que aun á los caminantes fuerzan á que contra su voluntad se detengan y les preguntan cuanto han oído ó sabido de cualquier cosa. Y el vulgo en los pueblos rodea á los mercaderes, y les obliga á decir de qué regiones vienen y qué han entendido en ellas; y con estos rumores y parlerías alborotados, muchas veces toman resoluciones en las cosas grandes, y por esto les es forzoso arrepentirse luego, porque se valen de rumores inciertos; y por la mayor parte fingidos para que respondan á lo que desean: (*Est autem hoc Gallicæ consuetudinis; ut, et viatores etiam invitos consistere cogant; et, quod quisque eorum de quaque re audierit, aut cognoverit, quærant; et mercatores in oppidis vulgas circumstet; quibusque ex regionibus veniant; quasque ibi res cognoverint, pronuntiare cogant; et his rumoribus atque auditionibus permoti, de summis sæpe rebus consilia ineunt; quorum cos é vestigio pænitere necesse est; cum incertis rumoribus serviant; et plerique ad voluntatem eorum ficta respondeant*.— De Bello Gall. lib. 4.) Pondera su afán de novedades, la movilidad de sus afectos, su inclinación á las revoluciones políticas, la repentina decisión, la falta de entereza y constancia para ejecutarla resistiendo las calamidades: (*Omnes gallos novis rebus studere..... In consiliis capiendis mobiles, novis plerumque rebus student..... Tantam voluntatum commutationem.... Nam, ut ad bella sus esprenda Gallorum alacer, ac promptus est animus, sic molis, ac minime resistens ad calamitates preferendas meus eorum est*.— Id. lib. 3, 4 y 5). Cicerón los retrató como desprovistos de sentido religioso: «¿Por ventura juzgais que estas naciones se conmueven con la religión del juramento, ó con el temor á los dioses inmortales, para las cosas que aseguran? Diferenciándose tanto de la costumbre de todas las otras gentes, que como las demás en favor de sus religiones hacen guerra,

éstos las hacen contra las religiones de todos. Los demás piden perdón y paz á los dioses inmortales en las guerras que hacen; éstos, con los mismos dioses inmortales trajeron guerra»: (*An vero istas nationes, religione jusjurandi, ac metu deorum immortalium in testimoniis dicendis commoveri arbitramini? Quætantum á caterarum gentium, more, ac natura dissentiunt, quod catere pro religionibus suis bella suscipiunt, ista contra omnium religionis. Illæ in bellis gerendis ab diis immortalibus pacem, ac veniam fetunt; ista cum ipsis diis immortalibus bella gesserunt*). —Pro M. Fonteio, Orat. XI). Y en Floro leo: «Tienen los Galos Insubres, y con ellos los alpinos, ánimos de fieras y cuerpos más que humanos. Empero se ha hallado por experiencia, que así como en el primer impetu tienen valor más que de hombres, en el segundo lo tienen menor que de mujeres. Los cuerpos alpinos criados con el cielo húmedo se parecen algo á sus nieves, pues apenas se calientan en la batalla, al punto se desatan sudando y moviéndose poco se derriten con el sol: (*Gallis Insubribus, et his accolis Alpium, animi fererum, corpora plus quam humana erant: sed experimento deprehensum est, quippe sicut primus impetus cis major quam virorum est, ita, sequens minore quam fæminarum. Alpina corpore humenti cælo educata, habent quidolam simile cum nivibus suis; quæ mox ut calore pugna, statim in sudorem eunt; et levi motu, quasi soli, laxantur*. Lib. 2, cap. 4.)

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



(CONTINUACIÓN)

Los Celtas invadieron á España y se mezclaron con los Iberos: además de esa invasión de que fué teatro la Europa occidental al fin de la época del reno, hubo otras invasiones posteriores, en los siglos IV y V antes de nuestra era. Pero estas invasiones no las llevaron á cabo los Celtas puros, sino los Galo-Celtas. De aquí procedió el pueblo Celtíbero, en quien predominaba la influencia celta, si hemos de creer á Plinio, que dijo eran la religión y la lengua de aquel, célticas. Galos, Celtíberos é Iberos diferían mucho entre sí, pero también compartían rasgos, especialmente los dos últimos, por ser el celtíbero pueblo mixto.

Reproduciré algunos datos antropológicos referentes á pueblos mencionados en esta sección:

Capacidad craneana de los Auverñates, 1598 centímetros cúbicos (hombres) y 1455 (mujeres); de los Bajo-Bretones de las Côtes-du-Nord (cantones galotes) 1599 (hombres) y 1426 (mujeres)—De los Bajo-Bretones de las Côtes-du-Nord (cantones bretonantes) 1564 cc. (hombres) y 1366 (mujeres);—de los Lapones, 1440 centímetros cúbicos.

Índice cefálico:—de los Bajo-Bretones (cantones galotes), 82,05;—de los Bajo-Bretones (Cantones bretonantes) 81,25;—de los Saboyanos, 83,63;—de los Fineses, 83,69;—de los Auverñates, 84,07;—de los Lapones, 85,07.

Índice vertical, ó de altura del cráneo (procedimiento de Broca):—de los Bajo-Bretones, 71,6 (hombres) y 70,8 (mujeres); de los Auverñates, 73,6 (hombres) y 73,8 (mujeres).

Circunferencia horizontal del cráneo:—de los Auverñates, 524,6 (hombres) y 502,8 (mujeres);—de los Lapones, 512,2 (hombres) y 504,0 (mujeres).

Diámetro frontal mínimo:—de los Auverñates, 97,7;—de los Bajo-Bretones (galotes), 98,0;—de los Bajo-Bretones (bretonantes), 97,3;—de los Lapones, 100,0.

Índice frontal:—de los Bajo-Bretones, 67,7;—de los Auverñates, 66,6.

Índice facial:—de los Bajo-Bretones (galotes), 68,5;—de los Auverñates, 67,9.

Índice nasal:—de los Lapones, 50,29.

Índice orbitario:—de los Auverñates, 85,5.

Prognatismo (facial):—de los Auverñates, 78°, 21.—Prognatismo (maxilar):—de los Auverñates, 77°,00.

Prognatismo verdadero (sub-nasal):—de los Auverñates, 77°, 18;—de los Tureses, 75°,53.

Ángulo basilar de Broca:—de los Auverñates, 14,72;—de los Bajo-Bretones, 16,02.

Ángulo facial de Jacquart (tomado en la glabella):—de los Auverñates, 81°,25 (hombres) y 78°,00 (mujeres);—de los Bajo-Bretones (galotes), 77°,12 (hombres) y 76°,08 (mujeres);—de los Bajo-Bretones (bretonantes), 78°43 (hombres) y 74°,56 (mujeres).

Ángulo facial de Jacquart (tomado en el punto super-orbitario; ángulo ófrio-espinal de Broca); de los Auverñates, 75°,11 (hombres) y 76°,02 (mujeres);—de los Bajo-Bretones (galotes), 74°,42 (hombres) y 75°,51 (mujeres);—de los Bajos-Bretones (bretonantes), 76°,81 (hombres) y 75°,52 (mujeres).

Ángulo parietal:—de los Auverñates, 2°30 (medio) y—5° (mínimo); de los Lapones, 5°30 (medio) y—3° (mínimo).

Por efecto de este ángulo parietal que es muy bajo, aunque no sea el más bajo que hay en las razas existentes, la cabeza de Lapones y Auverñates es extraordinariamente angosta entre los pómulos, y ancha en la altura de las sienas.

Talla:—de los Fineses, 1^m617; de los Lapones, 1^m536.

La talla de los Auverñates es la más baja de Francia y la más baja de cuantas razas hablan una lengua arya. En los departamentos de Puy-de-Dome, Haute-Vienne y la Correze, habitadas por dicha raza, las exenciones militares por cortos de talla suben á un 15 ó 19 por 100,

mientras que en los departamentos donde predominan los Galo-Belgas ó Kymris, apenas llegan á un 5 por 100.

Índice cefálico (en vivo):—de los Auverñates, 84,6; de los Bretones de tierra adentro, 84,9; de los Bretones costeros, 83,0; de los Fineses, 83,7.

Color de los cabellos y ojos, en los departamentos kymricos de Francia (Nord, Jura, Bas-Rhin, Moselle, Haut-Rhin y Meurthe): rubios, 55,0 por 100; castaños, 49,9; azules, 56,0; oscuros, 41,8. En los departamentos célticos (Correze, Haute Loire, Aveyron, Indre, Cantal, Ardeche, Dordogne): rubios, 21,8 por 100, castaños, 78,0; azules, 50,0; oscuros, id.

De los Celtas, realmente, sabemos muy poco; unidos á los Galos, estos atrajeron sobre sí las miradas y ellos permanecieron en la obscuridad de donde los va sacando la ciencia. La historia, empero, delata uno de los instintos políticos más duraderos é invariables; el cesarismo, ó sea el poder de uno sólo, adquirido con menosprecio de las leyes, por medios revolucionarios, halagando las pasiones de la muchedumbre. Luer se hizo rey de los Arvernos captándose la simpatía de la plebe, gracias á distribuciones de dinero; Vercingetorix abrió el camino de su exaltación á la realeza con un golpe de Estado, disolviendo el senado de su ciudad natal, valiéndose de un ejército de mercenarios.

CAPÍTULO IV

SUMARIO: Braquicéfalos y dolicocefalos.—Descendencia de las razas neolíticas fundamentales.—El turanismo; significación múltiple de este vocablo.—La población primitiva de Europa, era braquicéfala ó dolicocefala?—Hipótesis finesa de Retzius contradicha por Broca y su escuela.—Sucesiva aparición de las razas neolíticas.—Similitud de términos entre el problema aryo y el euskaro.—Población primitiva y población histórica de Francia.—El actual pueblo francés, absorción del elemento dolicocefalo por el braquicéfalo.—La guerra franco-alemana en la antropológia; razas y religiones; razas y civilización: razas y lenguas.—Hipótesis de Taylor acerca del origen céltico del baskuenze.—Hipótesis de Tubino acerca del origen bereber del pueblo basko; composición del grupo berberisco.—Paleo-etnología y antropología de España; paralelismo entre la prehistoria de Francia y la de España; hallazgos en San Isidoro, Valdegeña Valencia de Alcántara, etc., etc.—La lucha de razas; los trogloditas de Segobriga.—Periodo intermedio entre la piedra y metal.—Periodos del bronce y del cobre; teoría del Dr. Much.—Cuadro hipotético de la etnogenia española.—La prehistoria euskara: los dólmenes alabeses.—El actual pueblo español; disminución de la braquicefalia.—El pueblo basco y su lengua.—El dilema final: tránsito de la investigación antropológica á la histórica y lingüística.

Por importantes que sean las rectificaciones que los estudios posteriores sobre series más numerosas de ejemplares requieran en la apreciación del valor significativo de los datos antropológicos considerados como rasgos característicos de la individualidad de una raza determinada, ciertas generalizaciones permanecerán incólumes. Podrán las razas, y aún mejor, los pueblos, pasar de una á otra casilla.

Hemos visto que las razas neolíticas de Europa son cuatro; escandinava, ibérica, kymri y celta, y que la gran labor de la antropología y etnología consiste en entroncar con ellas, á las razas y pueblos históricos y modernos. Aun cabe que esta clasificación se rectifique, pero el fundamento de ella parece inmutable; la división de las razas en dolicocefalas y braquicéfalas es el terreno firme para la cimentación del edificio.

De esas cuatro razas, dos son dolicocefalas y dos braquicéfalas. Me-

dia un abismo entre ellas? Les unen lazos de parentesco? proceden de la evolución divergente de un tipo ancestral común? Claro es que sí, si nos referimos á los orígenes del reino humano, y desde este punto de vista no formularía semejantes preguntas. El alcance de mis palabras es mucho más restringido; se contrae á las razas ya constituidas é individualizadas, así como cuando digo pueblos autóctonos ó aborígenes, signífico los primeros ocupantes de la región, no los nacidos en ella; suenan mis palabras con el mismo sentido que le dan los antropólogos monogenistas. Por tanto yo no pregunto si los braquicéfalos y dolicocefalos descienden de unos mismos primeros padres, sino si por ejemplo la raza A dió origen á la B después de constituida, ó si al contrario, se constituyeron paralelamente, con independencia mútua, una vez desprendidas, por decirlo así, de la matriz común; en el segundo caso bien puede decirse, con expresión figurada, que no son parientes.

Cierta conformidad de tipo que algunos antropólogos advierten entre la raza de Canstadt, hipotético ascendiente de los Escandinavos y la de Cro-Magnon de los iberos, les autoriza á suponer que ambas razas dolicocefalas, la alta y rubia y la pequeña y morena, descienden de un remotísimo ascendiente paleolítico común.

Como quiera que la estatura, el pronatismo y el color de los ojos y cabellos son, según lo advertimos anteriormente, caracteres más variables que no la forma del cráneo y de las órbitas, hay autores que afirman el íntimo parentesco de las dos razas braquicéfalas, de los falsos y de los verdaderos Celtas, de Kymris y Ligures.

El Dr. Chumam asegura que los braquicéfalos de Inglaterra, Francia y Dinamarca son de la misma familia que los Fineses, y al total que resulta de estos sumandos, lo denomina raza «turania» ó «turani». Huxley estima que el tipo de Disentis (Suiza), los Alemanes del Sur, los Eslavos y fineses pertenecen á una gran raza pantocroide de cabellos rubios y cabeza ancha «que se extendió á través de Europa, desde la Gran Bretaña hasta la Sarmacia y aun más lejos, por el este y el sur»

El concepto equívoco de turanio gozó de extraordinaria boga durante algún tiempo. Pero la pluralidad de sentidos disminuye notablemente su valor científico, y aun le despoja de él. Algunos llaman turanio á lo que no es ni aryo ni semita; otros lo emplean como sinónimo de aglutinante, es decir, como opuesto á lo monosilábico y flexional y propio de la segunda forma lingüística, y otros denominan

turánico al grupo de lenguas uralo-altaicas ó altaicas (samoyedo, finés, turco, mongol y tungús). De esta suerte, el baskuenze que es lengua, aglutinante, queda dentro de la demarcación turania, y con el idioma á una, ó por causa del idioma, son adscritos los Baskos á esa raza.

Además de los sentidos puramente linguisticos, disfruta el calificativo de un sentido antropológico. Se supone que el patriarca Thur fué el padre de cierta raza turania,¹ que hablaba una lengua madre de los idiomas llamados turaneses. El Zend-Avesta menciona las luchas entre el Iran y el Turan, y esto sirvió para dar visos de verosimilitud á la hipótesis. Estos Turaríes fueron vecinos, un tiempo, de los Aryas en el corazón de Asia; al separarse de ellos, tomaron dos rumbos, hácia la Mongolia estos, hácia el poniente aquellos. Los que llegaron á Europa se subdividieron en tres grupos; al sudoeste los Baskos; los Escandinavos, Lapones y Finlandeses al noroeste, y al centro los Húngaros ó Madgyares.

El turanismo, «transición entre los Chinos y los Aryas» según Bunsen, denominador común de todas las nesciencias de la etnología y la lingüística, se ha constituido barajando lenguas, razas y pueblos.

Es un vasto, vastísimo mundo tenebroso. Sus voces en la historia son los martillos de Tubal-Quaïn y el galope de los caballos de Atila. Las razas finesas, turcas y húngaras, el grupo uralo-altaico, dice Renan, no tuvieron otro arte que el de la destrucción, y nunca supieron organizar civilización propia. Caracteres dignos de la filiación quaïnita que algunos imponen á los Turanios, viendo el cumplimiento de la maldición de Yahoeb á Quaïn; «vivirás fugitivo y errante sobre la tierra». Oigamos á Zenaída Ragozin: «En todas partes donde existen Turanios puros, son nómadas; y cuando há quince siglos, y aun después, enjambres innúmeros de pueblos bárbaros inundaron la Europa, procedentes de Oriente, y assolándolo todo, las hordas turanias podían ser conocidas fácilmente, porque destruían, quemaban, assolaban y pasaban como los huracanes, desvaneciéndose en seguida».²

Pero este juicio desfavorable, contra el cual se revuelven ciertos sábios que manejan las inscripciones cuneiformes y los que se apoyan en los descubrimientos de la arqueología prehistórica, deduciendo de

(1) Otros explican el nombre por una palabra irania que significa enemigo; el Turan, era, pues, el país de los enemigos.

(2) *Historia de Caldea.*

las investigaciones de Mr. Alex. Bertrand y del conde Conestabile que el país de los Tiberianos y Chalibes (pueblos del Tabal y Mesech) fué cuna de un arte y civilización que extendieron durante el período calificado de *edad del bronce*, su influencia hasta el norte de Europa, antes de las grandes navegaciones fenicias y el desarrollo de la cultura etrusca; este juicio desfavorable á los llamados Turanios habría de rectificarse si se estimara probado, ó llegara á probarse, que establecidos en la gran llanura de Shinerá, crearon la civilización pre-semítica de Acad y Sumir, hecho que sería el más nuevo y sorprendente que haya dado de sí el desciframiento de las mencionadas inscripciones de Asiria. Esta hipótesis es reciamente contradicha, incurriendo los críticos, como suele suceder, en notorias exageraciones. Hasta se ha negado la existencia de la lengua acadiana ó sumeriana, la cual, en concepto de esos críticos, es pura y simplemente el asirio, la lengua semítica de Ninive y Babilonia, escrita con un sistema particular de ideogramas.¹ Que la lengua sumeriana es aglutinante, parece cosa probada;² que esa lengua sea uralo-altaica y el pueblo autor de la escritura cuneiforme pertenezca á la llamada raza turania, es aserto mucho más problemático. La superposición de dos razas en aquellos países caldeos, y asirios, dolicocefala una y braquicefala la otra, la acreditan representaciones plásticas allí desenterradas.³

Sin duda porque el insigne príncipe Bonaparte publicó una Memoria, breve pero substanciosa, acerca de algunas analogías existentes en-

(1) Joseph Alevy: *Observations critiques sur les pretendus Touraniens de la Babilonie*, in *Journal Asiatique*: Junio 1874.

(2) *La langue primitive de la Chaldée et les idiomes touraniens*, par François Lenormant: Paris, 1875.

(3) Los arqueólogos señalan en los monumentos y obras de arte caldeo babilónico la existencia simultánea de dos tipos étnicos distintos en la población babilónica, y sobre todo caldea: espigado, francamente dolicocefalo y de nariz aguileña el primero; rechoncho, de cabeza globulosa, pómulos salientes y nariz ahondada en la base el segundo. Manifiestamente semítico aquel, presenta éste gran afinidad con el tipo de los pueblos que parecen ser el anillo intermedio entre la raza caucásica y la mongólica. Como ejemplos se suele citar la figura grabada del rey de Babilonia *Marduk-idin-akhe* y la figura de un aldeano que forma parte de un bajo relieve descubierto en Senkereh. Mr. Hamy, que examinó las fotografías sacadas, declaró que, sobre todo el aldeano, era tipo diferente de los Syro-árabes ó Semitas, aun tal como lo representan los monumentos babilónico-caldeos; el cráneo semita es sumamente prolongado,

tre lagramática de las lenguas finesas y el baskuenze¹ se apresuraron algunos á incluir á los Baskos en las filas de las lenguas y pueblos turanios, dando cuerpo á una idea que andaba vagando desde la teoría de Retzius. Así, por ejemplo, el ilustre Sayce declara que cada día le parece más estrecha la relación entre la lengua euskara y las de la familia uralo-altaica, sobre todo si se emplea para la comparación la lengua sumeriana, ejemplar el más añejo de la familia turania. «A pesar del ancho intervalo abierto por el tiempo, el espacio y la falta de relaciones sociales, podemos señalar muchas palabras que son comunes al acadiano y al basko.» Pequeña prueba de parentesco es esta, que á lo más sirve para revelar el contacto mediato ó inmediato de dos idiomas; es punto que examinaré, aunque ligeramente, en la tercera parte.

Cuál de los dos tipos, el dolicocefalo ó el braquicefalo, es el de los primitivos habitantes de Europa? Cuál de ellos representa á los primeros ocupantes del suelo y cuál á los invasores?

El famoso antropólogo sueco Retzius contestó á estas preguntas elaborando una teoría, que durante bastante tiempo fué generalmente admitida. Según este sabio, los habitantes primitivos de Europa eran Tártaros ó Mogoles procedentes de Asia, los cuales ocuparon el occidente desde la Laponia hasta Gibraltar. Tenían el cráneo braquicefalo y ancho el rostro y hablaban un idioma turanio. Después llegaron de Oriente los Aryas, dolicocefalos, de cara larga, é idiomas flexionales, más civilizados y provistos de armas de metal, y los aborígenes quedaron acorralados en las breñas del Pirineo y los bosques y pantanos del Norte. Las reliquias de la primera raza son los Baskos, los Ugros del Danubio y Volga, los Lapones y los Fineses.² Efectivamente, estas razas son braquicefalas y hablan lenguas aglutinantes. El baskuenze forma parte de esta clase de idiomas, y Retzius temerariamente dedujo de la comunidad de estructura gramatical la consanguinidad étnica, apoyándose, además, en el hecho de ser braquicefalos cinco cráneos baskos de su colección. Los cuales, bien miradas las cosas, quedan reducidos á tres, porque se niega la autenticidad de los dos restantes. Contribuyó eficazmente á la boga de la «teoría finesa» la pluma brillantísima y la reputación de Max Müller que la prohió.

(1) *Langue basque et langues finnoises*. Londres, 1862.

(2) Los fineses son rubios y colorados, de ojos grises ó verdes, braquicefalos, y chicos de talla. Lineo los describió en los siguientes términos: *Fennones corpore toroso, capillis flavis, pro lexis, oculorum iridibus fuscis*.

A dicha teoría, literalmente, la volvieron del revés Broca y sus continuadores Quatrefages y Hamy, los cuales con los hallazgos de Canstadt y Cro-Magnon sostuvieron la prioridad de los dolicocefalos. Por lo que hace á los Baskos, el primero de estos sabios, con los cráneos de Zarauz, negó la braquicefalia que Retzius les atribuía, y con los de San Juan de Luz proclamó la dualidad antropológica del pueblo Euskaldun. Los yacimientos de Grenelle comprueban materialmente la teoría de la pristina dolicocefalia europea. Es teoría que, por ahora, reina sin seria contradicción.

Conocidas de un modo general las razas pobladoras de Europa, y trazada á grandes rasgos su aparición por este orden probable: 1.º, los hombres de Canstadt y de los kjokkenmøddings de Dinamarca, que se alimentaban de moluscos, padres de los Estandinavos, Alemanes del Norte y Anglo-Sajones; 2.º, los Iberos, que vivían de la caza; 3.º, los Celtas ó Ligures, y por último, los Kymris, á quienes algunos, llevando ya al último grado la confusión propia del vocablo, llaman también Turanios, por su afinidad úgrica, real ó supuesta: después de decir que la primera raza quedó recluida en el Norte de Europa, la segunda en el Mediodía, la tercera se extendió por el centro, donde predomina la braquicefalia, y la cuarta se mezcló con la tercera, pero permaneciendo rastros y vestigios de todas ellas en todas partes, con excepción, acaso, de la Gran Bretaña, á donde parece no llegaron los verdaderos Celtas, hora es de que limitemos nuestras miradas á Francia y España, escenario principal de Celtas, Iberos y Euskaros.

Sólo en Francia y España hay Baskos, es decir, un pueblo que habla la lengua euskara; sin embargo, la raza no responde con su singularidad á este hecho singularísimo; quiero decir, que ni en el Pirineo francés, ni en el español vive una raza especial, una quinta raza, paladinamente distinta de las razas neolíticas enumeradas. Cuál, pues, de entre las cuatro reclamar puede, con justo título, la paternidad de los Baskos? Otros disputan acerca de cuál de ellas es la raza arya; problema arduo, pero ménos obscuro que el que nos propone la esfinge euskara.

ARTURO CAMPIÓN

(Se continuará)



eran extraños á él y hasta desconocidos por completo. De las dotes y de la aplicación de los alumnos ofrece muestra gallarda esta lucha: en 174 exámenes de las varias asignaturas, 61 examinados obtuvieron la nota de sobresaliente. En el periodo de la Licenciatura en Filosofía y Letras solicitaron ser graduados dos alumnos; ambos fueron agraciados con la censura de sobresaliente también.

Con tales antecedentes es de pensar que los desvelos de catedráticos y escolares no estarán solamente destinados á dar materia á los placeres de la imaginación, sino que sus esperanzas se convertirán en día no lejano en realidades floridas y legítimas.

A. MARTINEZ PAJARES

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

El Dr. Thurnam, partiendo de la base de que el tipo de los cráneos que él denominó célticos, ó sea los de la raza dominante de la Gran Bretaña durante la edad de bronce, se refiere al tipo braquicéfalo que apellida turanio, pregunta: cómo el idioma céltico, que es aryo, llegó á ser la lengua de un pueblo de cráneo turanio y cómo la forma turania del cráneo ha llegado á ser la de un pueblo céltico y conocido bajo el nombre de indo-europeo? Y afirma que el problema está sin resolver. Nudo que, á medias, desata Taylor, replicando que no porque hablasen la misma lengua, pertenecían á la misma raza los verdaderos Celtas de Francia y los pseudo-Celtas de la Gran Bretaña, braquicéfalos como los primeros, pero no morenos y pequeños como ellos, sino antes bien, altos y rubios, y que la llamada lengua céltica la recibieron los Celtas auténticos de los supuestos ó kymris. De suerte, que, como residuo de estas cuestiones, resta la de averiguar si los kymris eran ó no Aryas; punto que Taylor deja indeciso, aunque inclinándose, según colijo, á la afirmativa.

Si elevamos provisionalmente A la categoría de hecho inconcuso la dualidad del pueblo basko, surge una cuestión análoga á la que agitó el Dr. Thurnam; el baskuenze, era la lengua de los doliocéfalos ó de los braquicéfalos? Se propagó de la vertiente sur á la norte del Pirineo, ó vice-versa? De qué manera perdió su lengua propia uno de los elementos componentes del pueblo baskongado y la unidad adventicia del lenguaje cubrió la heterogeneidad del grupo étnico? Mas ni aun supuesta la identidad de baskos españoles y franceses cabe desentenderse de estas cuestiones, pues no ya la unidad del *pueblo*, sino la pureza misma de la raza es la que niega la ciencia moderna. Una vez admitido el mestizaje, no procede rechazar por impertinente esta pregunta: cuál de los elementos constitutivos de la raza euskara es el que aportó el baskuenze?

Contestar categóricamente es, hoy, imposible. Pero el acopio y ordenación de materiales, además de preparar la respuesta definitiva, acota el terreno de la probable.

Francia y España son, como he dicho, el escenario principal de Celtas, Iberos y Euskaldunas.

Mr. Alexandre Bertrand en su hermoso libro *La Gaule avant les Gaulois* (1) traza en los siguientes términos la estratificación de la primitiva población francesa. Han habitado Francia: 1.º, los hombres cuaternarios, los hombres de la época de los ventisqueros y aluviones; 2.º, los hombres de las cavernas que cazaban el reno, no conocían los metales y poseían el arte del dibujo; 3.º los hombres que construyeron los monumentos megalíticos, enterraban sus muertos en los dólmenes y pasadizos ó pasillos cubiertos (allées couvertes), habitaban, cuando las condiciones del terreno les favorecían, en ciudades lacustres, usaban instrumentos de piedra pulimentada y explotaban animales domésticos. Una gran revolución se efectuó al introducirse los metales. La metalurgia, según Mr. Bertrand, es de origen oriental, y la refiere a las corporaciones religiosas del Asia menor y del Cáucaso: los Telquinos, Curetas, Cabiros y Chalyhos. Los metales penetraron en Occidente por medio del comercio, siguiendo, al parecer, las líneas del Dnieper y el Danubio. Lo cierto es que bronce, y aun hierro, se encuentran en los dólmenes. Las razas habitadoras de Francia antes de la introducción de los metales, permanecen

(1) *Leçon d'ouverture*, págs. 1—21

anónimas. Con los metales á una aparecen las razas históricas: Ligures, Iberos, Celtas. Los Galos invasores vienen armados de la espada grande de hierro mencionada por Polybio; sus cementerios se dividen en dos clases: *túmulos* y terrenos de inhumación, estos principalmente entre los Belgas. La población primitiva, ó huye á los lugares fragosos, ó cae en servidumbre, borrándose la memoria de la conquista para la época de César. Después se abren otros dos grandes periodos: el romano y el franco.

El nuevo elemento que la conquista romana aportó consigo, llamado latino, es compuesto muy complejo de razas diversas, imperfectamente conocido, por ser escasos los restos arqueológicos y grande la confusión de las tradiciones históricas, sumamente posteriores, por otra parte. Señálase en la extremidad sudeste de Italia la presencia de los Yapygas, pueblo muy diferente de los otros Italiotas, de afinidad helena ó griega; en otras regiones del sur, la presencia de los Iberos; en el centro de la península dos ramas de un mismo pueblo, los Latinos y los Umbros, que Mommsen y otros sabios, sin vacilar, declaran ser hijos de la raza arya, fundándose en el análisis de sus idiomas, criterio falaz cual pocos, aun dando de barato que en el caso actual coincidan raza y lengua; y al norte, la raza céltica. Los Umbro-romanos delatan infiltración de sangre braquicéfala, que pertenece al tipo de los túmulos redondeados, ó sea al kymrico, notorio al principio en la aristocracia, pero que fué reabsorbido.

Los francos, según los restos de los cementerios merovingios, eran altos, de osamenta maciza y basta, inserciones musculares muy pronunciadas, abertura nasal más ancha que la de ningún otro pueblo europeo, excepto los Fineses y Lapones, y dolicocefalia muy acentuada. Esdecir, que los Francos transportaron á Francia, por ellos condecorada con nuevo y famoso nombre, la raza escandinava.

Mr. d'Arbois de Jubainville pretende introducir en la historia de Francia un período ligur anterior al céltico ó galo, segun lo denomina promiscuamente. Verdad es que los Galos y los Celtas, los vencedores y los vencidos, formaron cuerpo de nación, y que desde este punto de vista puede hablarse, con menos puntualidad, de un período celta ó galo. Pero el período ligur, introducido como distinto, jamás será otra cosa que un período literalmente celta, anterior á la conquista de los Kymris.

Con otras designaciones ó nombres, Mr. Bertrand, según acabamos de

ver, trazó el cuadro de la ocupación sucesiva del suelo de Francia por las razas dolicocefalas y braquicefalas; tribus de Cro-Magnon, Iberos del Hombre-Muerto, Trogloditas de la Vezere, que cedieron su puesto ó lo compartieron con los Celtas de Furfooz y Grenelle, los Kymris y los Umbro-latinos, cerrando tardiamente el periodo de las grandes avenidas de gentes, los Francos y Normandos, ramas del rudísimo y vetustísimo tronco de Canstadt, antes que ningún otro plantado en la tierra de Europa.

El actual pueblo francés no constituye, por tanto, una raza francesa en el sentido antropológico de la palabra. Compónese, principalmente, de tres elementos; uno moreno, pequeño de estatura y dolicocefalo, que es el primitivo, llamado ibérico por muchos autores; otro, moreno también, pero braquicefalo, más chico que el anterior, denominado céltico ó ligur, á capricho de los tratadistas, y otro tercero, alto, rubio y braquicefalo, que es el kymrico. Los elementos latinos y germánicos no son tan importantes (1), aunque el romano á todos excede y vence y arrolla por su influencia política y su cultura. Los individuos de talla alta, cabellera rubia y ojos claros (bien sean de procedencia kymrica, bien de teutónica), abundan en el norte, este y noroeste de Francia; los de talla media ó pequeña, morenos, pelinegros ó peli-castaños, dolicocefalos unos y braquicefalos los demás, predomi-

(1) Mr. Collignon, empero, otorga el papel de tercer componente, á la raza alta, dolicocefala y rubia que nosotros llamamos escandinava. Dicho autor divide á la Francia en tres regiones: 1.^a, región dolicocefala meridional? ó pirineo-mediterránea; nace en el país basko, se extiende á lo largo del Pirineo y costea el litoral francés para apagarse en Italia, á la altura de Piombino. La subdivide en tres regiones, *baska*, ú occidental, Aquitania de Cesar; *catalana* ú oriental y *ligur*, desde el Ródano hacia Italia. 2.^a, región braquicefala, subdividida en tres grupos; *arverno* ó central, *lotharingio* ú oriental, *bretón* ú occidental. En el grupo lotharingio incluye el elemento rubio, dolicocefalo y alto, que ha producido un tipomixto, muy notorio en Lorena. En esta región la braquicefalia aumenta con la altura, alcanzando su punto culminante en los departamentos de la Haute-Loire, del Cantal y de la Lozere, á los 1.500 metros, próximamente. El grupo bretón denota muchas mezclas; en él emergen islotes de población rubia, alta y dolicocefala (?) 3.^a, región dolicocefala del norte y oeste; subdividida en tres grupos geográficos; merece especial mención el hecho de, que los departamentos de la Haute-Vienne, Charente y Dordogne rinden un índice cefálico muy dolicocefalo, relativamente, asociado á las tallas más bajas de Francia y á cabellos ordinariamente oscuros. La historia, según Collignon, calla la causa de esta anomalía. (L'Indice cephalique des populations françaises: *Revue d'Anthropologie*, tomo 1, año 1890).

nan en el oeste, centro y sur. De estas dos regiones, la central es, sobre todo, céltica, y la meridional ibérica, pero con infiltraciones de otros pueblos y razas: los Sarracenos en Provenza, los Griegos en Marsella, etc. Los Gaskones son producto del cruzamiento de las dos razas morenas, y les cuadraría, por tanto, si lo consintiera el uso, el apelativo de Celtíberos.

Dan el tono al pueblo francés los Galos y los Celtas; estos constituyen la mayoría y aquellos la minoría de la nación. No es que ambos caracteres se hayan fundido, ni que su respectivo color, manipulado en la paleta de la historia, haya producido otro nuevo. Lejos de esto, viven como yuxtapuestos, y la influencia constante del uno y el predominio, pocas veces contrariado, del otro, dan la clave de las contradicciones del genio francés, donde es fácil señalar una corriente profunda, mansa y continua, que es la céltica, y una llamarada ardiente y súbita, que es la gala.

Todo esto se explica á maravilla, por el carácter celta. Recordemos la bella descripción que de él traza Mr. Fouillé: «Los Celtas, (al revés de los Galos) no experimentan la necesidad de correr el mundo, lanzar flechas al sol y combatir con el mar.¹ Aman el suelo de la patria y el hogar de la familia; se desazonan apenas pierden de vista el humo de su techo, y sin dejar el rincón de la cocina emprenden largos viajes por el mundo, amenudo fantástico, de su imaginación. Prefieren contar aventuras á correrlas. Prosáicos cuando su condición social les predispone á ello, no dejan de tener su poesía soñadora y maravillosa: creen en las hadas y duendes, en las perpetuas comunicaciones entre vivos y muertos. Fieles á la religión de sus padres, leales hasta el sacrificio, son conservadores en política, mientras no les hostiguen demasiado. En una palabra; tienen las imperfecciones y las cualidades de las voluntades suaves, mejor que violentas, y antes rutinarias que innovadoras. La ruda y pensativa Bretaña, aislada en los confines del mundo, anegada por sus brumas oceánicas, nos presenta Celtas más poetizados, más melancólicos, de sentimiento religioso más intenso; tal vez estas cualidades particulares son hijas, como en Irlanda, país de Gales y Escocia, de la mezcla de la sangre céltica con cierta proporción de sangre kymrica rubia, en clima húmedo y brumoso».²

(1) Se cuenta de los Galos que durante las grandes tempestades marítimas corrían á la orilla espada en mano para atajar el avance de las olas.

(2) *Degenerescence?* Revue des Deux-Mondes, 15 Octubre de 1895.

Mr. Galton atribuye á los Celtas «el espíritu de rebaño», la docilidad ovejuna. Llega el Galo impetuoso y los domina y arrastra como el pastor á su ható. Llegan los romanos y les imprimen sus tendencias sociales y políticas, no en la piel que se exfolia, sino en el tuétano de los huesos; hoy los Celtas son el pueblo más latino del mundo. Se quiere una prueba de ello? Estúdiense sus incesantes revoluciones, frutos de la inquietud gala; caen las dinastías, múdanse las formas de gobierno, truécense las divisas y colores: dos cosas permanecen invariables: la omnipotencia y la unidad del Estado.

Con las reservas y restricciones que á estas fórmulas generales han de acompañar, y salvo siempre los muchos casos de amalgama y combinación, puede decirse que las partes brillantes, ruidosas y efervescentes, los rasgos caballerescos, impetuosos y retadores, y también los teatrales y retóricos del carácter francés, son galos; las cualidades sólidas y modestas, las virtudes caseras y diarias, celtas. Aquellas son comparables al vistoso penacho; éstas, al hierro de la celada. Acaso pecaban de pasivos los Celtas y se hubieran estancado y dormido como las aguas de una laguna, á no soplar sobre ellos la movilidad kymrica que los arrancó del terruño y los lanzó al torbellino de aventureras expediciones, contra el Capitolio Romano, contra el templo de Delfos, acampando sus hordas sobre las ruinas mismas de Troya. Ya lo dijo el Señor en el prólogo de Fausto:

«El hombre, á menudo, en brazos
del reposo, desfallece,
y es bueno que á cada instante
le anime, aguije y despierte
un compañero de viaje,
aunque el mismo Diablo fuere.»

En Francia, según dicen, se observa la disminución constante de los dolicocefalos, tanto del tipo alto y rubio, como del moreno y corto de talla; los braquicefalos ganan terreno sin cesar, como si fueran á reponerse las cosas al ser y estado que tenían antes de la llegada de los Galos. También en el resto de Europa se señala la desaparición del elemento Aryo, ó reputado tal, por lo que lanzan un grito de alarma cuantos vinculan los destinos de la civilización á la forma del cráneo y á las virtudes ocultas de una sangre determinada. Si les prestáramos atención, habríamos de creer que las razas más inferiores y menos

perfectibles estaban acabando con la aristocracia del linaje humano y que este hecho abrirá un periodo histórico, decadente y bárbaro.

Franceses y Alemanes, con apasionamiento inaudito y pre-juicios y generalizaciones indignas de la ciencia, disputan por revestir á los braquicéfalos y á los dolicocefalos, respectivamente, de la representación arya, y por tanto, de la heguemonía en el desarrollo de la civilización europea, siendo menor el número de los sabios que en estas cuestiones desatienden y desdeñan las preocupaciones nacionales.

Pösche y Penka han desarrollado brillantemente la teoría de la localización religiosa, poniendo de relieve la que podemos nosotros llamar coincidencia de las razas y las religiones. Según ellos, la dolicocefalia, y singularmente, la dolicocefalia teutónica es protestante, ó mejor dicho anti-católica, anti-romana, enemiga de la jerarquía, partidaria del individualísimo; la braquicefalia, por el contrario, ó es católica ú ortodoxa griega, partidaria de la autoridad. La Alemania del Sur, braquicéfala, es católica; la Alemania del Norte, dolicocefala, protestante. Lo mismo sucede en Hanover, cuyo índice es inferior al de Colonia. La guerra de los Treinta Años fué tanto una guerra de razas cuanto de religión, y la paz de Wesfalia tiró la línea de demarcación religiosa casi á lo largo de la frontera étnica. Y arguyen con otros hechos sacados de la Escandinavia, Suecia é Islandia, de los Escoceses de Lowlands, de los Irlandeses del Ulster, del contraste entre los Belgas y los Holandeses, del carácter especial del potestantismo en el país de Gales y condado de Cornualles, del anglicanismo, forma intermedia entre el catolicismo y protestantismo, como le correspondía crearlo á Inglaterra, que es ortocéfala, etc., etc.

Todo esto podrá ser verdad en sus líneas generales, salvo las mil y mil rectificaciones de detalle, y significar, á la vez, cosa de poca substancia, pues aunque en el alegato figura, á título de prueba, que los Tolosanos, más dolicocefalos que los otros habitantes de la Francia meridional, fueron Albigenses, éste hecho nos trae á la memoria el profundo y ardiente catolicismo de los españoles y de los americanos que, en su mayoría, son dolicocefalos. Los citados autores no incurren en el grosero error de suponer que la creencia religiosa es inherente á la forma del craneo, pero dicen que la creencia pertenece á lo íntimo de la raza, uno de cuyos signos externos más característicos es dicha forma. Tenemos, pues, aquí, á mi juicio, una notable *coincidencia parcial*, dos fenómenos concomitantes, pero sin relación de causalidad y explicables por causas históricas.

Mr. de Mortillet atribuye el progreso de la civilización, (por lo menos de la primitiva), á la influencia de los braquicéfalos. Virchow (á pesar de ser alemán), Broca y otros, concuerdan en atribuir superioridad de forma al cráneo braquicéfalo ó «turanio,» sobre el dolicocefalo. Las razas más degradadas, los Australianos, Tasmanianos, Papus, Vedhas, Negros, Hotentotes y Gitanos, así como las tribus aborígenes de la India, son de tipo dolicocefalo; mientras que los Birmanos, Chinos, y Japoneses y las naciones de la Europa central son de tipo braquicéfalo. Los Accadianos que pertenecían á la raza turania habían alcanzado un alto grado de civilización, de donde brotó la de los Semitas; por tanto, es muy probable que la lengua y civilización de Europa haya de agradecerse más á la raza braquicéfala que no á la dolicocefala. Según Topinard, los braquicéfalos han sido siempre oprimidos y dominados por los dolicocefalos. Sin duda, al escribir esta frase, se acordaría de los Celtas vencidos por los Galos y Germanos. Por el contrario, el Dr. Oloriz, refiriéndose á España, dice que el mayor valer y cultura corresponden á los elementos dolicocefalos.

Pero nadie esclarece y demuestra la relación que haya ó pueda haber entre la forma del cráneo y la excelencia particular de las razas. Si miramos á las series de índices que corren en los tratados de Antropología, poco ó nada nos dirá su examen. Cierto es que entre los dolicocefalos verdaderos figuran las razas más inferiores del mundo, pero también se incluye á los Beréberes y Árabes argelinos; y entre los sub-dolicocefalos hallamos á los Baskos españoles, Chinos y antiguos Egipcios, pero revueltos con los Tasmanianos y Polinesios. Y bajo la rúbrica de mesaticéfalos, se codean Holandeses, Galos y Pieles Rojas; y bajo la de sub-braquicéfalos, Alsacianos, Baskos franceses, Javaneses y Turcos; y bajo la de braquicéfalos, Bávaros y Lapones. Ni tampoco tiene que ver el índice cefálico con la capacidad craniana, pues en este caso algún pretexto groseramente materialista habría para sacar temerarias consecuencias. Por ejemplo: si los cráneos de los Lapones, extremadamente braquicéfalos, miden 1440 centímetros cúbicos, alcanzando una capacidad craniana superior á la de los parisienses, en cambio, los dolicocefalos del Hombre-Muerto cubican 1606.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



hueso que cubre el espinazo, sirve á los plateros para hacer moldes: al principio es blando como una gelatina: después se hace consistente y cartilaginoso, y es entonces muy regalado para comer: luego se endurece y forma debajo aquella materia seca y tierna en que se imprime la pieza que se quiere vaciar.

He dicho ya la abundancia de frutas y verduras que hay en Bizcaya: Bilbao se singulariza en ellas; pues además de lo mucho y bueno que se coge en sus alrededores, traen lo mejor de otros lugares distantes. En fin, Bilbao es un pueblo donde se puede vivir con mucha comodidad y gusto, por el extendido comercio que en él se hace, por su clima, por sus frutos, por el agrado de sus habitantes y por la cordura con que están hechas sus leyes civiles y de comercio. Entre ellas hay una contra la ingratitud, á cuyo delito señala castigo.

GUILLERMO BOWLES.

Año de 1775.

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

La dolicocefalia y braquicefalia son signos de raza, no de aptitud religiosa, moral, artística y científica, y las razas, por causas todavía ocultas, poseen diferente disposición en orden á la perfectibilidad.

Cualquiera que sea la futura suerte que los dolicocefalos corran en Francia, y la influencia, favorable ó adversa, que su vaticinada absorción haya de ejercer, un hecho de gran importancia domina la escena desde el punto de vista lingüístico: que la lengua literaria, científica y oficial, es idioma aryano, de cepa latina. En un rincón del Oeste dura el *breizad* ó armoricano, reliquia de la llamada lengua céltica; en un repliegue de los Pirineos, el euskara ó baskuenze. La lengua nativa de la inmensa muchedumbre celta cedió el campo á la del puñado de romanos conquistadores; la de los Francos y demás tribus teutónicas se

disolvió en medio de la cultura latina, dejando el idioma dominante un millar de palabras como vestigio de su presencia.

Los Teutones no hablaban ni la llamada lengua céltica, ni el bascuenze. Luego la paternidad de estos dos idiomas, únicamente pueden disputársela los Galos ó Kymris, los Celtas y los Iberos. Dos lenguas y tres razas: sobra una. He aquí el problema reducido á sus más estrictos términos.

¿Qué lengua hablaban los Celtas? Pues en el período histórico, un idioma aryo, que, á juzgar por los nombres de localidad y persona, y por las inscripciones, no difería sensiblemente del de los Galo-belgas ó Kymris. Pero éstos eran de diferente raza que los Celtas; luego es imposible que, primitivamente, poseyesen una lengua comun. La llamada lengua céltica era de los Galos ó de los Celtas: éste es el dilema que de continuo ha de plantearse, mientras no se demuestre que los braquicéfalos rubios y los morenos descienden de un progenitor común.

Notemos que en Inglaterra, adonde llegaron los Kymris y no los Celtas, se hablan idiomas Kymricos, impropriamente denominados célticos. Presunción á favor de que la lengua arya, cuya paternidad investigamos ahora, ha de adjudicarse á los primeros. El día que en dichos idiomas Kymricos se descubriesen elementos extraños, se habría dado el paso decisivo, tal vez, para determinar incuestionablemente cuál es el idioma de los iberos: por desgracia, no se descubren todavía, suficientes vestigios lingüísticos suyos en las Islas Británicas, ora porque no los dejasen, y esto parece inverosímil, ora porque los recubra el moho de los siglos.

El argumento de que la lengua arya de los Galo-Celtas ha de atribuirse á los Galos porque resultaron vencedores y la impondrían con su señorío, vale poquísimo; los Francos vencieron y sin embargo, prevaleció el latín de los subyugados; vencieron los Normandos, y prevaleció el francés de los vencidos, y habiéndolo aquellos transportado consigo á Inglaterra, otros segundos vencidos, los Anglo-Sajones, acabaron por despojarlos de su lengua pegadiza. La solución, verdadera ó probable que nos hace falta, hemos de buscarla por otros caminos más largos.

El problema de la lengua gala está íntimamente ligado al problema de la arianización de Europa, tema fecundo de las disputas franco-alemanas. Las razas neolíticas de Europa son cuatro; una sólo es la

arya, una sólo hablaba como propia y nativa, el idioma aryano: ¿cuál?

El litigio parece que puede fallarse en primera instancia con ulterior recurso, á favor de los Galos, condenando á los Teutones ó Escandinavos. Este fallo lo impone la prueba de ambas partes, imparcialmente resumida por Taylor, en la que han actuado de peritos la lingüística, la palentología lingüística y la arqueología.

Entre las lenguas derivadas del aryano primitivo, las teutónicas han sufrido muchas deformaciones y mutilaciones que les impiden ocupar ningún puesto preferente en el árbol genealógico. La arianización de las razas neolíticas ó alophyllas, hubo de verificarse durante época remotísima, pues la formación de los idiomas de la familia indoeuropea y las extensas emigraciones de los pueblos no sucedieron en poco tiempo. El vocabulario común, ó sea el que bajo alteraciones morfológicas más ó menos profundas, pasó á constituir el patrimonio de las lenguas derivadas, denota cierta civilización relativamente adelantada, que sin género de duda no alcanzaron los salvajes dolicocefalos de las costas del Báltico, á la hora que las razas braquicefalas de la Europa central recorrían el período pastoral nómada.

Si los hechos lingüísticos no mienten, los Teutones debieron á los pueblos vecinos el conocimiento de la agricultura y de los metales, de bastantes armas y artículos de comer y de vestir, de la organización civil y militar. Las palabras que significan nación, pueblo, rey, magistrado, etc., proceden de la llamada lengua céltica y del leto-eslavo, así como la mayor parte de las referentes á la civilización. Algunas de las sacadas del fondo pseudo-céltico y miran á la vida política, apenas podrán subir más arriba que el imperio galo de Ambigatos, seis siglos antes de J. C. Lejos de haber dominado los Teutones á los pretendidos Celtas, todas las señales denotan lo contrario. ¿Cómo, pues, hemos de creer que pueblo tan retrasado en época relativamente moderna, fuese capaz de arianizar á los Indos y á los Iranios, á los Griegos homéricos, á los Galos y Celtas, á los Umbro-latinos y á los constructores de las ciudades lacustres que les aventajaban en cultura y organización social, sobre todo teniendo en cuenta que muchas de estas conquistas hubieron de verificarse al principio de la edad neolítica?

Lindenschmidt, Penka, Posche y otros sabios alemanes han asimilado sin ambages el tipo dolicocefalo alto de los Kajokkenmödings daneses, antecesores de los Escandinavos y Teutones, al tipo aryo primitivo. Pues bien, si consideramos el grado de civilización de los bra-

quicéfalos constructores de ciudades lacustres, veremos que concuerda con el que la arqueología atribuye á los Aryos antes de su dispersión, mientras que los amontonadores¹ se encharcaban en el más grosero salvajismo. Al mismo resultado se llega si confrontamos estos á los hombres de los túmulos redondeados y de las cavernas de Bélgica, cuyo estado social corresponde, poco más ó ménos, al de los hombres lacustres.

Supuesto el estado actual de la cuestión, reúne muchos visos de verosimilitud la opinión de que los Kymris ó Galos hablaban, como propia, una lengua aryana, la cual impusieron á los Celtas. Los Teutones se arianizaron por propagación, gracias á su vecindad con los Letones. La lengua teutónica se asemeja más á la lética que á ninguna otra aryana. Del grupo lético forma parte el lithuaniano que, según opinión general de los lingüistas, es el que mejor conserva el tipo del idioma aryo primitivo. Los Letones y Lithuanios están incluidos dentro de la llamada raza eslava, constituida por muy heterogéneos elementos, sin otros caracteres comunes que la lengua y la braquicefalia.

Si los Galos son Aryas y arianizaron á los Celtas verdaderos, ¿qué lengua hablaban estos? Y Taylor nos contesta, tan original como impensadamente la euskara.²

(1) La palabra danesa «kjokkenmøding» está compuesta de «kjokken» «cocina» y «møding» «monton de zupia, barredura ó escoria», y sirve para designar ciertos montones de conchas, huesos, cenizas y armas é instrumentos de sílex, que se encuentran en las costas y orillas de algunos ríos de Dinamarca, Suecia, Escocia y otros países. Su antigüedad es muy remota, y se fija, sin particularizar la fecha, en el primer periodo de la edad de la piedra neolítica. El vocablo extranjero es ágrío, y por la imposibilidad de formar un derivado, llamo amontonadores á los hombres que dejaron esos desperdicios, hoy interesantísimos.

(2) Durante muchos años el parentesco de las lenguas presuponia el de las razas. Por hablar idiomas arianos pasaron plaza de miembros de la familia arya casi todos los pueblos de Europa y varios de Asia. Pero desde que la antropología demostró la existencia, debajo de la razón social arya, de tres ó cuatro tipos físicos irreductibles, cambió la cuestión de aspecto, y las investigaciones se encaminaron á averiguar cuál de ellos merece ese apelativo.

El problema en esta forma, aún es más arduo que antes; porque no es probable se dé con aquel linaje de pruebas que puedan establecer científicamente cuál es el primitivo grupo étnico aryano á quien pertenecía como propia, la lengua arya.

A primera vista se comprende que la disociación de la raza y la lengua abre la puerta á cuantos se vieron excluidos del indigenato aryo por el hecho de no hablar un idioma aryano, puesto que á los pueblos que no son arianos y hablan lenguas

De pasada advertiré, por cuenta propia, que cuando los Romanos se apoderaron de la Aquitania, la civilización de ésta iba muy adelante, según lo ha demostrado el benemérito escritor Mr. Luchaire, estudiando las inscripciones pirenaicas, donde predominan los nombres galos; pero ha de tenerse presente, para no generalizar prematuramente, que la mayor parte de las lápidas estudiadas provienen de los valles del Comminges que por sus aguas minerales y canteras de mármol, fueron siempre centro de atracción para el elemento extranjero. Y aun los nombres aquitánicos indígenas son de personas que vivían en contacto directo con los grandes centros galo-romanos de la cordillera, pues la población aborigen inmune de extranjerismo, no usó de inscripciones funerarias y votivas.¹ De modo que carecemos de los documentos que serían más típicos y significativos.

Taylor da cima á su exposición, resumiendo sus argumentos de la manera siguiente: Los Galos rubios y altos pertenecían á un tipo enteramente distinto de los Auverñatos pequeños y morenos. Es inverosímil que primitivamente hablasen el mismo idioma. Los Galo-belgas fueron el pueblo conquistador; es, por tanto, probable, que el idioma denominado céltico les perteneciese, el cual se extendió á Bélgica y la Gran Bretaña donde faltan vestigios de raza ligúr. El baskuenze, ó la lengua de los Celtas, ó la de los Iberos. La raza ibérica es la misma que la de los Bereberes; su lengua, por tanto, sería la misma: una lengua hamítica.

Los Iberos que han dejado en las costas de Portugal montones análogos á los Kjøkkenmødings de Dinamarca; que no conocían ni los cereales ni los animales domésticos; que fabricaban tosquisima cerámica y están tildados de canibalismo, no pudieron imponer su lenguaje á los Ligures más civilizados. La raza silúr ó ibérica, extendida por la Gran Bretaña, la Galia y España, es afin antropológico de la hamítica y el dialecto hamítico más próximo á la lengua ibérica, es el de las inscripciones númeradas. La raza céltica, afin antropológico de los Lapones y Fineses trajo la lengua euskara al invadir la Europa occidental. Estos invasores hallaron la Galia ocupada por tribus dolicocefalas, las cuales retrocedieron al sur y región pirenaica, donde los Celtas, hasta cierto punto, se mezclaron con los Iberos ó Silures, imponiéndoles su idioma: la nueva raza mestiza es la baskongada ó celtibera.²

(1) *Etudes sur les idiomes pyrenéens*, pág. 96.

(2) *L'origine des Aryens*, págs. 219-228.

Hasta aquí Mr. Taylor, cuyas ideas expongo y no discuto ahora; la crítica y aquilatamiento de las teorías llegaran cuando tengamos á la vista el mayor número posible de datos, y esté concluida nuestra larga información, no sólo desde el punto de vista antropológico, sino también á la luz de la historia y la lingüística.

Otros autores difunden ideas semejantes por algún aspecto á las resumidas. Bergmann dijo que los Baskos eran de raza *submeana* (fino-lapona; el Sr. Tubino que de raza beréber, declarando que no sólo la raza, sino también la misma lengua euskara es hamítica, habiéndose desprendido del idioma semito-hamita común ó ancestral en el periodo rudimentario. Opina el distinguido antropólogo español que la descendencia baska no ha de derivarse del elemento moreno, sino del rubio del pueblo beréber.

Con efecto, tampoco este es homogéneo. De los interesantísimos estudios de Mr. Tissot acerca de la Mauritania Tingitana y de otros del general Faidherbe sobre la Argelia, resulta que la raza predominante es la primitiva líbica ó nómada; que los Vándalos fueron totalmente destruidos, lo mismo que los Árabes de la conquista, y solamente en el siglo V de la hégira vinieron de la Arabia septentrional algunas tribus, que son el tronco solitario de las ramas actuales de población arábica. Aquí, como en todas partes, existe el equívoco de las razas y de las lenguas, pues á sí propios se miran como árabes los berberiscos olvidados de su lengua nacional.

Más de la tercera parte de la población marroquí es rubia, y otra tercera parte, aunque castaña ó morena, es de fisonomía tan europea, que Mr. Tissot la encuentra sumamente parecida á los franceses de Gascuña, del Berry y la Borgoña. El general Faidherbe había observado gran número de rubios en la provincia de Constantina, y los libios están pintados con igual coloración en los muros de Tebas. A estos indicios de la procedencia septentrional de los berberiscos hay que sumar los monumentos megalíticos en todas sus variedades, existentes en la parte oriental de Argelia, cercanías de Tánger, Alcazarquivir, Fez y otros puntos. Porque el número de dichos monumentos y la abundancia de las fisonomías europeas menudean más y más al acercarse el observador al Estrecho, Mr. Tissot se considera autorizado á sostener que la raza berberisca procede de Europa y penetró en África por el mismo camino que siglos y siglos después había de seguir para recorrer los campos de donde saliera empujada, acaso, por las primeras emigraciones célticas.

La lista de los megalitos africanos aumenta diariamente. No son de la edad de piedra; las numerosas excavaciones practicadas no han hallado ningun objeto característico de esa civilización. En cambio, salen vasijas muy variadas, anillos de bronce y plata. Resulta de los trabajos de Mr. Hamy que los grupos de dólmenes son en Túnez necrópolis de las ciudades descubiertas en varios parajes de la Enfida, semejantes á las de los Ued-Izenati, pueblos bereberes que algunas montañas del Sur conservan puros.¹

Mr. Feraud descubrió en la provincia de Constantina, cerca de las fuentes del Bu-Merzug, en un radio de más de tres leguas, tanto en la parte montañosa como en la llana, dólmenes, semidólmenes, menhires, pasadizos cubiertos y túmulos; es decir, casi todos los tipos de construcciones megalíticas conocidas en Europa. Y estos monumentos parecen más completos aún que los del oeste de Francia, siendo preciso trasladarse á Dinamarca, para contemplar un conjunto tan notable de ellos. La semejanza entre los de uno y otro país es tan íntima, que se confunden.

Dichos monumentos africanos son tumbas, donde se enterraban los cadáveres sin quemarlos, poniéndoles los brazos cruzados y las piernas dobladas de forma que las rodillas subiesen hácia la barba; posición que igualmente presentan los esqueletos de la primera edad de la piedra en Dinamarca. Pero Mr. Bertrand estima que los megalitos de Bu-Merzug son, no solamente más modernos que los dinamarqueses, sino tambien que la mayor parte de los galos. Los primeros proceden de la edad de piedra, los segundos del período en que comenzó á difundirse el uso del bronce, y los argelinos fueron construidos poco antes de la era cristiana, y algunos después, según lo demuestran los objetos hallados dentro.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)

(1) Cartailhac: *La France préhistorique*, pág 197.

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



(CONTINUACIÓN)

Discutiendo las hipótesis que estos curiosísimos hechos plantean, el célebre arqueólogo dice: «Si las observaciones están bien hechas y las tumbas abiertas permanecían, realmente, intactas, como opina Mr. Feraud, sólo cabe una explicación de hechos tan extraños: á saber, que dichos monumentos son, no de una época ó edad particular, sino de tribus refractarias á cualquier linaje de transformación y que no se dejaron absorber por las razas superiores que civilizaron á Europa. Después de haber sido rechazadas del Asia Central hácia las comarcas del Norte, recorrieron las orillas del Báltico, moraron en Dinamarca y ahuyentadas de nuevo, subieron hasta las Orcadas; después bajaron por el canal que separa á Irlanda de Inglaterra, y de etapa en etapa llegaron á Galia, á Portugal, y por último al África, donde las reliquias de estas infelices gentes desaparecieron con la invasión de tribus más civilizadas».¹

El grupo beréber es muy complejo. Topinard, además de los rubios y negros mestizos, señaló la existencia de cuatro ó cinco tipos diferentes. El alemán Rohlf's que, según nos lo advierte, ha recorrido Marruecos tanto como el que más, «una sola vez tropezó con hombre de ojos azules y cabellos rubios». Ratzel no se corre hasta el extremo de declarar excepcional el tipo rubio, pero afirma la predominancia del que ostenta ojos y cabellos negros. Aunque la tercera parte de la población fuese, efectivamente, rubia, como afirma Mr. Tissot, parece-

(1) *Archeologie celtique et gauloise*, pág. 173-174. Véase desde la pág. 160 á la 174.

me que no acierta éste al atribuir á dicho elemento la base étnica del pueblo berberisco, reputándolo como de origen septentrional. Antes por el contrario, se ha de suponer que la base es el elemento moreno y el rubio el allegadizo ó sobrepuesto. El aspecto francés de parte de las fisonomías bereberes, suponiendo el hecho bien observado, denotaría la presencia de la sangre céltica: de modo que también en Marruecos se mezclaron los Iberos y los Galo-Celtas.

El estudio de la prehistoria española va tomando vuelo desde algunos años á esta parte, aproximándose á la importancia que en otras partes alcanza esta rama novísima de la ciencia. Menudean las monografías interesantes, y aún ven la luz obras de carácter más general, como la *Paleoethnología, antiguidades monumentales do Algarbe, tempos prehistóricos* del Sr. Estacio la Veiga, *Les ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, de Mr. E. Cartailhac, y la esplendídisima de los ingenieros belgas Enrique y Luis Siret, rotulada *Les premiers ages du metal dans le sud-este de l'Espagne*, publicada en castellano, pero sin el lujo del original, por D. Silvino Thos y Codina. Hasta ahora, como obra de conjunto, aunque no completa, ninguna otra disputa el puesto á la de Mr. Cartailhac.

De este libro resulta, con evidencia, un notable paralelismo entre el desarrollo prehistórico de Francia y España. En Francia se parte de los cascajos de la Somme, de las arenas de Grenelle del tiempo de los elefantes, (*elephas antiquus*), rinocerontes (*rhinoceros Merkitii*) é hipopótamos; es la primera edad, la de la raza de Canstadt de Mr. de Quatrefages, ó sea la primera época del tiempo cuaternario, ó quelea de Mr. de Mortillet, caracterizada por clima caliente y húmedo, la formación del lehm superior, los aluviones de los altos niveles, el aplomamiento del suelo y rellenamiento de los valles, la presencia de la raza de Neanderthal y la Naulette, el empleo de un instrumento único de piedra, hecho de roca local. Después se pasa á la época *musteriána*, fría y húmeda, en que se alza el suelo, se desescombran los valles, ganan terreno los ventisqueros y dominan el gran oso de las cavernas, el rinoceronte ticorino y el elefante (*elephas primigenius*); la especie humana está representada por las razas de Eugís y del Olmo que aún no usan instrumentos de hueso, pero multiplican los de piedra (puntas, raspadores, sierras). Después, á la época *solutreana*, de suave temperatura, abundantísima en caballos; desaparece el rinoceronte y se desarrollan el *cervus tarandus* y el *elephas primigenius*;

comienza, al final, el uso de los instrumentos de hueso y progresa mucho la tajadura de la piedra; los ventisqueros se retiran. El tiempo cuaternario se cierra con la época magdaleniana, cuyo clima es frío y seco; fórmasse el *diluvium* rojo, extinguese el *elephas primigenius*, abunda el reno, y en general, toda la fauna del norte; campea la raza humana de Langerie-Basse, luciendo sus disposiciones artísticas para el grabado y la escultura; generalizanse los instrumentos de hueso y las hojas ó cuchillos, pero degenera el arte de tajar los sílex; son herramientas características de esta época, la doble raspadera y el buril.¹ Esta época empalma con la moderna ó del hombre actual, pasando por los periodos del ocaso de la piedra sin pulir, de los *kjokkeumödings* y de la piedra pulida ó período neolítico, durante el cual las ciudades lacustres, las cavernas-habitaciones y las cavernas-sepulcros, y los monumentos megalíticos trazan el cuadro de una sociedad verdadera.

El libro de Mr. Cartailhac demuestra que las cosas siguieron el mismo rumbo en España. Los instrumentos queleos, es decir, los más antiguos, salieron á luz los unos en San Isidro, cerca de Madrid, y los otros junto á Lisboa. Son parecidísimos, ó mejor dicho, idénticos á los de las orillas de la Somme. Algunos fueron hallados en cavernas; hecho muy notable, porque indica la propensión de estos hombres de la primera edad á servirse de ellas, en Portugal, como de lugares de refugio, mientras que en Francia la carencia de restos semejantes induce á sospechar que entonces eran allí inhabitables las grutas. Por ser España región meridional nunca fueron, sin duda, tan intensos, los fenómenos glaciarios y torrenciales. Florecieron las artes de ornamentación é imitación; los vestigios de grabado al trazo sobre los huesos que aparecieron revueltos con los sílex magdalenianos de la gruta de Altamira (Santander), demuestran que las tendencias artísticas nuevas no eran insólitas ni excepcionales, sino manifestación de un instinto ingénito. Las estaciones españolas carecen de renos, como las de Provenza y Menton.

La marcha progresiva de aquellas gentes experimentó, de pronto, una pausa ó detención. «Hasta entonces—dice Mr. Cartailhac—el progreso fué constante y regular y la civilización de la piedra tajada ó paleolítica, se desarrolló continuamente; por las trazas era autóctona». Pero al principiar la piedra pulida, se abre una sima, se interpone un

(1) *Le Préhistorique*, pág. 131.

intervalo obscuro, de difícil interpretación; parece como que una raza nueva (probablemente la galo-celta) invadió á Europa, más fuerte, más activa, más adelantada, que poco á poco empujó á las razas anteriores, é insinuándose á lo largo de las costas, penetró tierra adentro del continente. Efectuada la revolución, el hombre europeo, aunque desprovisto del conocimiento de los metales y reducido al uso de la piedra pulida, posee animales domésticos, practica la agricultura, emplea ritos fúnebres y levanta monumentos. Esta edad nueva, que es la de los montones de conchas, de las sepulturas megalíticas y de las ciudades lacustres, se extiende por la Europa entera, desde la Escandinavia á Portugal, y atravesando el Estrecho, asienta las plantas en África.

En Portugal se han hallado kjokkenmødings. Los enterramientos revelan la misteriosa costumbre de la trepanación y de la perforación de los cráneos después de la muerte. Los dólmenes, al principio, estaban siempre destinados á ser recubiertos por un *túmulus* y son tumbas que constantemente encierran moviliario fúnebre, cuando no han sido violadas.

En Valdegeña (Soria), aparecieron varios instrumentos de piedra que fueron clasificados como de la edad paleolítica; en Arganda del Rey doce cuchillos de pedernal y con ellos una notable punta de lanza (forma de hoja de laurel), ó sea del más puro tipo solutrense.

Las más antiguas huellas del hombre que en España se encuentran, son hasta ahora, según hemos visto, las de San Isidro, y consisten en objetos de piedra sin pulir hallados por D. Casiano de Prado en terreno cuaternario muy próximo al terciario, mezclados con huesos de elefantes y otros animales.

En Valencia de Alcántara, se sacaron de varios enterramientos antiquísimos: un magnífico cuchillo de pedernal de dimensiones poco comunes; una punta de lanza de la misma piedra, cuyo criadero no existe en Extremadura; una preciosa flecha de cristal de roca transparente; una vasija tosca de barro, hecha á mano: una rodajilla de pizarra agujereada en el centro, para enhebrarla con otras y formar collar ú otro objeto de adorno. Según nuestro insigne Vilanova, dichos objetos pertenecen al período mesolítico ó de transición.

En las sepulturas prehistóricas de Piles (Tarragona), se notó que los cadáveres estaban enterrados de cuclillas, como las momias del Perú; dentro de la huesa había hachas de piedra, cuchillos de pedernal y adornos y joyas formados de conchitas y pequeñas estalactitas. Uno de

los esqueletos era de extraordinario tamaño. La presencia de una raza alta en España, y por tanto extranjera, la demuestran diversos testimonios. La estación protohistórica de Jumilla (Murcia), además de cuchillos de pedernal, hachas pulimentadas de diorita, vasijas, etc., rindió una mandíbula inferior humana, notable á juicio del Sr. Vilanova por sus grandes dimensiones, proñatismo y desgaste de las muelas, revelador de un régimen alimenticio frugívoro.

En Monte Cildad, (junto á Olleros de Pisuerga), al desmontar un dolmen, apareció un sarcófago que contenía varios anillos de barro cocido. Es sumamente interesante la necrópolis de Vilars, cerca del Coll de Esparraguera, explorada por el ilustrado comandante de ingenieros Sr. Avilés, consistente en *cromleches*; en el centro se hallaban urnas funerarias, algunas tosquísimas, de pasta desigual y rudimentaria, moldeadas á mano y después cocidas en hoguera. En una de estas urnas tosquísimas había huesos humanos á medio calcinar, y objetos de cobre, algunos de cobre puro, una cadenita en la que se notaron varios anillos obtenidos por fusión. Los huesos del cráneo denotaron que éste era muy dolicocefalo, con la frente asaz deprimida, lateralmente y escapada hácia atrás; el coronál tenía clavado un punzón, introducido en orificio abierto rotativamente por barrena ú otro instrumento punzante, es decir, introducido después de la muerte, con propósito ó significación que desconocemos. Las demás urnas asimismo contenían huesos semi-calcinados y objetos varios, entre ellos una flauta de barro, cuyo constructor era, sin duda, persona de clara inteligencia.

El explorador opina que la necrópolis es de la edad del bronce, ó mejor dicho, del cobre, y que presenta sumo parecido con la de Vilanova (Italia) que se atribuye á un pueblo anterior á los Etruscos, que bien pudo ser el de los Tursos. Mr. de Lapouge descubrió en Castellan otra necrópolis muy parecida á ésta de Vilars. Las tumbas eran de la edad de la piedra pulimentada, y del bronce. Las osamentas humanas eran descomunales, y presuponen un linaje de hombres de tres metros, y aun más, de talla.

Los hechos, que á modo de ejemplos vengo recordando, acreditan la sucesión y conflicto de las razas en el suelo español, testigos de vicisitudes y episodios análogos á los de otras partes. Sobre esta materia nos dan mucha luz las impotentísimas exploraciones efectuadas en el cerro de Cabeza del Griego por el Rev. P. Eduardo Capelle (S. J.)

que nos ha dado á conocer la existencia de un pueblo de Trogloditas junto á la antigua Segobriga.

Dentro de la cueva explorada por el sabio jesuita se halló un verdadero kjokkenmöding á la entrada de ella. En una de las galerías se descubrió el primer cadáver entero de los sepultados en la caverna. Era de alta estatura; el cráneo, de tipo braquicéfalo y notable por su capacidad y belleza de proporciones, de tamaño más que regular y muy espeso; la edad del individuo, deducida de la falta de osificación de las suturas, no pasaría de 40 años. Los huesos, al tocarlos, se reducían á polvo; se salvaron un parietal, un temporal y parte del frontal y occipital. Se recogieron vértebras de otro esqueleto yacente en la cueva. Las proporciones extraordinarias de estos huesos, únicamente se dieron en dos ó tres individuos; los restantes, por su talla, se acercan al tipo normal.

La cueva está dividida en galerías y salas, donde se encontraron cacharros, escombros, huesos de animales y humanos. En una ámplia sala había una especie de dolmen, que en su tiempo protegió dos esqueletos, de adulto y de niño, cuyos restos dispersaron las aguas.

Según la opinión del doctísimo Mr. Louis Siret, la caverna de Segobriga pertenece al principio de la edad de bronce, ó al período de transición de la neolítica á la del metal. El P. Capelle piensa que dicha caverna contiene restos de varias edades; pues ni los esqueletos sepultados son de una misma raza, ni los instrumentos de una sola época, ni la cerámica es igual tampoco; parte de ella es análoga á la que aparece en cavernas exclusivamente neolíticas del norte de España.

El P. Capelle supone fundadamente que la raza *posterior* humana, es aquella cuyos restos carecen de sepultura, y aparecen agrupados á la entrada, como si los hombres á quienes pertenecieron hubiesen perecido en dicho lugar cuando las aguas desbordadas invadieron el valle de la Gigüela. Entiendo yo que esta segunda raza, dueña, probablemente, de los instrumentos de bronce, sería la Kymri, y presumo, aunque faltan las pruebas antropológicas, que la *anterior* raza sería la ibérica.

De la raza primera se hallaron dos sepulturas: una en cierta hendidura de la peña, y otra en la gran sala. Recogéronse tres maxilares inferiores, varios dientes y huesos. De la segunda raza quedan dos cráneos completos y notables fragmentos de siete ú ocho más; ofrecen un proñatismo exagerado del maxilar superior. La dentadura del maxi-

lar inferior de la primera raza se inclina extraordinariamente hácia lo interior de la boca.

Las muelas y dientes de la segunda raza estaban muy gastados, ya fuesen viejos ó jóvenes los individuos, y los colmillos eran anchos y tan gastados como las muelas. Por el contrario, los colmillos de la primera raza eran pequeños, cónicos y puntiagudos; los dientes y muelas estaban sin desgastar.

Comparadas las vértebras de una y otra raza, resulta que las de la primitiva tenían el cuerpo de ellas más elíptico, las apófisis más cortas, faltando los discos vertebrales; lo cual demuestra que no estarían todavía soldadas al cuerpo del hueso. Las de la raza segunda se asemejaban á las vértebras actuales, pero presentando un curioso dimorfismo; varios ejemplares tenían el lado de la derecha mucho más estrecho que el izquierdo; también ahora se registran estas deformidades, pero puede pensarse que entonces eran mucho más frecuentes.

Los instrumentos de piedra y hueso, eran raspadores, sierras, lijadores, agujas, etc.; los más pequeños estaban hechos de sílex ó pederrenal. Abundaban las puntas de flechas, fragmentos de sílice, á menudo triangulares y casi siempre toscos y sin labor. Adornos, muy pocos: un botón de marfil, fragmentos de brazaletes hechos de colmillos de jabalí, conchitas agujereadas, etc. Instrumentos de metal, muy escasos; un celta ó hacha de la forma más antigua, un cincél y una punta de flecha ó lanza, todos de cobre purísimo, análogos á los que encontró Mr. Louis Siret en el Sudeste, productos, al parecer, de la misma civilización, y adquiridos, tal vez, por el comercio.

La cerámica, de dos ó tres épocas, abundaba; algunos ejemplares eran idénticos á los descubiertos por Mrs. Lartet en *Cueva Lóbrega*, cuando visitaron las principales cavernas de los Pirineos españoles.

Los Trogloditas de Segobriga perecieron por obra de espantosa catástrofe. Torrentes de agua invadieron el país. Sus moradores, que acaso habitaban ya las primeras aldeas prehistóricas, volvieron á las cavernas que habían servido de enterramiento á la raza primitiva; subió tras ellos el agua, y para defenderse cerraron la entrada con losas enormes. Todo fué inútil; el agua penetró y perecieron. En la galería central se encontraron los restos de una mujer mezclados con los de un niño; cerca de la entrada, el cráneo de un muchacho fracturado violentamente, y el de un adulto que tenía cuatro heridas profundas, causadas por un instrumento parecido al cincél. Diez ó doce cadáveres

formaban racimo cerca de la boca, sepultades unos bajo las piedras desprendidas de la bóveda, revueltos otros con la tierra que arrastró la inundación: todos vuelta la cara hácia la imposible salida. Los últimos momentos debieron de ser horribos; por las trazas, hubo suicidios y asesinatos, ánsias de morir cuanto antes, al apagarse la esperanza. Ningún cadáver llevaba consigo los adornos y armas que, de ordinario, aparecen en las sepulturas; allí mismo murieron, sin que la piadosa mano del amigo ó del pariente fuese después á enterrarlos en los dólmenes y sepulcros que construían.¹

Acerca del período transitorio de la piedra al metal, se conocen algunas estaciones características. En la colina de la Magdalena, cerca de Linares, se encontraron instrumentos de piedra (cuchillos, raspadores, punzones, etc.), hachas pulimentadas, cerámica abundantísima y objetos de cobre puro y escorias del propio metal; circunstancia que indica bien á las claras que el tránsito del uno al otro período se efectuó por el metal simple ó nativo, ó sea, en la localidad misma.

En la estación de las Aguzaderas (Sevilla, Coronil), se descubrieron instrumentos de piedra tajada y pulida, cerámica mejor y peor trabajada y hachas planas de cobre puro, de formas iguales á las metálicas; hecho que se repite en todas las localidades de tránsito de la piedra al metal, y acabará por determinar, á juicio del Sr. Vilanova, la existencia de un período intermedio entre el neolítico y del bronce, ó sea, un período del cobre.

Según el Dr. Much (de Viena), el cobre fué el primero de los metales que empleó la población de Europa. Los objetos hallados no vinieron á Europa por medio del comercio con pueblos extraños, sino que son indígenas. Los pueblos que se valieron del bronce eran aryas; el uso del oro fué contemporáneo para labrar objetos de adorno, aunque no alcanzó la importancia del cobre. La filología comparada demuestra la gran antigüedad del uso del cobre y su conocimiento por todas las ramas de los aryas, cuando aún constituían éstos un solo pueblo y hablaban un idioma único. Las gentes del período bronceo —siempre según el Dr. Much,—no eran descendientes de las contemporáneas del mammoth y el reno que vivieron en la edad paleolítica; la población neolítica hubo de llegar al grado de progreso que presuponen el pastoreo, agricultura, utensilios de piedra pulimentada, cerámi-

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXIII.

ca tosca, domesticación de algunos animales, cultivo de cereales—al igual de los animales domésticos, de origen extra-europeo—y el arte de hilar y tejer, en otro continente, desde el cual inmigró á Europa. El empleo del bronce data casi desde el origen de la piedra pulimentada; aserto que al Sr. Vilanova le parece exagerado, como le parece, asimismo, que se va rellenando el hiatus ó laguna que los discípulos de Mr. de Martillet (padre), establecían, entre el periodo arqueológico ó paleolítico y el neolítico. Pues precisamente en la península española, tierra la más apartada del continente asiático, se advierte un tránsito insensible y gradual entre ambos periodos. Por último, el Sr. Vilanova opina que tan indígena es la piedra pulimentada como el cobre.¹

De manera que no es forzoso suponer que fué necesaria la venida de gentes extranjeras para que los españoles entrasen en la edad metálica; antes bien, es muy verosímil suponer que éste adelanto se realizó por la evolución industrial indígena.

A España vinieron y en España moraron las mismas razas que en la Europa occidental. Del mismo hombre cuaternario, ó por tal tenido, y del de Neanderthal y Canstadt, hay algún vestigio y huella: la célebre calavera de Gibraltar. Otras estaciones de muy adelantada industria (cuevas de Monóvar, Málaga, Alcoy, Almería) rindieron cráneos dolicocefalos y braquicefalos mezclados.

El Sr. Tubino traza en los siguientes términos el cuadro hipotético de la etnogenia española:

Razas dolicocefalas...	Los Trogloditas.
Razas mixtas.....	La de los monumentos megalíticos y la del cobre.
Razas históricas....	Las ibero-lybicas, ibero-fenicias, celto-iberas, ibero-griegas é ibero jónicas.

ARTURO CAMPIÓN

(Se continuará)



(1) Bolet de la R. A. de la Historia, tomo XVII.

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



(CONTINUACIÓN)

Refiriéndose á la clasificación de las razas prehistóricas de Europa de Mrs. de Quatrefages y Hamy, el Sr. Tubino opina que están representadas en la península de la siguiente manera:

Tipo de Canstadt.—El cráneo de la cantera de Torbes (Gibraltar). Su fecha dudosa. De escaso volumen; sumamente dolicocefalo; de cercos superciliares muy proeminentes; proñato y ancho; de enormes órbitas, casi redondas; reducidísimo en la región frontal y aplastado en esa parte. Según Busk, Broca y Huxley, puede asimilarse á los más arcaicos conocidos. Hay actualmente representantes de dicho tipo entre ciertos pueblos negros de la India central y entre los australianos. Contemporáneo del mammoth.

Tipo de Cro-Magnon.—Cráneos de las cavernas de Gibraltar y de la Cueva de la Mujer (Alhama de Granada) y de la mina del Milagro (Asturias.) Este tipo presenta la frente ancha notablemente desarrollada por encima de los senos frontales, que no resaltan con exceso; el occipital avanza hácia adelante. Los caracteres de salvajismo son ménos pronunciados que en la raza de Canstadt. Contemporáneo del reno.

La prehistoria de la región euskara ha sido muy poco estudiada, todavía; durante mucho tiempo, fué opinión común que no se encontraban en ella monumentos megalíticos. Algunos llegaron á decir, que fuera del monumento vivo de la lengua, no existía otro alguno que se remontase á lejanas edades. Esta opinión va siendo desmentida diariamente por los hechos. Acaso estamos en vísperas de importantes descubrimientos. Junto á la antigua *Elo* (Monreal), se han encontrado bastantes hachas de piedra pulimentada, de las que conservaba el Doctor Landa diversos ejemplares.

Álaba posee varios dólmenes que han sido estudiados por personas tan beneméritas y competentes como los Sres. Becerro de Bengoa y Baráibar. Entre Betoño y Durana existen dos montículos que contienen cada uno un dólmen. El primero se halla á la derecha de la carretera y se llama *Capelamendi*; el segundo, más chico *Euskalmendi*, «monte de los euskaros.» Mi querido amigo Ricardo Becerro cree ver la palabra *Gael* en el vocablo compuesto *Capelamendi*, que de este modo significaría «monte de Gaels», explicación que extiende al pico más elevado de la cordillera de Salvatierra ó Arlabán denominado *Capeldui*, que traduce «por alto celta.» El Sr. Becerro opina que aquellos lugares fueron teatro de una reñida lucha entre Celtas é Iberos. En el dólmen de Euskalmendi halló dicho explorador gran número de esqueletos, colocados en tres capas ó líneas; ignoro si se estudiaron antropológicamente dichos restos. En el valle de Cuartango hay cuatro dólmenes, uno admirablemente construido, de mármol negro de Anda. A esta lista hay que añadir el de Egilatz, que contenía dos puntas de lanza ó flecha y una especie de clavo, sin cabeza, todos de cobre, y el de Arrizala, llamado *Sorgiñeche* «casa de las Brujas». Recientemente, el distinguido escritor vitoriano D. Julián Apraiz, ha denunciado la presencia de otro dólmen en el puerto de San Juan, vestíbulo de la sierra de Encía, á dos kilómetros de Onraitia, 900 metros sobre el nivel del mar y 400 sobre la llamada de Álaba. El dólmen había sido excavado anteriormente; en la faja oriental aparecieron varios esqueletos que se pulverizaban; los dientes esan muy sanos.¹

El Sr. D. Ladislao de Velasco, en su interesante obra *Los Euskaros*, da cuenta de ciertos hallazgos en la dehesa de San Bartolomé, sita en el Puerto de Vitoria; los objetos que dicha dehesa rindió fueron dos brazaletes de oro, de tosca y sencilla manufactura, varias hachas de piedra, cuchillos de sílex, puntas de flechas, lanzas, alisadores, cuñas de sílex ó piedra y dientes de animales desconocidos. Las hachas y cuñas eran de diorita; alguna había de roca anfibolítica. Uno de los cuchillos era de tres caras ó facetas, formando prisma muy aplastado por un lado y plano por el otro. Las rocas de que estaban formados los instrumentos no eran del país. El autor conservó tres muelas fosi-

(1) EUSKAL-ERRIA. n.º 563, Febrero de 1896.—La caries dental la padecieron las razas prehistóricas; ha sido denunciada en la de Cro-Magnon. También es muy frecuente en los kymris. Sabido es que se observa frecuentemente en los Baskos.

líticas; una del *Hiparien prostylinus* (época terciaria) y las otras dos del *Equus fossilis* (época cuaternaria). El año 1831, al descubrirse el dólmen de Eguilatz, se hallaron muchos esqueletos, vueltos todos hácia la entrada del sepulcro, que miraba á oriente. No se consignó ningún dato. Las armas al mismo tiempo halladas consistían en lanzas y hachas de piedra y bronce, y unos á manera de cuchillos corvos ó pequeños puñales con uno ó más agujeros en la parte del mango, de durísimos pedernales. También se encontraron anillos de serpentina con cuatro caras ó facetas.

El Sr. Baráibar de sus estudios infiere que los dólmenes alabeses son de origen celta y que la invasión hubo de recorrer en Alaba el itinerario trazado por el Sr. Velasco, penetrando por el hondo barranco de la Burunda, extendiéndose, luego, por los valles, incluso el de Cuartango y saliendo á Castilla por los puntos de ingreso naturales. Esta es la opinión «clásica» de los escritores alabeses. Otros, por el contrario, suponen que los llamados Celtas siguieron el camino opuesto, atravesando la llanada vitoriana de sur á norte, siendo derrotados por los Ibero-Euskaros en las gargantas que conducen á Guipúzkoa y Navarra y quedando allí paralizada la invasión.

Estas no pasan de ser hipótesis ó conjeturas con brillantez desenvueltas, pero sin fundamento positivo. Por falta de observaciones y datos antropológicos ignoramos si los dólmenes de Anda (Cuartango), Egilatz, Arrizala, Capelamendi, Euskalmendi y San Juan fueron construidos por los dolicocefalos ó los braquicefalos, ó si se sucedieron en la posesión de ellos, ó si convivieron ambas razas, más ó ménos fundidas.

Después de estas turbias ojeadas á un período remotísimo, produce maravillosa impresión el saltar por encima de los siglos, situarse en plena época actual y ser testigo de la comprobación que el estado presente aporta á verdades apenas entrevistas y vislumbradas.

El ilustradísimo Dr. Oloriz dió en el Ateneo de Madrid dos conferencias acerca de «Algunos caracteres antropológicos del pueblo español», de los que publicó un excelente resumen el Sr. Hoyos Sainz en *La España Moderna*.

Las mediciones del Dr. Oloriz recayeron sobre 8.368 individuos; por tanto, los resultados obtenidos son de grandísimo valor.

Dice el Sr. Oloriz que en España aparecen dos tipos; los aborígenes, ó Iberos tal vez, de cabeza larga ó dolicocefalos, y los exóticos, de cabeza corta ó braquicefalos. Los primeros tienen su asiento ó solar en

el litoral mediterráneo, principalmente, y habitan los segundos, con caracteres de mayor fuerza, las montañas y las costas del Cantábrico.

Por el índice cefálico, aparece España como país más homogéneo y puro que las demás naciones, puesto que la diferencia entre Alicante y Oviedo, extremo de los valores provinciales, sólo es de cinco unidades, y llega á diez en Francia y sube á once en Italia. La variedad de los tipos medios no es tanta como en el resto de Europa.

A pesar de las inmigraciones é invasiones extrañas que nos refiere la historia, el tipo y carácter del primitivo Ibero, dividido, tal vez, desde su origen en dos, viene á través de los siglos resistiendo siempre, sin borrarse ni atenuarse.

La región galáica es braquicéfala moderada. La cantrábrica (incluso el norte de Lugo) constituye el *núcleo de la braquicefalia hispana*, desde donde irradia; la población dolicocefala, ménos fuerte ó más pacífica, ha sido relegada á las grandes alturas, al fondo de los valles, á las áridas estepas, á las escabrosas sierras. La región baska, que es la mejor estudiada por españoles y extranjeros, no presenta nada que sea de veras saliente. La conclusión del Dr. Oloriz es, que el tipo basko no se caracteriza por su índice cefálico, y no puede considerarse como especial de las comarcas donde se habla el baskuenze. Es la braquicefalia muy atenuada, generalmente hablando, y en Guipúzkoa al remontar el curso del Oria, al subir desde las inmediaciones de Francia hácia la sierra de Aralár aumenta el índice, desde 78 hasta llegar á 81 en el puerto de Idiazabal, cifra que corresponde á gente de cabeza bastante redonda, siendo notable, á modo de islote, la dolicocefalia de la cuenca del Urola, ó sea los alrededores de Azpeitia, y la ciudad de Pamplona.

La región aragonesa, comprendiendo á la Merindad nabarra de Tudela, es francamente dolicocefala. La catalana es la más homogénea de todas; su ley general, la dolicocefalia. La valenciana es extremadamente dolicocefala. La zona leonesa ó superior de Castilla, á la orilla derecha del Duero, lo es también, resueltamente; pero la región castellana, en su totalidad considerada, es de transición, acentuándose este carácter en Castilla la Nueva, que es así algo como «almacén de lo que no tiene clasificación justa ni colocación precisa en las demás regiones.»

La región andaluza se divide, así mismo, en dos zonas, á pesar de que la constitución étnica se multiplica y diferencia en extremo. Estas

regiones son: la alta (Reino de Granada), dolicocefala; la baja (Sevilla, Huelva, Cádiz), braquicefala. Con razón se duda que sean del mismo origen, á pesar de esta coincidencia, la población andaluza oriental y la gallega. En Huelva la braquicefalia hasta se iguala con la del norte de España.

Opinan los señores Oloriz y Hoyos Sains que en España el índice disminuye con el tiempo, es decir, que la influencia braquicefala se atenúa, como elemento secundario que es en proporción al gran número de dolicocefalos que forman el fondo de la población hispana; (fenómeno, dicho sea de paso, opuesto al señalado en Francia). La dolicocefalia aumenta con la altitud, permaneciendo en las regiones más altas que 500 metros, casi puros los citados elementos, exceptuando los picos de la cordillera cántabro-pirenaica.

La conclusión del Dr. Oloriz respecto á las razas pobladoras de España, es que los dolicocefalos son, acaso, los Iberos ó Atlantes primitivos; y los braquicefalos que vinieron á dar variedad á la homogénea población ibera, casi seguramente son Celtas.

Los datos antropológicos concuerdan, una vez más, con los históricos. A pesar de las variedades regionales, el carácter español reviste cierta notoria homogeneidad, y ese carácter, duro, tenaz, constante, reconcentrado, de pasiones repentinas, pero duraderas, es el carácter de los iberos que nos describieron los historiadores clásicos. El señor Lafuente (D. Modesto), dice: «es el genio ibero, es la repugnancia á la unidad, la tendencia al aislamiento lo que les hace forjarse sus cadenas; y hombres individualmente indomables, se harán esclavos por no unirse». Tales fueron, tales somos.

Los antiguos españoles moraban en pequeñas aldeas dispersas, como ya lo advirtió Strabón. Su núcleo era una torre que las protegía, tanto cuando eran agresoras como agredidas; para defender los ganados ajenos en el primer caso, y los propios en el segundo. Las aldeas se agrupaban, constituyendo una unidad que era la tribu, con capitalidad propia. Estas unidades políticas independientes son las que los historiadores clásicos llamaron ciudades, con vocablo que hoy nos induce á error. Por medio de hogueras encendidas en atalayas á propósito, estas tribus insociables, se avisaban la proximidad del enemigo ó pedían socorro. Pero la mayor parte de la vida se la pasaban en guerras intestinas sin gloria, en algaradas y correrías beduinescas por robar ganado, donde lucían la astucia y el arrojo del guerrillero, dejando

empero sembrados gérmenes de odio y venganza que los extranjeros, más sagaces y políticos, convirtieron en substancia propia, acabando con la independencia de todos.¹

El individualismo ibérico resplandece, con intensidad absurda, en el pueblo euskaldun. A pesar de su pequeñez numérica, se ha permitido el lujo peligroso de distribuirse en siete estados políticos diferentes, federados, para que la desociación fuese mayor, á dos grandes naciones, largo tiempo rivales. El *Irurak-Bat* es de ayer; el *Laurak-Bat* una aspiración generosa, el *Zazpiak-Bat* un sueño de pocos. Apenas se levanta la corteza de la historia, se descubren huellas de luchas fratricidas innumerables. ¡Y sin embargo, la naturaleza, con el nombre común á diario advertía á los Baskos de las diversas naciones y provincias: sois hermanos!

Si la región castellana es, antropológicamente hablando, terreno de transición, en la vida histórica y política ha desempeñado el papel de agente de unificación, á modo de la argamasa que une dos sillares del edificio. El castellano es más dúctil, flexible y maleable que no los pueblos cuya mayor pureza étnica se exterioriza en una personalidad más concreta y original. El genio ecléctico del castellano ningún signo lo revela mejor que su sistema de sucesión testamentaria, con sus legítimas y mejoras de tercio y quinto, artificiosa transición entre la libertad de testar y el régimen de la igualdad.

La antropología demuestra que no anduvo acertado Lemaire al calificar de «gran error etnográfico», la afirmación de que existió una raza ibera, suponiendo que, sacándolo del río Iber, dieron los Griegos nombre convencional á toda la península antes de conocerla. Aunque la unidad lingüística se perdiese temprano y las antiguas tribus españolas nunca se denominaron á sí propias con el apellido de iberas, y por mucha sangre advenediza y peregrina que discurriese por sus venas, es imposible negar que la población primitiva y numéricamente dominadora, era homogénea.

Estos Iberos (llamémoslos así por tradición histórica, aunque dudemos si conocieron nombre nacional, ó sospechemos fuese otro), según repetidas veces se ha advertido, fueron, en parte, desposeídos por los

(1) Acerca de la cuatroría ibérica y de la organización de las tribus, ciudades y aldeas de Iberia, véanse las interesantísimas *Cuestiones preliminares de los Estudios Ibéricos* de Costa.

Celto-galos, y en parte, á ellos se unieron. Retengamos la especie de que la región cantábrica es el centro de su difusión por España, la mancha más oscura de la braquicefalia hispana. Los Cántabros fueron pueblo mestizo, pero donde predominaba, el elemento Celto-galo; su lengua, sin género de duda, era de la familia kymrica y el nuevo pueblo parece haber poseído en grado eminente, los caracteres de sus progenitores: la inquietud, la barbarie y la fogosidad de los kymris; la obstinación de los Celtas; la impavidez, la constancia, el estoicismo de los Iberos.

Siguiendo á Taylor planteamos el dilema de que el baskuenze, ó era lengua céltica, ó ibérica. Si en Cantabria se habló el euskara, hubo de ser en lejanísimas edades; hay que bajar á las últimas capas de la estratificación lingüística para hallar sus vestigios. Parece probable que aquella región fué invadida cuando los Celtas y los Galos formaban ya un sólo cuerpo y la lengua kymrica era el idioma nacional. De todas maneras no se vislumbran rastros de una tercera lengua que pueda atribuirse al elemento céltico propiamente dicho.

El rasgo más original y extraordinario que ofrece España como propio de un pueblo suyo, es el baskuenze, y sin embargo, dura en determinada región cuya raza pobladora no es por otros conceptos tan singular. La originalidad lingüística es infinitamente más saliente que la antropológica ó étnica.

El Dr. Aranzadi resueltamente contradice á la hipótesis del origen celtibérico del pueblo basko. En este caso,—dice,—el elemento braquicéfalo sería de narices más anchas, de ojos pardos ó grises, cara cuadrada y occipucio vertical, conforme á los caracteres que generalmente se atribuyen al tipo celta. Como resumen de su importante *Monografía*, y á título de deducción probable, afirma que el actual pueblo baskongado se ha de considerar como la unión de un pueblo ibero, ó afín al berberisco, y otro boreal que tiene algo del finés y del lapón con mezcla posterior de un pueblo kymri ó germano.¹

El Dr. Aranzadi afirma que para atribuir el aumento del índice que se observa en el país basko al paso de los Celtas, sería menester que los braquicéfalos baskos presentaran tipo celta y ni siquiera está demostrado, á su juicio, que los braquicéfalos cantábricos presenten en general, el tipo denominado celta por la Antropología. Tampoco opina

(1) Pág. 42.

que el elemento dolicocefalo del pueblo euskaldun sea el primario, sino que adjudica esta importancia al braquicefalo, como lo acredita el hecho de que el máximo de frecuencia corresponde al índice braquicefalo de 80, no siendo lógico asimilar el euskaldun al tipo dolicocefalo extendido por toda España, aunque es indudable que forma parte integrante del pueblo baskongado, como lo es, igualmente, que una de las razas braquicefalas más características de la zona cantábrica, es hermana de la que en el pueblo basko marca su dualidad por medio del índice cefálico. En España el tipo basko se ha hecho más dolicocefalo por infiltraciones meridionales sin perder su individualidad, y en Francia ha ocurrido el fenómeno contrario por infiltraciones septentrionales. Comparadas las gráficas trazadas con arreglo á los datos de Aranzadi, Oloriz y Collignon, coinciden en presentar un máximo de frecuencia de 80-81, tanto las provincias euskaldunas de España como las de Francia. Dentro de Alaba y Bizkaya predomina el máximo dolicocefalo de 78, que en Guipuzkoa y Navarra es secundario, aunque visible, así como en Francia predomina el máximo braquicefalo de 83. De donde puede deducirse que el tipo basko general corresponde á los índices 80-81, alterándose en ambas vertientes del Pirineo por las combinaciones con los dolicocefalos y braquicefalos cis y ultra-pirenaicos; es decir, que los basko-españoles serían mesaticefalos por ser españoles, y los basko-franceses sub-braquicefalos por ser franceses, y unos y otros baskos por todos los demás caracteres. El mestizaje parece ser antiquísimo. Así en la región alto-astur-gallega como en la baska-española, las mujeres son más braquicefalas que los hombres. Tocante á la raza dolicocefala disarmónica de Cro-Magnon, si es evidente que abunda en gran parte de España, en el país basko se borra casi por completo.¹

El Dr. Collignon, que en esta materia del pueblo basko patrocina ideas muy singulares, sienta la conclusión que la braquicefalia del basko es *anormal* y en cierto modo *artificial*, porque continúa siendo largo el cráneo, como si fuera dolicocefalo. Dicha braquicefalia acaso se explica por un desarrollo particular de las regiones centrales del cerebro, correspondientes á las dos circunvoluciones ascendentes, mo-

(1) »Consideraciones acerca de la raza baska»: EUSKAL-ERRIA, núms. 577, 578, 579, 580.—El Dr. Aranzadi declara que desde la publicación de su primer trabajo, no puede decir que se haya robustecido su opinión respecto al origen ártico del elemento braquicefalo de los baskos.

toras de las extremidades, relacionado con la agilidad y afición á los ejercicios corporales, propios de esta raza. Pera la cara larga, la leptorrina, la falta de proñatismo y la conformación del tronco, obligan á rechazar las afinidades asiáticas, y á señalar analogías con el África del Norte, aun habida consideración á las diferencias que median entre el Basco y el Camita.

Si se examinan atentamente las cosas, paréceme que la teoría del Dr. Aranzadi relativa á la composición del pueblo euskaldun, no difiere, sustancialmente, de la defendida por Taylor. Pues en el elemento celta de este último va englobado el Kymri, que ingertó el tipo rubio en el primitivo moreno. A mi juicio, se ha de descartar la infusión de sangre germánica, (cantidad omisible por su pequeñez), cuyo efecto habría sido el de reforzar la dolicocefalia, siendo así que todo nos indica quedó considerablemente atenuada por el cruzamiento la primitiva, si es que existió realmente.

Vanamente miramos á nuestro alrededor; por ninguna parte. asoman nuevos elementos que nos expliquen la existencia del pueblo bascongado. Tanto en Francia como en España hallamos dolicocefalos y braquicéfalos; Iberos, Celtas y Kymris, y razas mixtas que de esas gentes proceden. Imposible, desde el punto de vista antropológico, dejar de suponer que una de esas razas mixtas es la actual baskongada. Imposible reconocerle cierta preeminencia de incontaminada pureza, de singularidad de estirpe que ponga al descubierto la producción de ese insigne fenómeno solitario llamado lengua euskara.

Y eliminando la solución de que el origen de éstos sea germánico ó kymrico, como no puede menos de eliminarse, retoña el dilema del origen céltico ó ibérico, sobre el cual tiene voz y voto la lingüística.

*
* * *

He reunido cuantos datos antropológicos me han parecido dignos de crédito ó eximen, así como las inducciones y teorías que sobre ellos se levantan. La que pudiera denominarse información antropológica del estudio presente está terminada, si no con aquella completa exactitud que yo desearía, por lo ménos, con toda la que dá de sí la buena voluntad que sólo dispone de elementos propios, personales, y carece del recurso de acudir á las bibliotecas enciclopédicas que en los grandes centros de cultura moderna existen.

Hasta ahora ningún resultado se impone con la apetecible evidencia y hay que proseguir la investigación, recogiendo los datos de la historia y la lingüística, donde los pueblos en que nos ocupamos dejaron rastros preciosos de su existencia y paso.

Sumados los datos históricos y lingüísticos á los antropológicos, se obtendrá el más importante acopio de noticias que acerca del origen de los Euskaros se puede reunir, aunque yo, por los motivos expresados, sea impotente para cosecharlas todas. Entonces cabrá menos superficial crítica de las hipótesis propuestas y explicación de otra nueva, si procediere, puesto que los datos de diversos órdenes mutuamente se completan y rectifican.

ARTURO CAMPIÓN.

¡AU MUNDUA!

Ama batek semia
zeukan besuetan:
¡kolkua bete pena.....
nere begiyetan!
Azi, gau t'egun milla
neke ta kezketan,
gizon egiñ, soldadu
ill urrutiyetan.....
¡ta mundua aurrera
bere bidietan!

.

ANTONIO ARZÁC.

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



SEGUNDA PARTE

Los datos de la historia

CAPÍTULO I

SUMARIO: Abundancia, deficiencia é imperfección de los datos históricos; ergotismo de los comentadores.—Textos de Heriodo y Homeros, relativos á Geryon y Atlas; esclarecimiento de éstas noticias.—Las conquistas de Melgarth, ó sea la expansión fenicia.—La región Tartessia; Turdetanos y Túrdulos.—La leyenda del rey Theron.—Los nombres antiguos de España.—Extensión ultra-pirénáica del nombre de Iberia.—Doble significado del vocablo «ibero».—Origen de los Iberos; su descendencia tubalina y las dos Iberias; opiniones de Margarit, Padre Fita y Fernández Guerra.—Objeciones de Mr. d' Arbois de Jubainville; los Iberos asiáticos y los Tranios.—Versiones del Pertegeta y de Megástenes; aserto de Varron.—Defensa del origen caucásico de los Iberos españoles por el señor Berlanga.—Los Iberos y la Atlántida: los Iberos, primeros inmigrantes en España; un texto de Séneca el trágico.—La lengua Ibera y las lenguas de Iberia.

El estudio que ahora vamos á emprender dispone de un caudal de noticias relativamente considerable, extraído de las obras de los geógrafos é historiadores antiguos, principalmente de los griegos y romanos. Sobre esas noticias han ido levantado los escritores modernos sus numerosas y contrapuestas teorías. Cada opinión aduce textos clásicos en su abono y á veces unos mismos sirven para sostener la tésis y la antítesis; hecho que, á priori delata cuán incompletos, confusos y contradictorios son los datos.

Tocante á origen de pueblos, aun las más antiguas noticias resultan

relativamente recientes: Hecateo de Mileto, por ejemplo, que es el primer historiador que menciona á los Celtas y á los Iberos, floreció, entre los años 425-475 antes de Cristo ó 548 según otros. Fueron recogidas cuando la especie humana contaba varios siglos desde su dispersión y acaso tambien desde su distribución geográfica históricamente conocida. Y cómo se recogieron? Las menos directamente; muchas de segunda y tercera mano; no pocas de labios de poetas y mitológicos; la mayor parte, antes que las facultades críticas de la inteligencia hubieran tenido tiempo de desarrollarse y cupiese discernir el elemento maravilloso y novelero del positivo que amalgamaban las narraciones de los mercaderes, navegantes y militares. Todas ellas, además, experimentaron la deformación dimanada de los orgullosos pre-juicios nacionales de griegos y latinos.

Estos datos y noticias se consignaron en códices no siempre igualmente escrupulosos y dignos de idéntico crédito; la imperfección de las copias, y por tanto, de las ediciones impresas que las reproducen, enturbiaron, de nuevo, la corriente que no siempre fué límpida de suyo.

Esto vale tanto como decir que la aligación de los textos clásicos ha de ir precedida de un profundo exámen crítico acerca de la autoridad de las fuentes que los inspiraron; linaje copiosísimo de estudios del que puede afirmarse apénas hay idea en España, donde estamos á infinita distancia de la doctísima Alemania, y ni aun de muy lejos pisamos los pasos de Francia, Inglaterra é Italia. Y requiere el manejo de ediciones acendradas, que no las posee cualquiera, ni se encuentran á la vuelta de la esquina.

Conozco las condiciones que ha de cumplir quien haya de edificar con materiales de la antigüedad clásica, y mi imposibilidad de satisfacerlas. Por esto con mayor recelo trato de éstas cuestiones. Bien es verdad que me propongo discutir lo que otros disputaron, juzgar por los textos que otros reunieron y se estiman aquilatados, no proponer cuestiones nuevas y ceñirme á tres ó cuatro, aunque trilladas, demasiado confusas todavía.

Procuraré no caer donde otros tropezaron. Los eruditos españoles (sin excluir á los de nuestra edad de oro), siempre se resintieron de la manía ergotista de los escolásticos de la decadencia, y rindieron párias al defecto nacional de discutir con elocuencia y sutileza sobre meras palabras. Desentendiéndose de depurar las fuentes, parece como que

reconocían igual autoridad á todos los testimonios, y por esto, con derroche de ingenio, procuraban establecer falaces sinópsis y concordancias, propasándose, para salirse con la suya, á corregir arbitrariamente los textos, ó á calificar de errores lo que no encajaba dentro de los sistemas preconizados. Los comentarios de esta clase de eruditos suelen ser alardes de agudeza, mejor que dictámenes de juiciosa crítica. El que quiera convencerse de ello, lea, por ejemplo, la reñida controversia acerca de los límites y pueblos de Cantabria: es el *non plus ultra* del subjetivismo. Creo recordar que nada menos que el insigne Padre Florez, rebatía el aserto de que Cantabria la hubiesen poseído los Baskos, comparando un pasaje de Scalígero acerca de la suavidad del baskuenze con otros de los escritores latinos que tachaban de áspera á la lengua de los antiguos españoles. Pero esta conclusión particular carecerá de valor positivo mientras no se averigüe si la lengua euskara se ha suavizado con el transcurso del tiempo, ó si los romanos apreciaban rectamente la aspereza de los idiomas y no incurrían en el defecto de atribuir esa nota á los que no eran el suyo propio.

Pasemos, ahora, á reunir las noticias de la antigüedad clásica referentes á la Iberia y la Céltica, á los Iberos y los Celtas, propia é impropriamente así llamados.

Las más antiguas que á la región hispánica tocan y han llegado hasta nosotros las engastó la poesía en sus páginas de oro: «Ikrysaor engendró á Geryon el de las tres cabezas, habiéndose unido á Kalirhoe, hija del ilustre Okeanos. Pero la fuerza Herakleana despojó á Geryon de sus armas y le arrebató sus bueyes de flexibles piés en Eritheia rodeada de olas, el día mismo que conducía esos bueyes de anchas frentes á la divina Tiryntos, habiendo atravesado el mar y matado á Orthos y al boyerizo Eurytión en un sombrío cerrado, más allá del ilustre Okeanos» (Hesiodo: *La Teogonia*).— «Y se desposó Japetos con la Okeamida de los hermosos piés, Klymene, y compartió el mismo lecho que ella. Y engendró al magnánimo Atlas.... Por dura obligación, Atlas sostiene el ancho Uranos al cabo de la tierra, frente á las sonoras Hesperides, permaneciendo de pié. Y lo sostiene con cabeza y manos infatigables, porque el prudente Zeus le señaló ese oficio.» (Idem, id.)— «En esa isla plantada de árboles habita una deidad, la hija peligrosa de Atlas el cual conoce las profundidades del mar y sostiene las altas columnas levantadas entre la tierra y Uranos.» (Homeros: *La Odisea*, rapsodia 1).

Refiramos éstas primitivas y obscurísimas noticias al linaje diverso de sucesos que nos relatan. La leyenda mística de Atlas es un episodio de la Titanomaquia helena, donde ya no se personifican fuerzas naturales exclusivamente, como en la Gigantomaquia; figuran seres que, además, son prototipos de la humanidad primitiva: el mito perdió su carácter cosmogónico único. Japetos, el Titán, progenitor ó representante mítico de la raza arya, según opinión común, ha sido identificado á Yapeth, el hijo del patriarca Noa'h, condecorado con la misma representación. Atlas es personificación de las altas montañas de la tierra, que se suponían eran las pilastras ó columnas de la bóveda celeste. Por la proximidad del monte Atlas á las costas occidentales de España y la localización análoga de las misteriosas Hesperides, son mirados con interés éstos mitos en la série de datos geográficos que ellos abren: pero nada pueden dar de sí, excepto conjeturas.

Más importantes son las noticias referentes á Geryon, que muchos suponen personifica al río Cartessus. Pero fuese el río, ó un rey legendario de la Bética, no parece aventurado mirarle como á personificación de los Iberos del mediodía, los cuales, viviendo en el estado pastoral del producto de los rebaños, fueron despojados y sojuzgados por los Fenicios, ó sea, la Fuerza Herakleana del venerable Hesiodo.

Con efecto, las tradiciones relativas á Melgarth, el Hércules tirio (Herakles entre los Griegos), retuvieron los rasgos más memorables de la colonización fenicia. Cuentan que Melgarth (cuyo culto constituía, verdaderamente, el lazo de unión entre la metrópoli y las factorías, atribuyéndosele las conquistas y expansión colonial de los Fenicios), Melgarth reunió ejército y escuadra numerosos, con ánimo de apoderarse de Iberia, donde reinaba Geryon. Sometió, de paso, África, introduciendo la agricultura y fundando la populosa ciudad de Hekatompylas; luego atravesó el estrecho, al cual dió nombre, fortificó á Gadir ó Aggadir, y después de robar los bueyes míticos de Geryon, se volvió á Asia por la Galia, Italia, Cerdeña y Sicilia. Este hecho de la fundación de Gadir se supone acaecido el año 1100 antes de C., y según Pomponio Mela durante la guerra de Troya.

Había entonces junto á Cádiz, si hemos de dar crédito á Strabón y Plinio, varios islotes que han desaparecido; sobre dos de ellos, sito el uno en África y el otro en España, fueron levantadas dos estelas que representaban el límite extremo de las conquistas de Melgarth y son universalmente conocidas bajo el nombre de columnas de Hércu-

les. En otra isla, la llamada Heraklea (y siglos más tarde de San Pedro), fué edificado el templo insigne de Melgarth, donde no se veía ninguna imagen ni ídolo. Lo mismo sucedía en el espléndido templo de Tiro; pero Herodoto menciona dos columnas que allí había, una de oro puro y otra de esmeralda, que brillaba con gran intensidad durante la noche. Es posible que en el de Gadir se pusiesen otras análogas. De todas maneras, este recuerdo de las columnas (ora fuesen exteriores, ora interiores) se amalgamó con la leyenda de los trabajos de Herakles, el cual, como es sabido, separó los montes Calpe y Abyla, abriendo á los dos mares el Estrecho: reminiscencia, ó de cataclismo geológico, ó acaso de obras fenicias de canalización.

Al arribar á las costas meridionales, los Fenicios, según tradiciones cartaginesas, hallaron un fuerte rodeado de sólidas murallas, y no pudiendo tomarlo, inventaron el ariete para batirlas. Esto demuestra que la resistencia de los Iberos fué tenaz, como de costumbre. Desde Gadir, admirablemente situada, se extendieron por el litoral, y fundaron las ciudades de Seks, (Sixos, Six), *Abderath* (Abdera), *Malagah* y *Melgarthiga* (Cartesa); también se corrieron río arriba, sembrando de elementos kenaneos los pueblos de la cuenca del Bœtis y dando origen á la tribu mestiza de los Bastulos ó Blastofenicios, que dividió en dos al indígena de los Tartessios, quedando al oriente el de los Mastianes ó Mastienes (*Mastianoi*).

Ya he dicho anteriormente que en opinión de algunos, Geryon personifica al río Tartessus (Bœtis, posteriormente), que desemboca cerca de Gadir y daba nombre, (como no lo recibiese de ella), á la región llamada Tartessis ó Tartessia, habitada por los *Tartessioi* ó Tartessios.

Esta región que el Tartessus y el Anas (Guadiana) regaban, era extraordinariamente fértil, y desde Bochart ha sido identificada al Tarschisch de los profetas hebreos; y con escaso fundamento al del *Génesis* (cap. X). Los Tartessios se extendían hasta el río Teodorus (Festus Avienus) ó Tadir (Plinio) ó Terebos (Ptolomeo) que se supone es el actual Segura, y fueron, indudablemente, á una con los kynetes, los primeros pueblos iberos que alcanzaron verdadera civilización. Según Avienus tenían marina propia y frecuentaban las islas *Æstrymnidas*, ó Cassiteridas, habitadas por la rica nación de los Iberos, al decir de Dionisio el Perregeta; bajo este nombre de Cassiteridas, (del griego *cassiteros* «estaño»), eran conocidas vagamente las islas Británicas

en tiempos de Herodoto. Los reyes de Tartessis en el siglo VI antes de C., según cuenta Strabón, alcanzaron fama por sus riquezas. *A'himelqarth Barqa* sometió á los Tartessios al poder de Cartago, aplastándolos completamente por lo que su nombre, en tiempo de Polibio, como atinadamente indica Mr. d'Arbois, habiendo caído en desuso, era un puro recuerdo literario.

En esa época la antigua estirpe tartessia estaba dividida en dos pueblos: los Turdetanos y los Túrdulos (Polibio XXXIV, 9). Pero ya en tiempo de Strabón no se notaba diferencia sensible entre ellos. Los Turdetanos poseían una literatura tradicional versificada, cuya antigüedad hacían remontar á 6.000 años. Los Turdetanos gozaban renombre de muy ricos, como sus ascendientes; de ellos se contaba que sus pesabres y toneles eran de plata. La riqueza y la infiltración de la corrompidísima sangre kenánea, los tornó muelles y viciosos: ante los romanos carecieron de virilidad y fortaleza.

La dominación fenicia floreció antes que los llamados Celtas penetrasen en la Península. Strabón dice que poseían la mejor parte de España con anterioridad á la Epoca de Homero (lib. III, c. 2); y Plinio reprodujo el aserto de Varrón, afirmando que los Fenicios fueron uno de los pueblos dominadores de ella, (*Hist. Nat.*, t. I, lib. III, c. 3). Pero en el siglo VI antes de C., época á la cual se remontaban los documentos que utilizó Festus Avienus para su *Ora marítima*, gran número de ciudades fenicias de la costa de los Bástulos estaban arruinadas y abandonadas, y desiertos sus emplazamientos. Acaso los destructores fueron los Ligures, Macrobio (*Saturnales*, lib. I. c. 29), nos ha transmitido la leyenda de un rey de la España septentrional, llamado Theron, el cual llegó á Gadir al frente de una escuadra, atribuyéndosele el propósito de destruir el templo de Melgarth. Trabóse el combate con la escuadra fenicia; y de pronto, los navíos de Theron huyeron. Los devotos del Dios supusieron un milagro, porque á los expedicionarios se les figuró ver en las proas de los barcos fenicios leones que lanzaban rayos. Lenormat se inclina á creer que la llegada del pueblo ligur, procedente del septentrión, suministró el cuadro de la leyenda de Theron.¹ Mr. d'Arbois, por el contrario, opina que los vencidos fueron los Iberos, y de esta derrota hace datar la supremacía fenicia y la expansión colonial por las costas del mediterráneo.²

(1) *Les origines de l'histoire*, tome deuxième, II partie, págs. 106 y 107.

(2) *Les premiers habitants de l'Europe*, tome Ier., pag. 61.

Las noticias positivas de geografía de España que comienzan con el periplo griego que utilizó Avienus y las históricas que, en cierto modo, arrancan de los escritos de Timeo, fueron poco á poco engrosando su caudal. Combinadas y depuradas con la conveniente crítica, sirven para trazar el cuadro de los antiguos pobladores de la península según los testimonios históricos, aunque sin disipar completamente las vaguedades, obscuridades y confusiones que de esas fuentes mismas, imperfectísimas de suyo, dimanar. Celébrase mucho por los que han tenido la suerte de leerla, la obra del doctísimo Sr. Berlanga: *Hispaniæ anteromanæ syntagma* (nunca puesta á la venta). Faltando tan excelente, y acaso insustituible, guía, fuera temeridad lanzarse á un trabajo de conjunto, y no incurriré en ella, porque hasta la mera compilación de todos los textos necesarios rebasa, con mucho, las mugas de mi posibilidad.

El nombre de la península es objeto de controversias. Partimos del supuesto fundadísimo que los aborígenes nunca le dieron nombre á toda ella común. Pero algunas de las vicisitudes que experimentó el que le dieron los extranjeros, ó popularizaron los extranjeros, hemos de recordar.

Parece fuera de duda que el nombre más antiguo es el de Iberia, sacado del río *Iberus* ó *Iber*. Abónase esta sentencia con el parecer de Pompeyo Trogo, Ptolomeo, Plinio, Strabón y otros muchos. El de *Spania*, de donde procedió el latino *Hispania* que ha prevalecido, se reputa de origen fenicio, y así lo indica la leyenda que atribuye la denominación á *Hispanus*, supuesto sucesor de Hercules. Claro es que uno y otro, como sucede con los nombres geográficos, comenzarían siendo locales ó regionales, y poco á poco, por extensión, se habrían enseñoreado de la península.

Según Strabón, el nombre de Iberia pasó los Pirineos, y se aplicaba, además, á la región situada entre el Ródano y el istmo que une á los dos golfos galos (*Mare Cantabrium* y *Jinces Gallicus*). Noticia que repitió Festus Avienus cuando dijo que el Ródano separaba la tierra de los Ligures y la de los Iberos. Es la tradición del antiguo periplo griego, que después de los Iberos nos muestra á los Ligures mezclados con ellos, y extendidos hasta dicho río. Este periplo, escrito al parecer en el siglo VI antes de C., aprovechó los informes de origen fenicio y contiene las noticias más antiguas que nos han transmitido los griegos, referentes a España.

Compulsando y comparando los autores antiguos, viene á resultar, como opina Mr. d'Arbois, que la palabra ibero tuvo dos significados: uno restringido, amplió el otro. Según el primero, que parece el primitivo, la Iberia era la región nordeste de España, el país cuyo principal río era el Ebro. El periplo greco-fenicio que tanto utilizó Avienus, contrapone los Iberos á los Tartessios (*ora marítima*, versos 248-254) que ocupaban el sudoeste de la península. Es el sistema de Ephoro, Symnus de Chio y del primer libro de Herodoto.

ARTURO CAMPIÓN

(Se continuará)

EL ORFEON DONOSTIARRA



En la noche del 14 del corriente, cantó en el kiosko del Boulevard los coros siguientes: «Ecos de la vida», «El Rhin», «La Mascarita» y la «Jota Nabarra» de Brull, y á instancias del público «Ume eder bat», «Boga, boga mariñelak» y «Gernikako Arbola».

El Orfeón fué muy aplaudido, llamando mucho la atención; tanto que, á los pocos días y á ruego del Sr. Marqués de Carvajal, volvió á cantar varios coros bascongados, con objeto de recogerlos en cilindros fonográficos.

Nuestra más cordial enhorabuena. ¡Aurrerá beti!



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS



(CONTINUACIÓN)

El segundo sentido es el etnográfico: el vocablo que servía para denominar á una de las ramas, se extendió á la raza entera. Este es el sentido de la palabra en Herodoro de Heraklea (fragmento 20 del *Fragmenta historicorum grecorum* de Carlos Muller), que declaró Iberos á los Cynetes ó Kunetes del Guadiana, y á los mismos Tartasios del Guadalquivir. También comparten este criterio Scylax y Symnus de Chio y Avienus cuando se ponen en contradicción consigo mismos. A los ojos de Thucydides y Philisto de Syracusa, la Iberia era un gran país que comprendía España entera y parte de la Galia. En tiempo de la dominación romana, Iberia y España fueron sinónimos.

Pero aunque efectivamente la palabra Iberia comenzase por designar á las regiones fronterizas del Ebro, ninguna deducción legítima puede sacarse de este hecho contra la homogeneidad de los hispanos, y tan Iberos podían ser los Tartasios, aunque no se llamasen, como los mismos habitantes de las bocas del río denominante. A medida que la apelación geográfica se difundía, fueron quedando inscritas en ella nuevas tribus: pero los nombres poco significan en cuestión de sangre. Baskos se han llamado los habitantes de una de las vertientes del Pirineo y Nabarros los de la otra: no obstante, unos y otros eran euskaldunas.

La doctrina de la unidad de la raza ibérica, dentro de la cual entraban desde los riberanos del Guadiana hasta los del Ródano, patrociniada, como hemos visto, en el siglo V antes de C. por Herodoro de Heraklea, se sobrepuso á la que enseñaba su diversidad; y entendida

de modo que se refiera á la que llamaremos raza aborigen, parece que puede desafiar los ataques de los modernos que por boca de Mr. Lemiére la calificaron de insigne error etnográfico. Claro es que si hemos de llamar Iberos á todos los pueblos que habitaron la península (los cuales, según Varron, se sucedieron por este orden: Iberos, Persas, Fenicios, Celtas y Cartagineses), será tarea fácil demostrar que no eran de la misma raza todos. Pero si desentendiéndonos del significado puramente geográfico de la palabra, paramos la atención en la raza primitiva, habrá de proclamarse su homogeneidad. Las diferencias vinieron después, con las sucesivas inmigraciones; y se necesita mirar las cosas del revés para decir, como Lemiére dijo, que la población indígena de la Iberia fué homogénea, pero que dicha raza era la céltica, no descubriéndose en la península ningún vestigio de otra con derecho al nombre de ibérica ó española.

De quién descendían estos Iberos? Cuestión obscurísima, al igual de todas las que tratan de los orígenes, y probablemente, como la mayor parte de ellas, insoluble: contestada disonantemente por las leyendas y los historiadores. De Tubal, hijo de Yapheth, afirman resueltamente los que se inspiran, no en la Biblia misma como creen y quisieran, sino en los que la comentaron. Josefo, el historiador de las *Antigüedades judías* (I, 6. 1), aplicó los nombres de Tubal y Meschech que figuran en el vers. 2 del cap. X del Génesis, á los Iberos y los Capadocios, haciéndolos Tubalinos. San Jerónimo en sus *Cuestiones hebráicas del Génesis*, supuso que estos Iberos no eran los orientales, como sintió sin duda Josefo, sino los occidentales. De San Jerónimo pasó esta opinión halagadora á San Isidoro de Sevilla (*Orig.* IX, 9, 29), y acogida por el Arzobispo D. Rodrigo, entró de lleno en la gran corriente de la historia pátria, y aun se difundió entre los sabios extranjeros. Ha poco Knobel, en su obra *Die Valkertafel*, fundiendo en uno el parecer de Josefo y el de San Jerónimo, preconizó el sistema de la existencia de una raza ibérica, cuyos representantes moran en los valles del Cáucaso y los Pirineos.

La consanguinidad de las dos Iberias es idea con abolengo. En nuestra patria la defendió, de nuevo, el año 1879 con extraordinario relieve el P. Fita en su memorable *Discurso* ante la Real Academia, al ponderar, merecidamente, la agudeza crítica é histórica de D. Juan Margarit. Hoy se nota reacción contra ella, y por lo común, se desecha.

Acerca de este punto Margarit dice, según leemos en el citado dis-

curso: «Cuenta, pues, Prisciano en el referido libro que de allí (la región del Asia entre la Armenia y la Cólquide) salió la gente ibera, en época remotísima; que atravesó las estepas de la Escitia y que después de llegar al océano navegó á una isla situada en el mar Británico y llamada por ésta razón *Ibernia*. De *Ibernia*, ó Irlanda, descendióse á nuestra España, según dicen, tendiéndose por las riberas del Ebro y dando su nombre al gran río de la península ibérica.»

Origen, Odisea, paradero y pruebas de todo ello que el ilustre Fernández Guerra resumió en los siguientes términos: «Iberos de Asia, tribus jaféticas, abandonando en la edad primitiva las márgenes del *Ibero*, del *Arrago* y del *Araxes* (ríos que hoy se denominan *Kur*, *Iora* y *Araks*, entre los montes Ararat y Cáucaso), recorrieron las playas meridionales del Mar Negro, cruzaron el Bósforo de Tracia, siguieron la orilla derecha del Danubio y del Dravo, entraron por los Alpes orientales, por la Liguria, por las comarcas del Ródano, por el Pirineo, y ocuparon á España.

«Aquí, replegados á su último y bien defendido asilo, conservaron y conservan todavía, en montes, ríos y ciudades, memorias de su patria. La sierra y peñas de *Aralar*, por cima de la Borunda, recuerdan el celeberrimo *Ararat*, segunda cuna del humano linaje. El *Araxes*, que nace muy próximo del nabarro monte *Aralar*, debió seguramente su nombre al *Araxes* de Armenia (frontera de la Iberia asiática y de los Medos), y le guarda incólume, aún, á través de tan dilatada sucesión de siglos. Y aquí, lo mismo que allá, tenían sus ríos *Ibero* y *Arrago* (*Ebro*, *Arga* y *Aragón*); sus *Montes Obarenes*, su *Cabala* y *Cabalaca* (ó *Gebala* y *Gebaleca*, *Guevara* y *Galarreta*) y su *Baruca* (*Baroja*). El río guipuzcoano *Urumea* se llama cual hoy mismo el lago pérsico, situado entre el armenio de Van y el mar Caspio; y el *Oria* ú *Orio*, que recoge á nuestro *Araxes* poco antes de llegar á Tolosa, decíase *Aturia*, del propio modo que uno de los afluentes del Tigris. Por último, si Medos y Asirios nos ofrecían las poblaciones de *Maranda*, *Deba*, *Degia* y otras que la curiosidad irá notando, hallaban sus hermanas aquí, en *Miranda de Ebro*, en *Deva* y en *Degio*, ahora *San Estéban de Deyo* ó *Monjardín*, cerca de Estella» (1). Teoría á la cual procuró ponerle sello definitivo el P. Fita, comparando el baskuenze y el georgiano.

(1) Cantabria, págs. 9 y 10.

Sabido es que Prisciano (cuyo pasaje no interpretó con exactitud completa Margarit), autor del siglo VI de nuestra era, no hizo otra cosa que verter al latín el poema griego que dos ó tres siglos antes escribiera Dionisio el Periegeta, sacando sus noticias de Poseidonios, Eratóstenes y otras autoridades de entonces. Pero si la idea de que los Iberos orientales y los occidentales eran de la misma estirpe fué muy corriente entre los escritores clásicos, éstos no concordaban respecto á la oriundez de aquellos. Teniendo á la vista esta disparidad, Apiano de Alejandría, historiador de escaso crédito, dijo: «Unos hacen á los Iberos asiáticos antepasados de los Iberos europeos; otros, colonos de éstos; y por fin, los terceros, nada encuentran de común, entre los Iberos de Asia y los de Europa sino el nombre, porque ni convienen en el idioma ni en las costumbres.»: (*..... sunt, qui nominis paritate conformes solum esse existiment, moubris quidem, et lingua nihil similitudinis in se habent.—De Bello Mithridatico, c. 101*). La crítica más reciente ha hecho suya esta tercera tésis relativa á las dos Iberias, achicando á coincidencias fortuitas y á comparaciones arriesgadas de nombres modernos con antiguos y cuya forma indígena se ignora por haber llegado hasta nosotros bajo transcripciones griegas y latinas, las similitudes señaladas.

Mr. d'Arbois objeta á los partidarios de la consanguinidad de las dos Iberias, que, según Strabón (XI, 3. § 3), los Iberos de la llanura, por el traje y costumbres, se parecían á los Armenios y Medos; y los montañeses, más que á nadie, á los Escitas sus vecinos, de quienes eran parientes. Siendo los Escitas y Medos de raza irania, es muy verosímil que los Iberos asiáticos lo sean también.

Iranios eran los nombres de los tres príncipes de la Iberia asiática que mencionó Tácito (*Annales* XII, XLIV): Pharasmanes, Rhadamista y Mithridates. El río principal de esa Iberia era el Kyros, cuyo homónimo se encuentra en Persia. Los nombres de las dos ciudades citadas por el geógrafo: Harmogika, ó Hermastus (Plinio) ó Armactica (Ptolomeo) y Seusamora, se explican por el mítico Aura-Mazda el primero, y por el iranio Susamithres el segundo. Cierto es que el carácter iranio de las ciudades citadas por Ptolomeo: Lubium, Aginna, Vasaida, Varica, Sura, Artanissa, Surra, Mestleta, Zalissa, está mucho más velado, pero si se comparan estos nombres á los de lugar ibero-europeos, se llegará á un resultado negativo. Por ejemplo, en la onomástica geográfica de la Iberia occidental, es muy común la presencia

de los elementos *iri=ili=eli* y *ur*, los cuales no figuran en la topomástica de la Iberia oriental, pues *Sura* y *Surra* se explican por las raíces *sur* y *svar*.

Mr. d'Arbois dice que únicamente hay una razón aparente para admitir el parentesco de los dos pueblos: la consonancia del nombre y la circunstancia de habitar en las orillas de un río llamado Iberus. Pero el Iberus español que dió nombre al pueblo, procede del euskaro *ibai* «río», mientras que el Iberus asiático pudiera ser variante sin nasalizar del griego *ombros* y del latino *imber*, variante que debe compararse al griego *aphros* «espuma», donde la nasalización de la raíz *abh* no tuvo efecto. Y en cuanto al nombre del pueblo, por medio de la frecuente permutación que el zendo usa de la *s* indoeuropea por *h*, puede derivarse del sanscrito *sabha* «comunidad» y ser una variante irania del lituano *sebras* y eslavo *sebru* «compañero, aldeano».

Aunque éstas etimologías no pasen de «simples hipótesis», no por eso deja Mr. d'Arbois de declarar evidente que la concordancia de sonido entre el nombre del río europeo y el del asiático es debida á una «pura casualidad».¹

La oriundez europea de los Iberos caucásicos tiene en su abono la insigne autoridad de Strabón; dice que fueron transplantados desde las regiones occidentales á las comarcas situadas por encima del Ponto y la Cólquide, donde, al decir de Apoliodoro, parten términos con la Armenia por medio del Araxes, ó con mayor exactitud por el Cyrus y los montes Mósquicos (lib. I, cap. III, § 21). Y pocos aventajarán á Dionisio el Periejeta tocante á la rotundidad con que afirma esa colonización de la Iberia oriental por habitantes de la occidental, á quienes pintó trasladándose á las faldas del Cáucaso y sosteniendo una sangrienta guerra contra los Hircanos para enseñorearse del país. Existen ciertos relatos fabulosos de que *Nabu-kudurri-usur* se presentó en las columnas de Hércules al frente de poderoso ejército y por la fuerza de las armas sujetó á los Iberos hispanos. El único fundamento de esta especie es un fragmento de Megástenes en su *Indica*, cuya significación acaso no se entendió bien. Las versiones que de él dieron Eusebio, Josefo y Moisés de Khorene difieren entre sí, sobre todo la última, que no ya la redacción, sino hasta el sentido mudó en parte, aumentando su verosimilitud. La sola realidad que cabe atribuir á esos relatos,

(1) *Les premiers habitants de l'Europe*. págs. 388-391.

es la de ser expresión del hecho de haber sido destruido el poder fenicio por los Asirios, y la posible detención, más ó ménos larga, de la derrocada soberanía sobre las colonias. En este caso, los colonos iberos trasplantados procederían de la región tartessia; todo esto es muy oscuro y problemático, y lo más llano es suponer que Megástenes habló, ó debió de hablar, exclusivamente de la Iberia caucásica.

El aserto del doctísimo Varrón, que nos ha transmitido Plinio, suele alegarse como prueba de que los Iberos españoles procedían de la Iberia oriental; he aquí el texto: *«In universam Hispaniam M. Varro pervenisse Hiberos, et Persas, et Phoenicas Celtasque, et Pænos tradit»*. No hay que sacar las cosas de quicio; Varrón, al revés de otros romanos de la época, Silio Itálico, por ejemplo, si no recuerdo mal, no creía que los Iberos hispanos fuesen indígenas, pero nada aventuró acerca de su oriundez caucásica. La venida de los Persas á España, literalmente entendida, es pura fantasía; ha de entenderse de un modo figurado, por la supremacía que ejerció sobre las colonias fenicias Kyros, rey de Persia, á consecuencia de su conquista de la Fenicia. La descripción que de la Iberia caucásica trazó Strabón (XI, 3), tampoco vale, á mi juicio, para establecer el parentesco de las dos Iberias, pues el pasaje más concreto se reduce á consignar que las minas de oro eran explotadas por los Iberos de oriente como los son por sus homónimos del occidente. Los pueblos de España eran famosos por su explotación de tan precioso metal, y Silio Itálico, aunque refiriéndose á gentes que llevaban mucha sangre celto-kymrica, celebró la pericia del codicioso Astur que sabe penetrar hasta los más profundos abismos, para subir de ellos tan amarillos como el oro que arranca: *(.....Astur avarus.—Visceribus laceræ telluris mergitur imis, — Et redit infelix effosso concolor auso— Lib. I)*; y acaso, si alguna vez fueron transportados al Cáucaso colonos españoles, llevaríanlos allí para laborar las minas de oro, arte en que también sobresalían los pueblos de pura raza ibérica. Mas el parecido entre las dos Iberias que algunos extraen del texto de Strabón es demasiado vago para que persuada. Algún viajero moderno (Dubois de Montpereux), después de decirnos que los pueblos del Cáucaso son insignes por la constancia en conservar las antiguas costumbres, hasta el punto de que lo visto por Strabón lo vemos ahora, nos ha comunicado algunos rasgos que en alguna parte convienen al país baskongado. «La Circasia, como en tiempos de Interiano, carece de ciudades, villas y aldeas propiamente

dichas. El país parece muy selvoso, á primera vista. Cada Tcherkesse, amigo de vivir aislado y en terreno propio, levanta, lejos de su vecino, una vivienda que cuida de situar en medio de frondosos árboles y á la vera de algún bosque que pueda servir de refugio á la familia. Cierta número de esas viviendas diseminadas aquí y allí, dependientes del mismo príncipe ó agrupadas por los mismos intereses ú otras circunstancias locales, toma un nombre sacado, amenudo, del riachuelo que discurre por la vecindad». No recuerda este pasaje los caseríos de las Provincias Bascongadas y la federación de lugarejos que constituye los valles y cendeas del Reino de Navarra? Con todo; los títulos significativos del parentesco entre ambas Iberias los suministra la similitud, realmente sorprendente y sugestiva, si es exacta, de ciertos nombres geográficos y otras razones lingüísticas por los partidarios de ésta solución alegadas.

También propala el origen caucásico y la oriundez arya de los Iberos el insigne humanista D. Manuel Rodríguez de Berlanga,¹ á la vez que el origen turanio de los Baskones: teoría, esta última, de que nos haremos cargo más adelante. Para cuando encontramos á los Iberos, según testimonio de Strabón y Scylax, establecidos en la Galia, entre el Garona y las bocas del Ródano y dirección casi paralela á la cordillera pirenaica, habían peregrinado largamente por el mundo. Salieron, al parecer, de las regiones que el Yagartes y el Oxus riegan (las encantadoras comarcas del *Aryana Vaega* del *Vendidat del Avesta*), y se instalaron en la falda meridional del Cáucaso, donde dieron su nombre á uno de los ríos (*Iberum amnem*: Plinio). Empujados por nuevas muchedumbres de inmigrantes, siguieron las playas meridionales del Ponto-Euxino, pasaron por el Bósforo al sur de la Tracia, permanecieron en aquel país algún tiempo y se encaminaron hácia el occidente, dejando como vestigios de su estancia el nombre del río *Ebrus* (*Hebrus amnis*: Plinio) y dos tribus llamadas de los *Astas* y de los *Bessi*, cuyos nombres recuerdan los pueblos de la Bética *Asta* y *Vesci*. A través de la Tracia y la Mesia llegaron al Adriático en los confines de la Iberia, y trocando las playas venecianas por las orillas del Pó, río arriba, penetraron en las Galias, y en las estribaciones orientales de los Pirineos fundaron, á orillas de un río que

(1) Los bronces de *Lascuta*, *Bonanza* y *Aljustrel* que publica Manuel Rodríguez de Berlanga: Málaga, 1881.

ellos denominaron *Iliberis* el primer pueblo, con nombre idéntico, que en las monedas ibéricas suena *Ilurir*.

Se corrieron á lo largo del Pirineo hasta dar con el Atlántico, y poblaron la Aquitania, levantando otra *Iliberri* (que los manuscritos y ediciones de Plinio y el Itinerario desfiguran diversamente, escribiendo *Eliumberum*, *vicus Eliberræ*, *Eliberia*, *Eluimberrum*), y una *Iluro*.

Otras tribus iberas invadieron España siguiendo las costas del Mediterráneo, y al atajarles los pasos el primer río caudaloso, le llamaron *Iberus* en memoria de los de la Iberia caucásica y Tracia, construyendo en sus márgenes la ciudad de *Hibera*. El Ebro, los Pirineos, el Gállego y el Mediterráneo amojonaron el primitivo solar aryo de la península, al cual los Griegos llamaron Iberia. El aumento de la población les obligó á pasar el Ebro y se ensancharon por las regiones del Bætis, Anas, Tagus, Durius, construyendo en la falda de Sierra-Elvira la tercera *Illiberis*, de igual modo que en las costas de Cataluña habían alzado la segunda *Iluro*. Y cuando los Iberos destacaron á una de sus tribus, los Bárdulos al Pirineo, donde se aproximaron á *Oiasso*, los Baskones cuya era esta ciudad, poseían la tierra comprendida entre el Gállego y Fuenterrabía, los Pirineos y el Ebro.

Resulta, pues, que los Iberos entraron por el moderno Por-Vendres y fueron ocupando sucesivamente Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia, la Mancha, Castilla la Nueva, Andalucía, Portugal y Extremadura, siendo los Bárdulos el cuerpo avanzado junto á la raya de Francia, finitimos de los Baskones, los cuales se vieron acorralados en las fragosidades del Pirineo. Y de tan dilatada conquista disfrutaron pacíficamente hasta que vinieron á disputársela y arrancársela, en parte, los Celto-Galos.

(Se continuará)

ARTURO CAMPIÓN



CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

La antigua toponimia delata las comarcas donde los Iberos arraigaron. Los nombres de ella tienen por radical el nombre propio de la tribu ocupante del territorio y una terminación étnica constante, que los Griegos tradujeron *tania* ó *tanos*, y los latinos *tania* ó *tanus*. Procede de la terminación irania *stan*, correspondiente á la forma sanskrita *s'tâ'na*, (residencia de gentes del mismo origen), que pasó al latino *statio*. Desde los Pirineos á Cadiz registramos la *Jaccetania*, *Cerretania*, *Ausetania*, *Lacetania*, *Vescitania*, *Cosetania*, *Ede-tania*, *Sedetania*, *Contestania*, *Bastetania*, *Oretania*, *Carpeta-nia* y *Turdetania*.

Tal es, á grandes rasgos resumido, el brillantísimo cuadro del origen y expansión de los Iberos, trazado por el Sr. Berlanga con erudición maciza, bebida en las mejores fuentes.¹ Pero todavía no salimos de meras hipótesis. Todo ha podido suceder como el Sr. Berlanga nos lo cuenta, excepto que los Iberos sean Aryas y los Baskones no sean Iberos, que es el punto que á nosotros nos interesa.

Otros autores engarzan el origen de los Iberos á la leyenda de la Atlántida, recogida por Platón y Thepompos. La Atlántida era una isla vastísima, mayor que el África y Asia juntas, situada lejos, pero frente á las columnas de Herakles; de ella partió en tiempos remotos (9.000 años antes de Platón) un poderoso ejército que conquistó la Europa occidental, incluso Italia, y el Norte de África, hasta Egipto

(1) Plinio, Strabón, Scylax. Livio, Itinerario de Antonino, Mela, Ptolomeo; Spruner.—Menke: *Atlas antiquus*, tab. 2.

exclusive. El relato de Theopompos, aun más exornado de circunstancias maravillosas, redujo la extensión de las conquistas de los Atlantes al país de los Hiperbóreos, nombre que la terminología de la época aplicaba a los llamados Celtas. La Atlantida, según Platón, fué destruida por los terremotos: posibilidad que admitió Poseidonios. Como los Ibero-atlantes, al decir de estas leyendas ó tradiciones fabulosas, estaban muy civilizados, resultaría que ellos sacaron á la Europa occidental del salvajismo en que la tenían sumida los habitantes de las cavernas, y edificaron las primeras ciudades, dominándola hasta la llegada de los Indo-europeos. La dominación de ellos en África acabó á manos de los Beréberes, supuestos próximos parientes de los Egipcios: por lo que á Mr. Maury que admite estas hipótesis, no le maravillaría que en el centro de África viviesen arrinconados algunos descendientes de los Iberos, consanguíneos de los Baskos, de igual suerte que estos Iberos también quedaron reducidos dentro de los valles del Pirineo, por las oleadas de la invasión arya.¹

Los que siguen este sistema privan á los Iberos de su preeminencia de ser los habitantes auctóctonos de España, es decir, los primeros hombres que la poblaron; y á imitación de Varrón, abren con ellos la serie de las inmigraciones históricas, por decirlo así, al revés de cuantos los declaran representantes de la prehistórica población dolicocefala de la Península. El eximio Humboldt llamó la atención sobre ciertos pasajes de Strabón (III, 3, 4) que designan á los Iberos como pueblos distintos de los habitantes indígenas de España; y en verdad que dichos pasajes serían sumamente importantes si pudiéramos convencernos de que el geógrafo griego no usaba el vocablo Ibero con dos sentidos: geográfico y etnográfico. Además tampoco nos reveló quienes fueron esos aborígenes.

Así como Platón y Poseidonios creyeron que la Atlántida había desaparecido, parece que otros la suponían existiendo en remotísimas regiones, cerradas á la navegación griega y romana. De esta opinión eran reflejo, al decir de algunos, los comentados versos que Séneca el

(1) Ni la geología, ni la Historia Natural confirman la existencia de ninguna isla vastísima ó grande continente en el centro del Oceano Atlántico. La Atlántida ha sido diversamente localizada á gusto de los autores; hay quien la lleva (Rudbeck) á la misma Escandinavia. Los verdaderos Atlantes son las tribus que habitaban el Atlas y tierras cercanas á esta cordillera, ó sea país marroquí, llamadas *Atarantes* por Herodoto y *Atlantes* por Pomponio Mela.

trágico puso en labios del coro al final del segundo acto de Medea, versos que han solido traerse á colación, como profecía inesperada del descubrimiento colombino: «Día traerán los siglos venideros en que el Oceano bajará las cadenas que cierran esos parajes; entonces surgirá delante de nosotros dilatadísima tierra; el mar ostentará mundos nuevos, y ya Thulé no será el cabo de los países conocidos»: *Venient annis secula seris—Quibus Oceanus vincula rerum—Laxet, et ingens pateat tellus,—Tethyspue novos detegat orbis—Nec sit terris ultima Thule*).

Algunos lingüistas, entre ellos Mr. de Charencey,¹ señalaron afinidades del baskuence y los idiomas americanos. La lengua euskara suele ser incluida, en la clasificación general, entre las uralo-altaicas y las del Nuevo Mundo.² Por esta razón se ha indicado que los Baskos, descendientes de los Iberos, procedían de la América, la cual venía á ser, de hecho, la Atlántida.

Cerradas nieblas velan esos horizontes de la historia, la lingüística y la etnología; repitanios las juiciosas palabras de Mr. d'Arbois: «Contraigámonos á consignar que antiguas leyendas sitúan, al amanecer de la historia, en las regiones occidentales de Europa, un imperio poderoso creado por unas gentes, cuyo origen, según esos antiguos relatos, no era asiático, procedentes da una isla situada, al parecer, al oeste de España y de las regiones septentrionales del África».

Dice Herodoro en un pasaje del lib. X de su *Historia de Herakles*, conservado por Estéban de Bizancio, que los Iberos formaban una raza (*genos*) cuyas ramas (*phyla*) llevaban nombres diferentes. Esta raza hablaba una lengua única y común?

Los antiguos no separaban con el rigor científico de ahora, las lenguas de los dialectos; así es que los testimonios de esta clase son poco fehacientes. Probablemente el criterio que emplearian sería observar si las tribus se entendían entre sí: que en cuanto á comparar formas léxicas y organismos gramaticales, no se tomaban tanto trabajo por lenguas bárbaras y despreciadas. El interés puramente lingüístico era desconocido. Plinio afirmó que los Galos no hablaban la misma len-

(1) Charencey.— *Des afinités de la tangué basque avec les idiomes du Nouveau Monde*.

(2) Véase mi *Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara*, cap. II.

gua, pero se expresó rotundamente acerca de la diferencia absoluta entre las lenguas aquitánica y gala. De ese pasaje deduce Humboldt que en concepto de Plinio, la diferencia del hablar galo era dialectal. Y pone en contradicción este aserto con el de César, de que las tres partes de la Galia diferían por la organización política, las leyes y el lenguaje. Pero Plinio, al constituir los grupos con las lenguas habladas en las Galia, estuvo, lingüísticamente considerada la cuestión, más acertado que César, pues el Galo (ó pseudo-celta) y el belga, serían, al cabo, lenguas de la misma familia, ó dialectos de la misma lengua, como el castellano y el francés, mientras que el aquitánico era lengua de familia y aun tipo lingüístico diferente.

El mismo Plinio, al notar las diferencias de Iberos y Celtíberos no incluyó entre los caracteres diferenciales la lengua. Strabón (XXX, 10), por el contrario, declaró que la escritura y el lenguaje de los Turdetanos diferían de los que usaban los demás Iberos. Humboldt, partidario resuelto de la unidad de la lengua ibérica, concordó á Strabón y á Plinio, suponiendo que el geógrafo griego usó de la palabra Iberos en sentido geográfico, de modo que vendría á resultar, no que los Iberos hablaban diferentes lenguas, sino que en Iberia había diferentes lenguajes.¹ Lo cual es indudable; pues antes de la invasión romana, lo menos se hablaron en España cuatro idiomas: el ibero, el llamado celta, el fenicio-púnico y el griego. A mi juicio, el sentido del pasaje de Strabón arriba citado se aclara con otro donde dice que los Turdetanos habían trocado sus costumbres por las romanas y olvidado su antigua lengua (I, 404). De suerte que si el habla de los Turdetanos difería del de los demás Iberos, es por que estos retenían la propia y aquellos estaban latinizados.

Esta lengua de los antiguos españoles duró más de lo que se cree ordinariamente. Tenemos el testimonio de Cicerón que escribe: *Similes enim sunt dii, si ea nobis objiciunt, quorum neque scientiam neque explanationem habeamus, tanquam si Pœni aut Hispani in senatu nostro sine interprete loquerentur*. (*De Divinatione*, II, 64); y el de Tácito, que al relatar la tortura aplicada á un hombre de la tribu de los *Termestini*, consigna la siguiente curiosa particularidad: «*Voce magna, sermone patrio, frustra de interrogari clamavit*». (*Annal.* IV, 45.)

(1) *Recherches*, págs. 116 y sigs.

A priori resalta la imposibilidad de que pueblo tan individualista como el Ibero, fraccionado en pequeñas tribus, extendido por amplio territorio y desprovisto de literatura nacional ó común, hablase una lengua única, mejor dicho, uniforme: por lo menos existirían dialectos. Veamos lo que ahora sucede en el pequeño territorio de Navarra, donde tan notablemente difieren entre sí el dialecto roncalés y gipuzkoano de la Borunda. Observemos la dificultad con que se entienden un bizkaino y un suletino y las muchas frases que les resultan ininteligibles y difícilmente admitiremos la unidad de la lengua ibérica. Mas esta cuestión no es de las que han de resolverse por razonamientos ni por testimonios históricos, sino estudiando los monumentos epigráficos y numismáticos.

Del río Iberus ó Hiberus, que es el Ebro, recibió nombre la nación ibera; pero como según Festus Avienus también había en la Bética otro río del mismo nombre, y todas las soluciones encuentran partidarios, algunos escritores han supuesto que éste, y no el primero de ambos ríos, denominó á España y sus habitantes.

CAPÍTULO II

SUMARIO: Las tribus iberas primeramente conocidas. La expansión ibera. Invasión libia en Egipto; la expedición de Marmañ; batalla de Prosopis. Las victorias de Ramsés III. La guardia real de los Faraones. Identificación de los Iberos y los Lybios. Los Iberos en Inglaterra é Irlanda. Los Iberos en Cerdeña; llegada de los Fenicios. Los Iberos en Córcega; texto de Séneca. Los Sicanos y los Sikeles. Esbozo del imperio ibero. Importancia de los nombres; nombres indígenas y alienígenas de los pueblos. Ciudades y tribus ibéricas homónimas. Fuentes de los conocimientos geográficos referentes á España. Geografía de la región baskona ó euskara, según los textos de Strabón, Pomponio Mela, Plinio y Ptolomeo. El nombre de *Vascontia* (Baskonia). Límites de la región baskona; lugares suyos. Los baskones de la marina; un texto de Strabón confirmado por la lingüística moderna. Localización de Iturisa. Oiasso y Alantone; reducciones del P. Moret. Situación legal de las poblaciones baskonas. Teoría del Sr. Berlanga acerca del origen del pueblo baskon. Enemistad de Baskones y Germanos; invasión de la Novempopulania. La Aquitania; sus nombres y límites, Bardulia y los Bárdules según los antiguos geógrafos; litigiosa localización de esa tribu y región; textos viciados y errores repetidos. Los Caristos y los Autrigones; localización de sus pueblos. La cuestión de Cantabria; territorio que comprendía. Origen de los Cántabros, según Fernandez Guerra y el P. Fita.

Los Iberos de España estaban divididos en varias tribus. Las más

conocidas en la época de donde arrancan nuestras primeras noticias adornadas con algún valor positivo (siglo V y á lo sumo VI a. de C.), eran las de los *Cynetes* (*Kunesioi* ó *Kunetes*) que habitaban las orillas del *Anas* y los *Tartessios*; estos, según vimos, se subdividieron en *Turdetanos* y *Túrdulos*. Al este moraban los *Massieni* (*Mastianoi*, *Masstianoi* ó *Mastieno*) cuyo nombre, al decir de Lenormant, se alteró después de los días de Polybio, en *Bastetani*, y en todo caso no lo conoció Strabón. La tribu de los *Massieni* figura en el tratado del año 306 (antes de C.) entre Roma y Cartago. Al norte de los *Cynetes*, se extendían los *Cempsi* (*Kemsoi*); también desapareció este nombre. Al este de dichos *Kempses*, hallábanse los *Gletes*, establecidos entre los Pirineos y el Ebro, según Asclepiades de Mirlea (siglo II antes de C.) el cual los llamó *Igletes*, como Strabón; Herodoro de Heraklea, contemporáneo de Herodoto, dice que los *Gletes* eran vecinos de los *Cynetes* y vivían al norte de estos: Mr. d'Arbois identifica á dicha tribu con los *Saefes* é *Ileates* de Avienus. Tierras adentro, junto al Ebro, estaban los *Vascones*, y los *Ceretes* (*Kereles*) al pié del Pirineo. A orillas del Mediterráneo y sur de los Pirineos habitaban los *Indigetes* (*Indiketes*, de Strabón) y en el centro de la península la *Etmanum gens* de Avieno, que Mr. d'Arbois estima probable sean los *Edetanos* (*Edetanoi*) de Strabón.

Tal es la enumeración que de las tribus ibéricas se hace con ayuda, principalmente, del *Ora marítima* de Avienus, cuya fuente más preciosa, por su antigüedad, es el antiguo periplo griego, que otros llaman fenicio, escrito según fundada conjetura de Müllenhof á mediados del siglo VI antesde nuestra era, y anterior, por tanto, á la invasión de los Galo-celtas. No señaló la presencia en la península de otro elemento alienígena que el fenicio de las colonias y el ligúr.

Mr. d'Arbois con vista de algun texto de Herodoto (lib. I, C. 163, § 1) referente á Tartessis, donde reinaba Arganthonios, y de pasajes de Scyimmus de Chio y del mismo Avienus, sospecha que los Tartessios, Cunetas y *Kempses* no eran incluidos por los antiguos dentro de la familia ibérica, la cual, excluidos estos, quedaría reducida á las tribus de los *Gletas*, *Keretas*, *Indiketetas* y *Baskones*. Pero si este sistema existió, realmente, lo borró el criterio de Herodoro de Heraklea. Como que en la región de los *Tartessios* es donde primeramente echó raíces el elemento extranjero, no sería imposible que los indígenas hubiesen perdido temprano su fisonomía ibérica, y que al redactarse los

primeros documentos referentes á España, se les contase por de distinta raza.

Estas noticias del periplo griego y de los otros escritores primitivos que nadie ha pretendido fuesen completas, aumentaron poco á poco su caudal y redondearon la descripción geográfica de la península nuevos nombres de ciudades y tribus: *Arevaci, Artabri, Astures, Autrigones, Bastetani, Belli, Berones, Bracares, Cantabri, Carpetani, Celtiberi, Celtici, Contestani, Dittani, Edetani, Iaccetani, Iberes, Ilurcaones Ilergetes, Lacetani, Laetani, Lobetani, Lucenses, Lusitani, Lusones, Mentesiani, Narbasi, Nemetati, Oretani, Pelendones, Salientes, Vaccai, Varduli, Vasrtes, Vetonos, Vocates, etc., etc.*; nombres cuyo principal interés para nosotros resulta de las luces con que pueden iluminar la cuestión de las razas, ó sea su distribución geográfica y lenguas que hablaron estas.

De la expansión de los Iberos por fuera de España quedan memorias de carácter histórico. El geógrafo Phileas (siglo V antes de C.) recogió la tradición, entre los riberanos del Ródano, de que este río fué límite de la Libia ó Libue. Esta tradición, de no ser una grosera patraña, sólo puede explicarse como reminiscencia de la remotísima época en que una gente única habitaba el África septentrional, España y la Galia meridional; y se relaciona con las conquistas africanas de los misteriosos, sino fueren soñados, Atlantes. Symnus de Chio dijo que los Phoceos fundaron á *Masalia* (Marsella) en la Liguria, y *Agathe* (Adge) en la Iberia: sabido es que dichas localidades están situadas en la orilla izquierda y derecha del Ródano; Plinio, á la región de las bocas accidentales de este río le llamó Libica. Es decir que por lo menos aparece que los Iberos rebasaron el Pirineo oriental, y la Iberia y la Liguria fueron comarcas fronterizas, ó en otros términos, la Galia narbonense fué ibérica. Las inscripciones egipcias y los anales púnicos hablan de una invasión de gentes blancas y rubias que en el siglo XIV antes de nuestra era invadieron las costas occidentales de la Lybia y empujaron á los pueblos de raza khamítica hacia los arenales del Sahara. El P. Fita supone que estos invasores eran los *Lebennu*, comunmente llamados Lybios, que así mismo estaban extendidos por las costas del golfo *Gallicus* (de Lyon) y se llamaban en griego *Ligyas* ó *Ligues*, idénticos, acaso, á los Ligo-Iberos del periplo antiguo.

La presencia de los Libios en la tierra de los Faraones parece que

no puede ponerse en duda. El Egipto fué víctima de varias invasiones sumamente interesantes, aunque no menos obscuras, respecto á las razas que las llevaron á cabo. En tiempos del Faraon Menephtah I (ó Minephtah), que se supone es el del *Exodo*, invadieron los territorios del noroeste varias gentes poco civilizadas, cuyo nombre genérico, á veces, es el de *Maxyes*, propio de una de sus tribus, así como el de Libyos, que también suele dárseles, fué extensión de otro particular. Este nombre de Libyos se ha escrito y pronunciado de muy distintas maneras: *Lebennu*, *Ligyos*, *Ligues*, *Lobu*, *Robu*, *Rebu* y se supone descienden del bíblico Lehabim, nieto de Ham (Cham). Púsose á la cabeza del movimiento invasor un príncipe indígena llamado Marmaiu (ó Mirmaiu). Cuentan que se confederaron, con ánimo de conquista, los *Lubu* (Libyos), *Tahennu* (ó *Tahonu*), *Mas-huasha* (*Maxyes*) y *Kahaka* (ó *Kehak*). Estimando cortas las fuerzas reunidas, Marmaiu tomó á sueldo cuerpos auxiliares sacados de cinco pueblos que, sin los modernos descubrimientos, nadie hubiera supuesto eran capaces de atacar, catorce siglos antes de la era cristiana, á la monarquía más civilizada del mundo, coaligándose con un príncipe africano. Estos pueblos, del sur de Europa, eran los *Akausha* (ó *Aqaiusha*), *Lucu*, *Tursha*, *Shartana* (ó *Shardana*) y *Sheklusha* (ó *Shakalusha*). Estos nombres los modernos historiadores los reducen á los más conocidos de Aqueos, Laconios (ó Lycinianos) Tyrsos (Tyrsenes), Sardos y Sicilianos.

Los invasores, armados con armas de bronce, llevando consigo sus carros, sus rebaños de toros, vacas y carneros, sus tiendas de cuero, acompañados de sus mujeres é hijos, revelaban el propósito de apropiarse el país, transformando la expedición militar en inmigración. Talaron y destruyeron las villas y campos de la frontera y del Delta, y avanzaron con el objeto de atacar á Memphis y Heliópolis. El pueblo egipcio «temblaba como los ánades». Por fin los confederados fueron batidos en el nomo de Prosopis, y Marmaiu hubo de huir dejando en el campo de batalla su trono, trajes, joyas de las mujeres y hasta el propio arco, el carcaj y las sandalias. Los Shardana, entusiasmados con el valor de los Egipcios se pusieron á su devoción y figuraron entre los defensores del imperio.¹

(1) Rawlinson: *Historia del antiguo Egipto*, págs. 265-281; Maspero: *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, 4e édition, págs. 255 y siguientes, 266 y siguientes, 358.

Las invasiones líbicas se repitieron más tarde, en tiempo del gran Ramsés III. He aquí las propias palabras del Faraon: «Los Lubu y los Mashuasha se habían sentado en la tierra de Egipto; ocuparon las ciudades de occidente, desde Memphis hasta Karbana (ó Karbina), llegando al Gran Río y apoderándose de la ciudad de K aukut. Durante muchos años permanecieron en Egipto». Ramsés, después de derrotar á los *Shasu* (beduinos del desierto), se volvió contra los Libios, y en campal batalla venció á las siete tribus de los *Mashuasha Lubu, Merbasat, Kaikasha, Shai, Hasa* y *Bakana*; «temblaron delante de él—dice un historiador egípcio—como las cabras de la montaña ante un toro que escarba el suelo...» Andando el tiempo, la sángre líbica subió al trono en la persona de Psamítico I.

Pero la victoria de Ramsés no impidió la pacífica infiltración de elementos líbicos al occidente del Delta. La población de Saïs y de otras ciudades vecinas era, más de la mitad, de origen líbico. Los *Maziu*, y sobre todo, los *Mashuasha*, predominaban y nunca perdieron su temperamento guerrero y su organización militar. El nombre de *Maziu*, degenerado en *Matoï*, fué sinónimo de soldado. Los *Mashuasha*, vestidos y armados siempre á usanza de su patria, reclutados entre las principales familias libyas, gracias á las pingües pagas del tesoro faraónico, fueron el nervio de los ejércitos egipcios. Los Faraones se rodearon de ellos, convirtiéndolos en guardia real, mucho más estimada que la tropa indígena. Los capitanes poco á poco se declararon independientes, sirviéndose de sus soldados ya para usurpar el trono, ya para encumbrar y abatir reyes á su antojo. En Egipto mandaban los mercenarios.

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)

